
COMO CASARSE CON UN PRIMER MINISTRO
LUISA MARÍA LINARES
Tres relatos donde el humor, la intriga y la sátira revelan los rincones más inesperados del poder, la ambición y el deseo.
SAGA
EGMONT


COMO CASARSE CON UN PRIMER MINISTRO
LUISA MARÍA LINARES
Tres relatos donde el humor, la intriga y la sátira revelan los rincones más inesperados del poder, la ambición y el deseo.
SAGA
EGMONT

Luisa María Linares

Como casarse con un primer ministro

Y OTRAS NARRACIONES

Saga

Como casarse con un primer ministro

Cover image: Shutterstock & Midjourney

Cover design: Rebecka Porse Schalin
Copyright © 1955, 2025 Luisa María Linares and Saga Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788727295503

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser. It is prohibited to perform text and data mining (TDM) of this publication, including for the purposes of training AI technologies, without the prior written permission of the publisher.
This work is republished as a historical document. It contains contemporary use of language.

www.sagaegmont.com
Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark’s largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Vognmagergade 11, 2, 1120 København K, Denmark

PRÓLOGO

Yo soy una mujer importantísima y he decidido escribir mis memorias.

Soy tan importante que en los banquetes oficiales ocupo un puesto principal, cerca de los reyes. Los periodistas describen mis vestidos y me consideran una de las doce mujeres más elegantes de Europa. Soy consultada sobre cualquier innovación femenina, ya se trate de modas, arte o literatura. Presido cinco o seis clubs intelectuales en los que a menudo doy conferencias. Tuteo a casi todas las duquesas, y los duques aprovechan cualquier oportunidad para ser invitados a cenar en casa.

Teniendo en cuenta que tan sólo hace dos años tenía los zapatos rotos y un horrible complejo de inferioridad, se comprende la obligación moral de escribir mis memorias, ejemplo de generaciones venideras. Se titularán *Cómo casarse con un primer ministro* y, naturalmente, disfrazaré mi nombre y el nombre del país en el que vivo, un país centroeuropeo muy pequeñito, bastante visitado por los turistas. Le llamaré Raristania porque en verdad es una tierra un poco rara, ya que, a pesar de la pequeñez del territorio, tenemos cinco volcanes siempre en erupción y un enorme lago que nos inunda todas las primaveras.

Estoy segura de que mi libro será traducido a todos los idiomas y que en Norteamérica lo calificarán de *best seller.* Por lo tanto, y como es costumbre allá, haré constar que «cualquier parecido con personas o empresas existentes será puramente casual». No me hago responsable ni acepto pleitos de ninguna clase. Una persona de mi categoría debe de tener mucho cuidado.

No puedo empezarlo ahora mismo porque debo bajar al salón a que me besen la mano treinta señores con quienes mi marido comparte nuestros licores en este instante.

Mi marido es un guapo primer ministro que conseguí para mi uso particular.

Hasta mañana, en que comenzaré Mi Obra.

… … … … … … … … … … … …

CÓMO CASARSE CON UN PRIMER MINISTRO

25.ª edición norteamericana.

Cualquier parecido con personas o empresas existentes será puramente casual.

CAPÍTULO PRIMERO

DE CÓMO UN ALMA HUMANA PUEDE LLEGAR A SUFRIR

Me dolían los pies, me dolía el alma, me dolía un dedo que me había pillado al bajar el asiento de una butaca. Pero sobre todo me dolía Berni, ¡mi Berni!, que se había casado con otra mujer.

Yo había sido novia de Berni durante doce años. Desde que me puse medias por vez primera hasta entonces, en que me las quitaba todos los veranos.

Un noviazgo de doce años era como una enfermedad crónica de la que una pensaba mejorar cuando ya el novio, no pudiendo más de aburrimiento, decidiera que incluso casarse sería mejor que aquel sopor cotidiano.

Desgraciadamente, las reacciones de Berni fueron diferentes. Sólo despertó de dicho sopor cuando el bar del teatro en el que ambos trabajábamos cambió de dueño y apareció tras el mostrador la remilgada cara de gata de Loren, con su flamante uniforme de raso negro que modelaba una colección de sinuosas curvas.

Yo también tenía curvas y también tenía uniforme. Pero Berni no los veía. Mi uniforme era verde, tono que no me sentaba bien, e idéntico al de las otras diecinueve acomodadoras, y respecto a mis curvas, el hecho de haberlas visto aumentar día a día, pulgada por pulgada, a partir de mis catorce años, habíales privado de todo interés.

Mi Berni pasó a ser el Berni de Loren. Las diecinueve acomodadoras se rieron de mí. Me vi privada de tomar mi habitual bocadillo a las diez para no tener que ir al bar. El chico que vendía helados por el patio de butacas me daba golpecitos de conmiseración en la espalda. Hasta los actores de la compañía se enteraron de mi desgracia.

Y yo tenía que continuar trabajando allí, llegar a las ocho de la noche arrastrando mi pesado saco de complejos y permanecer hasta que acabase la representación, volviendo a retirarme con el saco aún más repleto.

Adelgacé. Las curvas se me convirtieron en ángulos. Los golpes que el chico de los helados me propinaba en la espalda, casi me provocaban vómitos de sangre. Desesperada, tratando de elevar mi moral, me hice una permanente horrible. Tuve que cortarme el pelo casi al cero para hacerla desaparecer. Empecé a sufrir ataques de alergia. Las espectadoras muy perfumadas me hacían estornudar. Sus acompañantes, fastidiados por mis estornudos, apenas me daban propinas. Mis economías perdieron estabilidad. El mercado señaló una baja considerable de todas mis acciones.

Berni y Loren me dieron el golpe final: se casaron. Lo que yo soportara con mi sacrificio de escuchar durante doce años sus eternas quejas sobre el empresario, que discutía si faltaban cinco céntimos al hacer todas las noches el recuento de taquilla — Berni era el taquillero —, había sido inútil. Se casó con Loren, que no escuchaba sus quejas, pero que tenía la costumbre de darle juguetones pellizquitos en el brazo, poniendo su mejor cara de idiota.

Se marcharon ocho días a las montañas, en viaje de novios. Mi mala suerte quiso que no se despeñaran por ellas y que regresaran contentos y risueños. Aquella noche acudían por vez primera al trabajo, después del acontecimiento.

Todo el mundo les felicitaba.

Yo no.

Todo el mundo fue a la boda.

Yo no.

Todo el mundo parecía contento.

Yo no.

Con el espíritu deshecho vi comenzar la ciento cincuenta representación de *Corazones sin brújula.* Me sabía la obra de carrerilla y lo único que me gustaba de ella era su título, que estaba de acuerdo con mi desorientación absoluta.

El público se reía.

Yo lloraba.

… … … … … … … … … … … …

CAPÍTULO II

DE CÓMO UN ALMA HUMANA PUEDE REANIMARSE POR EL GUIÑO DE UN BOMBERO

El palco real estaba ocupado esa noche. Tres princesas, tres príncipes y dos caballeros invitados.

Sus Majestades no habían acudido, ni acudían generalmente. Eran muy viejos y preferían quedarse en palacio jugando al ajedrez.

Las princesas iban elegantísimas, luciendo pieles y joyas deslumbrantes, como era su obligación de princesas. Una de ellas era bastante guapa. Las otras dos feúchas, pero simpáticas. Los príncipes eran gordos los tres.

Pero, claro, buenas personas.

Respecto a los dos caballeros invitados, me parecieron atractivos y jóvenes, a distancia.

Los contemplaba mientras transcurría la representación del segundo acto. Como no quería salir al vestíbulo, donde estaba el maldito bar, ni escuchar los comentarios de mis compañeras sobre la recién llegada parejita de tórtolos, habíame quedado en el patio de butacas, apoyada en la pared junto a los bomberos de servicio.

Eran dos caras nuevas y me alegré porque así ignorarían mi infamante situación de novia despreciada y cubierta de cenizas.

De paquete tirado a la basura.

De paraguas en desuso.

De acomodadora en ridículo.

Mientras los espectadores se retorcían de risa porque la obra era cómica, aunque a mí me pareciese lúgubre, yo devoraba lágrimas en silencio.

De repente, sin previo aviso, uno de los bomberos nuevos me miró. Me miró y me guiñó un ojo. Fue un guiño tan simpático y tan alentador que me

produjo una sacudida estimulante. Repentinamente, nació en mi alma el primer síntoma de rebelión.

¿Por qué soportar aquello...? ¿Por qué sentirme fracasada como si Berni fuera un tesoro en lugar de un pobre taquillero que sólo se afeitaba los días pares — apenas tenía barba — y se veía obligado a rellenar con kilos y kilos de algodón las hombreras de sus chaquetas para fingir que tenía anchas espaldas...? Había otros hombres. Bomberos como aquél, que no rellenaba seguramente sus hombreras y que sabían apreciar a las chicas guapas.

Porque yo era una chica guapa. No demasiado guapa, pero con «algo» interesante. «Algo» que gustaba a los bomberos y que posiblemente gustaría también a los aviadores, a los empleados de Hacienda, a los de Correos e incluso a los guardias de tráfico.

Además, poseía una cultura grande. Hubiera podido completar mi carrera de maestra de escuela, de no haberme quedado huérfana en el momento en que sólo había aprobado la mitad de los cursos, teniendo que colocarme de acomodadora para poder comer. ¡Horribles altibajos de la existencia...!

Lo que me sucedía ahora — me dije, alentada por el maravilloso guiño del bombero — era perfectamente lógico. Desde los catorce años, no me había preocupado por gustar a los otros hombres. Tenía a Berni y consideraba concluida mi lucha contra la posible y aterradora soltería. Pero Berni me había dejado en la estacada y sería necesario alistarme otra vez en el «Batallón de Caza Femenino».

Si las otras cazaban..., ¿por qué no podía cazar yo...? Mi cerebro inició una operación matemática. ¿Cuánto ganaría un bombero...? ¿Lo suficiente para mantener a una esposa con cierto decoro? Claro que quizá *mi* bombero fuese ya casado. Miré sus manos y quedé decepcionada. Llevaba anillo. Y también su compañero, el otro bombero más joven. No era posible que los anillos del dedo anular formasen parte del vistoso uniforme.

No... Mi bombero del guiño estimulante estaba fuera de combate. Como chica honesta y consciente, los hombres casados eran «tabú». Dirigí una añorante mirada de despedida a mi alegre bombero impulsivo.

Sentí rondarme un estornudo. La señora del vestido azul sentada en la butaca nueve de la fila sexta, cerca de mí, se perfumaba con jazmín, lo cual era fatal para mi alergia.

La comedia estaba acabando. Decidí salir. El bombero volvió a mirarme y me guiñó el otro ojo.

Desvié la cabeza dignamente. ¡Lástima de bombero! Me hubiera servido admirablemente.

Pero mi destino era otro.

Salí al vestíbulo arrastrando los pies y estornudé seis veces consecutivas.

CAPÍTULO III

DE CÓMO UN ALMA HUMANA SE AGITA EN LAS DOLOROSAS TINIEBLAS DE LA MONOTONÍA

El bar estaba a la izquierda y el guardarropa a la derecha. Me dirigí hacia el último y me senté dentro con la empleada, una pobre chica pesadísima que se empeñaba en contar todas las películas que veía. Apenas tomé asiento, comenzó a narrarme la última de Gregory Peck que yo viera ya dos años antes.

¡Con Berni!

La dejé hablar, fingiendo hojear indiferentemente el periódico de la noche. En realidad, no la escuchaba y comencé a leer un artículo interesantísimo sobre *Influencia de los productos minerales de explotación en nuestra balanza comercial.*

Me gustaba leerlo todo y tratar de entenderlo todo. Así venía haciéndolo desde mi infancia, maravillosamente dirigida por mis padres y abuelos, maestros de escuela todos ellos, descendientes, a su vez, de una larga línea de pedagogos. Mi cultura estaba, por lo tanto, a un kilómetro de distancia de la del resto de mis compañeras y quizás a esto se debiera la antipatía que en mis horas de desgracia me demostraron.

¡Hasta dónde podían llegar la envidia e incomprensión humanas!

Concluí el artículo mientras Gregory Peck besaba a su compañera por sexta vez y me dije que el ministro de Comercio tenía razón y que no llegaríamos a nada práctico mientras el alza de los minerales impidiese una exportación normal de nuestros productos para poder competir con los extranjeros. Posiblemente aquel artículo sería un avispero que provocaría una huelga en las minas. Me proponía enviar una carta el periódico, a la

sección «Voz del Lector», aprobando los comentarios del ministro. Ya había escrito en diversas ocasiones, por ejemplo durante la crisis textil que amenazó dar al traste con nuestras fábricas de hilaturas y cuando la retirada del embajador de Turgán, que se marchó ofendido por una tontería injustificable. Incluso mantuve una apasionante controversia con otro corresponsal que firmaba CORONEL EN OLVIDADO RETIRO y que se empeñaba en asegurar que nuestro algodón recientemente exportado a Libania era peor que el exportado años atrás. Como yo estaba bien documentada sobre el caso y su aseveración me pareció totalmente infundada, discutí con él durante dos meses bajo el seudónimo de BALA DE ALGODÓN HUMANA, agriándose la discusión de tal modo que el director del periódico tuvo que llamarnos al orden cuando el CORONEL EN OLVIDADO RETIRO me calificó de maldita testaruda y yo le califiqué a él de momia con cerebro seco.

Advirtiéronse los primeros síntomas de que la comedia había concluido. Los policías al servicio de la real familia impidieron que el público se desparramase por el vestíbulo antes de la salida de los príncipes. Abandoné el guardarropa en el instante en que el elegante grupo llegaba abajo. Pasaron tan cerca de mí que pude observar el lunar de la mejilla de la princesa Ana y escuchar cómo el príncipe heredero Darío repetía uno de los chistes de la comedia. El guante de uno de los invitados cayó a mis pies. Me agaché a recogerlo a la vez que se agachó su propietario y nuestras cabezas chocaron ligeramente. Se rió, dándome las gracias, sonreí también y en el acto uno de los detectives vino corriendo para cerciorarse de que yo no había introducido ninguna bomba dentro del guante. Después se fueron y el alud de público se abrió paso como un dique desbordado.

Tuve que ocuparme de los últimos detalles de mi trabajo: levantar los asientos de las filas de butacas encomendadas a mi cuidado y ver si alguien se había dejado algo.

Casi siempre se dejaban multitud de cosas olvidadas. Polveras, guantes, monederos, pañuelos, bufandas. Incluso en cierta ocasión una de mis compañeras encontró un calcetín. Aún no nos habíamos explicado cómo un caballero se pudo quitar un calcetín en el patio de butacas de un teatro tan elegante. ¡Confusos morbos de la naturaleza humana!

Me despojé del uniforme, me puse mi raído abrigo gris y metiéndome por extraños vericuetos para no tener que pasar ante el bar donde sin duda estaría ya Berni junto a su capullito de alelí, subí al piso principal en busca de Maxi.

Yo vivía en casa de Maxi desde hacía dos años. Durante una época amarga me vi obligada a recorrer quince casas de huéspedes sin poder resistir en cada una de ellas más de dos semanas, a pesar de mi carácter estoico. En unas me robaban, en otras me mataban de hambre, en otras registraban mis maletas, en otras me ponían cartones en lugar de mantas...

Fue Berni quien me informó de que Maxi, la encargada de los lavabos — empleada del servicio de *toilette*, según deseaba inútilmente ser llamada —, alquilaba un dormitorio en su casa. Tomé una decisión, sin descorazonarme el hecho de que varias de mis compañeras hubiesen intentado sin éxito vivir con Maxi. Como el cuarto era grande y limpio, me instalé allí.

La primera noche, apenas cerré los ojos, apareció Maxi en estado de sonambulismo, con los brazos extendidos como queriendo abrazar la oscuridad y repitiendo en tono dramático:

— Nunca lo conseguirás. Nunca lo tendrás. Jamás. Jamás.

Me incorporé en la cama y pregunté:

— ¿Qué es lo que no tendré...?

Pero Maxi continuó dando vueltas y más vueltas alrededor de mi cama repitiendo el estribillo:

— Nunca lo conseguirás. Nunca lo tendrás. Jamás. Jamás.

A la quinta noche de aparecer tan siniestra visita, exasperada con tanto sueño atrasado, encendí la luz y la increpé furiosa:

— ¡Ya lo he conseguido, pesada! ¡Lo tengo! ¡Lo tengo!

Maxi se despertó, tuvo un ataque de nervios y empezó a llorar a gritos, clamando al cielo ante la injusticia de que sus cinco hijos desperdigados por el mundo no estuviesen junto a ella para consolarla. La tranquilicé, recordándole que era soltera y que jamás había tenido hijos, con lo cual se serenó, reconociendo que era cierto. Los cinco hijos desperdigados por el mundo pertenecían a una vecina del piso de arriba que se pasaba la vida

contándole sus cuitas. Maxi poseía un cerebro supersensible en el que cualquier cosa se grababa como en un disco de gramófono.

Por lo demás, era muy buena. Nos encariñamos en seguida la una con la otra. Tenía cincuenta y seis años y una delgadez esquelética. Vestía siempre de negro y se empeñaba en llevar una melena rizosa, ya casi totalmente gris, ofendiéndose cuando alguien le insinuaba que haría mejor recogiéndose el pelo. Aún no había perdido las esperanzas de casarse e imaginaba que todos los hombres la miraban con codicia y le hacían proposiciones deshonestas. Inventaba imaginarios pretendientes y se escribía cartas de amor a sí misma, que echaba al correo y que recibía con gritos de placer, leyéndomelas a la hora del desayuno. Yo fingía creer que el banquero Frost la amenazaba con suicidarse si era nuevamente rechazado, y que el general Lucas insistía una vez más, llamándola «luz de mis ojos».

Así vivíamos en paz.

Al llegar ante la puerta de los lavabos, observé que ya estaba cerrada y temí que Maxi se hubiese marchado sin esperarme. Desde el dramático «caso Loren», yo solía esperarla para regresar juntas a casa, ya que Berni no me acompañaría jamás, y el desolado silencio nocturno de las calles producíame una penosa sensación de angustia. Era difícil acostumbrarse a la soledad tras doce años de pasear junto a un hombre.

Maxi no se había ido, por fortuna. Se hallaba en el palco real, saturado de finos perfumes que me hicieron estornudar tres veces. Le gustaba tanto a Maxi el palco real, que desde hacía mucho tiempo se le había concedido el especial privilegio de hacer su limpieza.

Yo sospechaba que mi amiga y patrona confiaba encontrar algún día un brillante olvidado, una corona de esmeraldas o una condecoración de rubíes. Pero jamás encontró nada por el estilo.

Fui yo quien encontró algo. Pero esto merece capítulo aparte.

CAPÍTULO IV

DE CÓMO UN ALMA HUMANA TROPIEZA CON SU DESTINO

El palco real tenía un antepalco que era casi un salón, con una mesa en el centro y varios sillones tapizados de raso azul. Una mullida alfombra cubría el suelo. Poseía también un tocador particular, amarillo y blanco, que me encantaba.

Maxi me saludó, mientras con ojos enloquecidos de entusiasmo recogía en una bandeja las copas de champaña con que Sus Altezas obsequiaran a sus invitados. Puso al trasluz una de las botellas para ver si quedaba algo y escurrió las últimas gotas en una de las copas, saboreándolas con fruición.

— Champaña francés — me dijo con un guiño maquiavélico —. ¿Quieres probarlo?

— No. Gracias.

La dejé emborrachándose de gotas y salí al palco, sentándome en uno de los sillones en los que momentos antes estuvieran tan importantes personas. El patio de butacas estaba ya a oscuras y en el escenario, que de nuevo tenía el telón alzado, unos tramoyistas afanosos recogían los decorados, dando en mi honor una representación de fantástica actividad.

Sentí frío. Sentí sueño. Sentí hambre sin mi bocadillo de las diez. Subí el cuello de piel de conejo de mi abrigo y una vez más observé que estaba raído y apolillado. Me quité el zapato derecho y traté de indagar por qué el maldito llevaría dieciséis meses torturándome sin descanso.

Al agacharme descubrí *aquello.*

Era un programa doblado en cuatro y casi oculto bajo la barandilla tapizada de pana granate, en la que se quedara enganchado. Tiré de él y maquinalmente empecé a desdoblarlo para hacer una pajarita. Mi espíritu

estaba tan en baja forma que en cuanto veía un papel comenzaba frenéticamente a hacer pajaritas. Maxi había prometido enseñarme a hacer barquitas también, con asientos y todo. Decía que era un entretenimiento muy absorbente y que incluso podríamos comprar un librito explicativo para hacer toda clase de cosas raras con papel porque nuestras tardes solían ser muy aburridas cuando no teníamos dinero para asistir a la primera sesión de un cine.

Iba a comenzar la pajarita cuando observé que en la última página del programa había algo escrito. Lo leí.

Volví a leerlo y miré alrededor con cara de conspiradora para cerciorarme de que no era observada.

Lo leí de nuevo. La primera frase estaba escrita con letra femenina:

«Querido..., queridísimo..., esto no puede continuar así. Tenemos que hablar o haré una locura.»

Debajo, con un gran espacio en blanco, otra letra pequeña y masculina había escrito:

«Esto es un disparate. Calma, por favor...»

De nuevo, la letra femenina declaraba:

«Me gustan los disparates... Dame el número de teléfono de tu nuevo piso o tendré aquí mismo un ataque de nervios...»

Debajo, la mano varonil había escrito un número, sin el menor comentario.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda, como si acabara de descubrir el más peligroso secreto de Estado.

Aquello era tremendo. Tremendo. Doblé el programa y lo guardé rápidamente en mi cartera.

Acababa de descubrir un complot de amor.

Cerré los ojos y pensé en el disgusto fenomenal que tendría la princesa cuando se diera cuenta de que había perdido el programa. Y el número de

teléfono que tanto le interesaba.

La princesa...

Pero... ¿cuál de ellas?

La princesa Carlota estaba casada con el gran duque León y tenían cuatro hijos, los cuatro con caras de ardillas y los dientes hacia fuera.

El príncipe heredero Darío iba a casarse con su prima, la princesa Matilde. El príncipe Emiliano, el benjamín de nuestros príncipes, acababa de casarse con una aristócrata extranjera.

¿Quién de entre aquellas tres mujeres había sentido nacer en su corazón una pasión pecaminosa y funesta que le impelía a escribir disparates como aquel de «me gustan los disparates», arriesgándose a que su ardiente súplica cayera en poder de su esposo o de su prometido?

— ¿Y quién sería él...? ¿Uno de sus cuñados... o uno de los dos invitados vestidos de frac...? ¿Quizás aquel joven atractivo que había dejado caer su guante y cuya cabeza chocara con la mía...?

«¡Oh la ceguera del amor!», me dije mordiéndome la uña del pulgar con frenesí. Y sentí acudir lágrimas a mis ojos ante la idea de que aquella noche una desdichada princesa no dormiría de inquietud. Recordé los versos que me valieran el primer premio de Declamación en el Liceo de Enseñanza Superior y que comenzaban así:

«Amor... dolor... temor... rencor...»

Siempre había sido la primera de mi clase en todo. Incluso en Matemáticas. Como se trataba de una clase de quinientos alumnos, según la ley de los grandes números y deduciendo mediante la curva de probabilidad llamada campana de Gauss mi coeficiente intelectual, éste resultó elevadísimo.

Cuando mencioné la cifra a Berni me miró de un modo muy raro. El pobre también asistió de niño a las mismas clases que yo y su coeficiente era desastroso.

— ¿Te has dormido, Marión? — me interpeló Maxi, sacudiéndome con su brusquedad habitual. Pensé en lo bonito que resultaría que siguiese sacudiéndome hasta descubrir que yo jamás volvería a contestar en este mundo y entonces gritara:

— ¡Santo Dios! ¡Marión está muerta! ¡Se ha envenenado! ¡Huele a almendras amargas!

Berni acudiría, amarillo de terror, y lloraría sobre mi cadáver, comprendiendo, aunque tarde, que sólo a mí había amado, recalcándolo delante de Loren y de las diecinueve acomodadoras y repudiando a aquélla para hacerse ermitaño.

¡Qué bonitas podrían ser las cosas con un poco de imaginación!

Pero yo estaba viva, groseramente viva, y tuve que abrir los ojos y responder a Maxi que me sentía dispuesta a emprender la marcha nocturna hacia nuestra fortaleza.

La llamábamos fortaleza porque en realidad lo era. En lejanos tiempos fue una especie de cuartel desde el cual se habían defendido tres o cuatro invasiones de nuestros testarudos vecinos los turgueneses, empeñados en ampliar su territorio a costa nuestra. Después, el heroico baluarte defensivo fue perdiendo categoría y gloria hasta convertirse en una modestísima y extravagante casa de vecindad. El arquitecto que realizó la transformación había enloquecido poco antes de concluirla, teniendo que ser internado en un manicomio. No me extrañaba. En los enormes pasadizos abovedados surgían a diestro y siniestro pequeños departamentos, unos en alto, otros en bajo; unos con techos bajísimos, en los que era preciso entrar poco menos que a gatas; otros, como el nuestro, tan altos que la lámpara del comedor tenía que ir colgada de siete metros de cordón eléctrico para que estuviese a una altura normal. Además todas las habitaciones tenían eco. Cuando Maxi me gritaba desde la cocina: «¡El desayuno!», quedaba luego errando horas y horas por el pasillo lo de «yunoooo» y a veces se juntaba con el «midaaaaaa» de «¡La comida!», en una sinfonía extraña.

Era realmente una casa poco vulgar, llena de jorobas, de simas y de ratones, pero la cuestión de pisos estuvo siempre difícil en nuestra capital. Había oído contar con vesánica alegría que Loren y Berni se vieron obligados a alquilar por un dineral medio piso en una casita de las afueras. El otro medio lo ocupaban las oficinas de una funeraria.

Maxi andaba por las calles a grandes zancadas, obligándome a correr tras ella. Hacía frío y el suelo estaba cubierto de una capa de nieve. Apenas

transitaba un alma a aquellas horas. Sólo algún desdichado, como nosotras, que regresaba de su trabajo.

Nuestras sombras, que nos seguían fielmente, apenas tenían contornos humanos. Ambas llevábamos los cuellos de los abrigos subidos hasta la nariz y gruesos pañuelos de lana en la cabeza, anudados bajo la barbilla.

— ¿Has visto...? — preguntó de pronto Maxi con risita campanillera.

— ¿El qué...?

— Aquel hombre...

— ¿Qué hombre...?

— Nunca te enteras de nada. Pasó un hombre dos esquinas más allá y me miró de una manera provocadora. ¡Qué atrevido!

No era posible, por supuesto, que a semejante distancia pudiese nadie distinguir nada y mucho menos lanzar miradas provocantes en dirección al bulto informe de Maxi, pero la dejé con sus ilusiones.

Corroboré:

— Sí. Son unos atrevidos.

Y entonces volví a pensar en cuál de aquellos hombres que ocupaban el palco real habría escrito su número de teléfono. El secreto de Estado que llevaba en mi bolso comenzó a preocuparme, decidiendo tomar cartas en el asunto para calmar la inquietud de dos almas humanas.

CAPÍTULO V

DE CÓMO UN ALMA HUMANA TIENE UN RASGO GENEROSO

No podía permitir en verdad que dos corazones enamorados pasaran la noche en vela, corroídos por la incertidumbre, temiendo que el programa fatal estuviese guardado, como una bomba retardada, en el bolsillo de un rival ofendido y celoso, dispuesto al ataque. Era preciso tranquilizarlos y decirles que...

Empecé a pensar en lo que podría decir mientras Maxi metía el llavín en la cerradura de nuestro piso. Llamarle «llavín» era describirlo incorrectamente, porque se trataba de una pesada pieza de veinticinco centímetros de largo por cinco de contorno y un peso exacto de setecientos ochenta gramos. La pesamos en la báscula del tendero por curiosidad. Maxi decía que era un arma defensiva muy conveniente para dos mujeres que se veían obligadas a andar por las calles a horas tardías, teniendo en cuenta la osadía masculina. Así, pues, ella tenía su arma y yo la mía, que abultaban en nuestros bolsos como los *colts* de los *cow-boys* de las películas. Innecesario es añadir que la cerradura de nuestra puerta parecía la boca de un cañón de largo alcance.

Mientras me quitaba el abrigo en mi habitación, llegaron desde la cocina los ecos de las palabras que Maxi pronunciaba con acento desesperado:

— ...acabóoooooo... lateeeee...

Adiviné la catástrofe: se había acabado el chocolate y ninguna nos acordamos de renovar la provisión. Esto era una horrible desgracia para dos cansadas y famélicas solteronas cuyo único consuelo nocturno, tras un día decepcionante, eran sendas tazas de chocolate calentito con pan y mantequilla.

Seguían llegando los ecos:

— ...rriblee... rrorosoooo... — que significaban: terrible y horroroso.

En respuesta, devolví a mi amiga un consolador:

— ...upeeees... jaréeee... guidaaaa... — que quería decir: «No te preocupes, bajaré en seguida», y volví a ponerme el abrigo porque, afortunadamente, en el piso bajo del edificio teníamos una tienda de comestibles cuyo propietario, gran amigo nuestro, se quedaba hasta la madrugada entregado al apasionante placer del póquer con su mujer, su abuela, su cuñado y su hijo mayor. Jugaban con judías y lentejas en Jugar de dinero y como tenían tantas en la tienda, nunca se enfadaban. Al acabar la partida, volvían a echarlas al saco.

Salí atravesando pasadizos y subiendo siempre al principio para poder bajar después, ya que los desniveles de la fortaleza me obligaban a ello. Atravesé un corredor en cuesta, me deslicé bajo un techo inclinado, anduve por otro cuya bóveda se perdía en el infinito, me abrí paso de costado entre dos paredes que casi se unían, sorteé un foso y llegué al fin ante la puerta interior de nuestro tendero. Abrió la abuela, que era una viejecita alegre, con un solo diente, envuelta en una toquilla encarnada que semejaba el capote de un torero español.

— ¿Chocolate, verdad? — adivinó, porque aquello del chocolate nos ocurría a menudo —. Puedes pasar a la tienda y cogerlo, pequeña. Enciende la luz, no te des un golpe. — Regresó a su puesto ante la mesa de juego y le oí pedir con su mejor voz inexpresiva de jugadora de póquer —: Sólo una carta.

Encendí la luz y entré en la pequeña tienda, que olía a especias, a bacalao y a café. El gato, instalado sobre el mostrador, abrió un ojo y lo volvió a cerrar desilusionado. Sin duda pensaría:

«Es la pelma de costumbre, en busca de su eterno chocolote.»

Elegí mi ansiado tesoro. Cogí una libra, dejé el dinero junto a la caja registradora y me dirigí al teléfono, dispuesta a poner en práctica mi idea caritativa. Ninguna oportunidad mejor para realizar la buena obra del día.

Saqué el programa con el mismo respeto que si se tratara de un objeto precioso y a la débil luz de la bombilla fui marcando el número trazado por una mano nerviosa. El corazón me latía tranquilo, porque jamás había sido

tímida. Teniendo en cuenta mi coeficiente intelectual, vanagloriábame de poder codearme con las clases superiores sin quedar en ridículo. De ahí mi costumbre de escribir cartas a los directores de los periódicos y de discutir con «coroneles en olvidado retiro».

Sin embargo, al escuchar la voz varonil que preguntaba «¿quién es?», sentí una angustia imprecisa, quizá porque esta vez se trataba de alguien verdaderamente importante. De alguien acostumbrado a ocupar el palco real. Quizá del propio príncipe heredero.

— ¿Quién es...? — repitió impaciente.

Tenía una voz sugestiva y grata, una voz que me atreví a calificar de anhelante y confidencial.

— Soy... yo... — repuse estúpidamente.

— ¿Tú...? — dijo desconfiado. Y adiviné que sin duda estaba esperando una llamada femenina.

— Sí... yo... Quería...

Me turbé. Mi coeficiente intelectual me falló en aquel instante.

— Me parece una locura lo que haces... — se corrigió con rapidez —, lo que hace Vuestra Alteza... Juega peligrosamente con su vida y con la mía, poniéndome en serias dificultades... Lo de esta noche ha sido...

— ...indiscretísimo — apunté, jugueteando con una cola de bacalao —. Pero yo no soy...

— Ya sé que Vuestra Alteza no es ninguna inconsciente..., pero está ofuscada y no calcula bien el alcance que pudiera tener esta broma...

— ¿Broma...?

— Trato de considerarlo así, Alteza. Una broma que me intranquiliza y me disgusta..., lo confieso con todo respeto...

— Pero si yo no...

— Espero que la broma acabe inmediatamente. Soy sólo un pobre diablo que...

No pude contenerme.

— ¿Un pobre diablo...? Entonces... ¿no es usted uno de los príncipes...?

Siguió un silencio profundo. Un silencio aterrador durante el cual oí el redoble de los tambores que me acompañaban al patíbulo.

Al fin, la voz, totalmente cambiada, dijo:

— ¿Quién está ahí...? ¿Quién habla...? — Y le oí comentar para sí mismo, como intentando calmar su propia agonía —: Nadie tiene este número de teléfono...

Hablé al fin, mientras el gato, completamente despierto ahora, ronroneaba junto a mi hombro, peligrosamente subido en la estantería de los licores:

— Llamo sólo para decirles que no se preocupen. Soy la discreción personificada. El programa está en buenas manos.

— ¿El programa...? ¿Qué programa...?

— El que ustedes utilizaron para su correspondencia en el teatro. Tranquilícense. Pueden dormir a gusto. Buenas noches.

Colgué, encantada de mi buena acción.

Cogí el chocolate y emprendí el duro y peligroso camino de regreso al hogar, subiendo y bajando, sorteando y zigzagueando, hasta llegar al piso, en el que aún resonaba mi eco de:

— ...jaréee... en seguidaaaaaaa...

CAPÍTULO VI

DE CÓMO UN ALMA HUMANA RECIBE UNA SORPRESA MATINAL

En Raristania nieva mucho durante el invierno y levantarse por las mañanas constituye un cruento sacrificio. Por eso Maxi y yo habíamos establecido un turno inalterable para que cada día se martirizase una de las dos, preparando el café y llevándoselo a la otra a la cama. Aquel día era mi turno.

Abrí los ojos y bostecé. Hacía un buen rato que estaba oyendo los ecos exigentes de la voz de Maxi, que gritaba desde su cuarto:

— ...féeee... — por lo cual no tuve más remedio que envolverme en mi abrigo de *júvenis capra* (traduciéndolo del latín se quedaba vulgarmente en cabra joven), que ocho años antes resultara precioso, pero que ahora sólo me servía de quimono horripilante para enfrentarme con los hielos matinales, y me encaminé a la cocina.

Habíamos dormido bien. Maxi no se había levantado extendiendo los brazos para asegurar monótonamente que era el capitán Harry Norton Smith, de Minnesota, que andaba buscando el cadáver de su asesinada esposa, según el folletín de la radio, que era su última obsesión sonambulesca.

Encendí la lumbre, traté de poner una olla de agua a calentar y observé con desesperación que una vez más las cañerías habíanse helado. En la jarra quedaba la suficiente para hacer el café y la puse a hervir, observando cómo se deshacían los pequeños icebergs flotantes. Para poder lavarnos tendríamos que esperar a que saliese el sol y las cañerías se deshelaran, con ruidos de orquesta sinfónica enloquecida.

Como me gustaba dar malas noticias, se la di a Maxi al entrarle el desayuno. No se inmutó, pues estaba extasiada contemplando una fotografía

de Gualterio, primer actor de nuestro teatro, que era su último amor imposible. Todas las paredes del cuarto de Maxi se adornaban con fotos masculinas... Artistas de la pantalla o de la escena, que le habían destrozado el corazón a distancia.

— ¿No crees que ha hecho un disparate afeitándose el bigote...? — dijo a guisa de saludo matinal.

Pero yo no me sentía con ánimos de hablar del bigote de Gualterio a aquella hora.

— Recuerda que hoy es nuestro día de mercado — apunté como si no hubiese oído —. Habrá demasiada gente en todas partes si salimos tarde de casa.

Los lunes solíamos ir al mercado a comprar provisiones para el resto de la semana. En el fondo, considerábamos una diversión tremenda aquella salida matinal que ponía un toque de color en nuestras monótonas vidas. Las disputas con la vendedora por el abaratamiento de un repollo nos enloquecía de emoción.

— Está bien..., está bien. Supongo que podré tomar mi café tranquila, ¿no...? — gruñó cambiando a Gualterio por una tostada —. Hoy me he despertado optimista, Marión. Creo que me va a suceder algo muy bueno. Quizás el hombre de anoche...

— ¿Qué hombre?

— El transeúnte que me miró de lejos... ¡Quién sabe! Cuando menos se espera, aparece el verdadero amor. Por cierto..., ¿ha venido el correo? Me extraña no haber recibido carta del banquero Frost. Suele llegar los lunes...

«Porque la escribes los domingos», pensé aburrida. Pero no dije nada y regresé a mi cuarto, abandonándola a sus sueños. Deshice la cama y desahogué mis amarguras aporreando el colchón. El esfuerzo me hizo sudar y tuve que quitarme mi quimono de *capra.* Imaginé lo horrorosa que debió de ser la vida de aquella pobre *capra* que jamás podía despojarse, como yo lo hacía, de su agobiante envoltura peluda.

Abrí la ventana subiéndome a una silla. Era una ventana de extraña apariencia que en remotos tiempos habría sostenido un cañón defensivo. Empinándome conseguí coger un puñado de nieve y me froté la cara. Era el único lavado posible hasta que las cañerías volviesen a funcionar...

suponiendo que no estallasen con horrísono estrépito, matando a los cientos y cientos de vecinos que habitaban la fortaleza.

Me arreglé rápidamente, cogí una de las bolsas de malla y me presenté en el cuarto de Maxi taconeando fuerte con mis botas altas.

— ¿Pero aún estás así...?

Avergonzada, se tiró de la cama exhibiendo su terrible camisón de franela amarilla, con el pechero bordado de margaritas.

— Es mejor que vayas andando — dijo —. Nos encontraremos delante del puesto de verduras. ¿Llevas la lista? ¿No se te habrá olvidado apuntar nada...?

— Sólo el arsénico — repuse con mi amargura habitual. Y Maxi rió cascabelera, porque jamás sabía diferenciar mis bromas de mis sufrimientos.

Me fui sola, pisando la nieve blanda que formaba charcos bajo mis pies. El cielo estaba azul, los raristanos parecían contentos y sólo yo arrastraba mi saco de amargura junto al saco vacío de la compra.

Abrí el bolso para cerciorarme de si llevaba bastante dinero y descubrí el programa dobladito, que me trajo el recuerdo de mi conferencia nocturna. Cuando regresara a casa quemaría el programa y, así, la honra sagrada de una mujer estaría a salvo. Yo sería una de tantas heroínas anónimas de la nación. ¿Qué incalculables consecuencias hubiera podido tener aquel programa de inofensiva apariencia, cayendo en otras manos astutas...?

El mercado bullía de animación y de olores. El aroma campestre de las hortalizas mezclábase con el del pescado fresco, hermanando momentáneamente las playas de nuestro único lago con el campo. Las vendedoras, envueltas en espesos chales de lana, gritaban, reían y se enfadaban por turno. Las gallinas vivas cacareaban, aumentando el alboroto. Las gallinas muertas mostraban impúdicamente su desnudez, que era contemplada, tocada y sobada sin respeto por los compradores. En los puestos de carne, los vendedores cortaban, rajaban, machacaban y trituraban, envolviendo en papel sangrientas tajadas sin perder su sonrisa de hombres bondadosos.

Saqué mi lista y me hice cómplice de tantos asesinatos pidiendo un cuarto de kilo de tocino. La cabeza de un lechoncito, expuesta tras un

cristal, pareció mirarme diciendo:

«¿Tú también, Brutus...?»

El carnicero discutía sobre la nueva subida de los forrajes y piensos, asegurando que aquello haría subir la carne. Me vi envuelta en una discusión política con él y otros dos compradores, ya que el carnicero tenía muy en cuenta mis opiniones. Señalándome con su sangriento dedo corazón, indicó a los otros:

— Esta señorita escribe en los periódicos y sabe siempre lo que dice...

Había leído alguna de mis cartas al director con motivo de la huelga de fabricantes de goma arábiga y le parecieron espléndidas. Realmente habíame superado en ellas, documentándome en la Biblioteca Pública acerca de la goma y similares. En tal ocasión firmé mis cartas con el seudónimo masculino de *Un hombre de la calle* y el director del periódico aludió a mí en cierto artículo, calificándome de «sesudo hombre de ciencia».

A Berni aquello le fastidió, volviendo a hacer aún más patentes las diferencias de nuestros coeficientes intelectuales.

Estaba regateando ante el puesto de repollos cuando una voz misteriosa dijo a mi espalda:

— No te acerques. Finge que no me conoces.

Me volví. Era Maxi, agitada y misteriosa. Sin mirarme explicó:

— He hecho una conquista. Si vienes conmigo, conseguirás espantármela.

Puse cara de fastidio.

— ¿Ya empezamos con tonterías...?

— Te aseguro que es verdad. Mira..., es aquel hombre que finge contemplar las anguilas. Desde que salí del portal viene detrás. Ha sido un flechazo.

No quise llevarle la contraria.

— Está bien. Regresaré sola.

— Eres un ángel. Compra las patatas... Es ridículo que yo me entretenga en una compra tan poco romántica. Sólo compraré los guisantes... y unas flores.

Me haría regresar cargada como un burro para no desilusionar a su admirador comprando cosas tan ordinarias como patatas y berzas. Se alejó de mi lado casi dando saltitos, imitando el balanceo de cierta estrella de cine norteamericana.

Seguí hurgando los repollos para cerciorarme de que no tenían gusanos ni ningún otro reptil y al alzar los ojos me quedé atónita porque por vez primera desde que nos conocíamos, Maxi no había mentido ni soñado: un hombre le estaba hablando confidencialmente ante el puesto de las aves, al que sin duda Maxi se habría acercado para fanfarronear preguntando el precio de los faisanes. El vendedor obstinábase en interrumpir la romántica conversación mostrándole el vientre abierto y los menudillos frescos de una de las víctimas.

Pero no lograba cortar el flujo de palabras del conquistador ni alterar la expresión estupefacta de mi amiga, que se vio, ¡al fin!, cogida del brazo por una mano peluda y varonil y arrastrada hacia la salida, sin duda vehementemente invitada a tomar un café en el bar de la esquina.

Casi no pude tragar saliva. Lo inconcebible acababa de suceder. La pobre y bondadosa Maxi, a la que era necesario calificar con el expresivo adjetivo de «birria absoluta», había cazado a un muchacho bastante bien parecido, por lo menos treinta años más joven que ella.

¡Inaudito!

¡Inclinaciones morbosas de las almas humanas!

CAPÍTULO VII

DE CÓMO UN ALMA HUMANA ES MAL INTERPRETADA

Emprendí el camino de vuelta sin poder dar crédito a mis ojos, a pesar de que eran unos hermosos ojos inteligentes de descendiente de pedagogos. Mi cabeza estaba sumergida en un caos de perplejidad y hasta empecé a pensar en si el banquero Frost y el general Lucas existirían realmente, a pesar de que yo misma viera en el cesto de los papeles los borradores de sus cartas escritos por Maxi.

¿Quién podía estar seguro de nada en un mundo de locos?

La tienda de comestibles de nuestra fortaleza estaba tan llena de gente que tuve que esperar mi turno sentada pacientemente sobre un cajón.

Al entrar en casa, media hora después, me di cuenta de que algo extraño había sucedido.

En el suelo, junto a la puerta, había dos cartas abiertas y cuidadosamente vueltas a cerrar, con la goma aún húmeda. Me agaché a recogerlas. Una era del banquero Frost y la otra del general Lucas. Maxi trataba de hacer la letra diferente inclinando hacia la izquierda la del banquero y hacia la derecha la del general, pero resultaban casi idénticas.

¿Estaría ya Maxi en casa? ¿Por qué habría abierto las cartas para volverlas a cerrar? La llamé, sin obtener respuesta. Sólo el eco paseó mi «Maxiiii» por todas las habitaciones, haciendo pensar en un moscardón enloquecido que buscase un hueco para escapar.

En el comedor reinaba extraño desorden y también en los dormitorios, como si algún intruso hubiese alterado nuestra grata minuciosidad de solteronas.

Alguien se había atrevido a violar la sagrada intimidad de nuestro hogar mientras estábamos ausentes. Pero ¿quién...?

Pensé inmediatamente en Berni porque me gustaba achacarle todas las cosas malas de este mundo, pero deseché la idea por absurda.

¿Quizás un ladrón...?

Febrilmente rebusqué en el cajón de mi mesilla y respiré tranquila, porque allí estaban escondidas debajo de los pañuelos mis dos únicas monedas.

— No falta nada de valor — pensé en voz alta. Y a continuación comprendí la ridiculez de mi comentario, porque en aquella casa no había habido jamás nada que valiese medio raristán.

Sin saber qué decisión tomar, preferí esperar el regreso de Maxi. No tenía miedo, sino indignación ante el atropello.

Empecé a picar el repollo meditando acerca de la carta que pensaba escribir al periódico sobre el tema *Hogar, recinto sagrado e inviolable,* y mecánicamente puse en la olla la verdura, las patatas y el tocino para preparar nuestro plato nacional raristano, que consolaba nuestros helados estómagos durante el invierno.

Por fortuna, las cañerías funcionaban ya. Calenté agua para lavarme y llené la tina de cinc, donde tomé un baño reconfortante, mientras el intenso aroma del repollo hervido subía en espirales por nuestros techos abovedados, perdiéndose en las alturas en cálidas nubes flotantes.

Pero a la hora de comer, Maxi no había aparecido aún. Comencé a preocuparme. Cogí la escalera de mano y me subí hasta la altura de la ventana, tratando inútilmente de ver la calle, porque las almenas históricas me lo impedían. Si alguien me hubiese preguntado: «Ana, hermana Ana, ¿qué ves desde tu ventana?», habría tenido que responder: «Sólo once almenas y un pedacito de calle pequeño como un pañuelo.»

Volví a llevar la escalera a su sitio y me mordí la uña del pulgar, desesperada. ¿Adónde estarían Maxi y su pretendiente? ¿Habría enloquecido mi amiga ante la felicidad de tener su primer admirador y yacería en aquel momento en un hospital cualquiera, con camisa de fuerza?

Decidí, de cualquier modo, empezar a comer mi caldoso repollo porque tenía hambre y frío.

«¡Hombres!», pensé entre cucharada y cucharada... ¿De qué horrores no serían capaces aquellos seres malignos con pantalones, chaquetas y hombreras rellenas de algodón? Sólo Dios sabía si la efigie de Maxi no adornaría aquella misma noche los periódicos bajo el epígrafe de:

Asesinada por un maniático, estrangulador de mujeres

Por fortuna, cuando mis pensamientos alcanzaban el más agudo nivel de horror, oí el sonido de la llave en la cerradura y un minuto después la seudoestrangulada heroína entró como un huracán.

Venía irreconocible, con la pintura de los labios corrida por los bordes, la bufanda colgando, la melena grisácea salpicada de nieve y las medias llenas de puntos escapados. Más tarde confesó que las medias ya estaban así cuando salió de casa.

— ¿Qué te ha hecho ese vampiro? — grité alarmada, apresurándome a cederle la única banqueta de la cocina, sobre la que se desplomó.

— ¡Asombroso! Horrible... No vas o poder creerlo...

Me sentí personaje de novela antigua al preguntarle con angustia:

— ¿Ese hombre osó atentar contra tu honra?

Me miró como si no me viera, paseando sus pupilas dilatadas sobre la mesa, deteniéndose en mi plato vacío. Con terrible inquietud hizo una pregunta inesperada:

— ¿Supongo que no te habrás comido todo el tocino...?

Me indigné.

— ¡Déjate de tocinos ahora! Habla... Cuenta lo que te ha sucedido para que vengas con los ojos hinchados de llorar.

Maxi, que se había levantado para fisgonear en la olla y convencerse de si había o no había tocino, regresó tranquilizada.

— Aquel muchacho del mercado... — hipó.

— Tu admirador...

— ¡Valiente admirador! Era un detective.

Abrí la boca con estupor.

— ¡Un detective! ¿Bromeas...?

— Menuda broma... ¿No viste cómo me cogió por el brazo y me obligó a acompañarle...? Con finos modales..., eso sí. Y era guapo, realmente.

— Pero... ¿adónde te llevó? ¿Qué quería de ti...?

Maxi se rascó la cabeza.

— No lo sé exactamente... Me llevó a una casa muy elegante, en un coche con las cortinas bajadas. Durante dos horas me han estado asaeteando a preguntas él y otro joven... Otro joven aún más guapo, puedes creerme. Guapo y simpático. Entre pregunta y pregunta, me sirvieron anís, café y bocadillos.

— Entonces... ¿por qué demonio has llorado tanto?

— No he llorado — hipó de nuevo —. Es... el anís. No tengo mucha costumbre de beber... Creo que he abusado, casi vaciando la botella.

— Ya notaba yo un olor raro. Pero ¿de qué te acusaban? ¿Qué es lo que deseaban saber...?

— No he conseguido averiguarlo, hija mía. Primero me dijeron que si quería hacerles chantaje... y que si eso era un grave delito... y que si...

— Por favor, Maxi, sé coherente.

— Trato de serlo, Marión, pero se me va la cabeza. Bueno, no acabo de comprender este lío. Tuvo culpa un documento que se perdió anoche en el palco real.

Me quedé sin respiración.

— ¿En el palco... real...?

— Juré y perjuré que no lo había encontrado. Debí dejarlos convencidos porque se excusaron y me dieron esto para desagraviarme.

Triunfalmente me mostró un billete de quinientos raristanes. ¡Jamás habíamos visto tanto dinero junto!

— Es fantástico, Maxi... Nunca imaginé que en las comisarías se disculpasen tan generosamente...

— Te digo que no era una comisaría... Era la casa de aquel señor joven tan guapo... Y por cierto, aunque no lo creas, me echaba miradas incendiarias.

Estaba perpleja, adivinando el misterioso motivo de la intriga.

— ¿Por qué te interrogaron a ti, precisamente?

Maxi me miró con ojos turbios de borracha.

— ¡Toma! ¿Pues quién hace la limpieza del palco real sino yo...? Parece que el detective se informó de esto en el teatro... y vino al portal a acechar mi salida. Ha sido una aventura de novela — gorjeó —. Una de las veces me hicieron hablar por teléfono desde la habitación contigua con el hombre guapo, que descolgó el auricular de su mesa, me escuchó atentamente y dijo: «No. No es la misma voz...»

Las piernas me temblaron levemente.

— ¿Y qué más...?

— Tuve que prometer que no hablaría de todo esto con nadie. Por eso me dieron el billete. Así que ya lo sabes. Ni una palabra. Cierra el pico herméticamente. Es un gran secreto en el que me veo envuelta... Dame repollo, haz el favor.

Le expliqué a mi vez que nuestra casa había sido registrada, pero los vapores del alcohol le impidieron medir la gravedad del asunto.

— ¡Qué aventura! Cuando la cuente...

— Recuerda que no la puedes contar — atajé.

— ¡Qué lástima! Es verdad. Pero al menos se lo escribiré al banquero Frost y al general Lucas. Son hombres de honor.

— Discretos como tumbas — asentí.

Entre cucharada y cucharada de caldo de tocino y repollo, agitó la cabeza corroborando.

— Tendré que pedirle consejo al general. Fue jefe de policía en su juventud, antes de que le nombraran ministro de Estado.

CAPÍTULO VIII

DE CÓMO UN ALMA HUMANA ELEVA SU PROTESTA

Estaba furiosa al verme incomprendida. Era una vergüenza que mi llamada telefónica, dictada por un generoso impulso, hubiese sido mal interpretada y calificada de posible chantaje. Mi corazón de mujer sensible y de ciudadana consciente se sentía cruelmente herido.

Así se lo dije por teléfono a mi interlocutor. Pero, naturalmente, no desde el teléfono de la tienda vecina, como la noche anterior, sino desde una cabina pública situada en una calle céntrica de la capital, a cierta distancia del teatro. Había leído muchas novelas policíacas y sabía que una llamada podía localizarse, incluso en los teléfonos automáticos. Por lo tanto, no pensaba entretenerme demasiado. Había salido del teatro durante la representación del último acto, procurando no ser vista, ya que se susurraba que en el vestíbulo había un detective. Corrían, los más fantásticos bulos y Maxi, como yo suponía, no se limitó a contarle su emocionante aventura al general Lucas en una larga carta, sino que confidencialmente se la fue relatando a todo el mundo, bajo palabra de honor de que no la repetirían. Los últimos rumores «de fuente bien informada» aseguraban que el príncipe Darío había perdido en el palco la noche anterior el último tratado secreto firmado con los turganes, cuya pérdida, al hacerse pública, podría provocar una guerra o una revolución.

Yo, con el programa guardado en el bolso, decidí telefonear una vez más para hacer constar mi protesta.

Igual que veinticuatro horas antes, la voz de tono agradable y confidencial dijo:

— ¿Quién...?

Y a mi vez repetí:

— Soy yo.

Hubo un corto silencio, roto por un breve ¡ah!, que sonó a suspiro de alivio o quizás a exclamación de asombro.

— Llamo para presentar oficialmente mi más encendida protesta por lo ocurrido esta mañana. Por desgracia, sé que los impulsos generosos de un corazón y de un alma humana nunca son debidamente apreciados. Pero debo hacer constar que mi intención al telefonearle anoche era puramente amistosa. Deseaba tranquilizarle y pensaba quemar el programa en cuanto llegara a casa.

— ¿Quiere decirme quién es usted...? — preguntó impaciente.

— ¡Qué importa eso! Respecto al programa, debo insistir en que...

— ¿Lo quemó...? — interrumpió sin miramientos.

— Todavía no. Pero lo quemaré. No porque usted lo merezca, dada su conducta incalificable, abusando de su poder para raptar a una pobre y humilde empleada...

— ¿Raptar...? ¿A quién se ha raptado? No entiendo una palabra de cuanto dice.

— Me entiende perfectamente. Detuvieron a una modesta trabajadora del teatro, asustándola de un modo atroz para que confesara un pecado no cometido.

— ¡Qué absurdo! No se efectuó la menor detención. Dicha señora vino por su propia voluntad y fue obsequiada e indemnizada. ¿Acaso ella ha dicho...?

— No se moleste. No conseguirá sonsacarme. Voy a hacerle una advertencia: si alguna otra empleada del teatro vuelve a ser molestada, el programa será enviado al director de *Rebelión,* ese periódico de escándalo que se imprime en papel rosa.

La voz perdió su relativa tranquilidad.

— Escuche... Por favor... No cuelgue... ¿Está ahí?

— Estoy, sí. Arriesgándome a que sus sabuesos localicen mi llamada y me echen el guante.

— No sea absurda... Nadie localizará su... ¡Oiga...! ¡Oiga! ¡No corte...!

— ¡Si no he cortado!

— Necesito hablarle personalmente... ¿Se da cuenta de que está jugando con fuego sobre un polvorín...?

— Es una bella imagen literaria.

— ¿Qué desea a cambio de ese programa? Hable claro.

— No deseo nada. Fui tan ingenua que me atreví a intervenir para salvaguardar la paz de espíritu de dos enamorados. Ahora sólo aspiro a que nos dejen en paz. A que no pongan detectives misteriosos en el teatro.

La voz se impacientó.

— ¿Cuál es su juego...?

— Tiene usted la obsesión de los juegos. ¿Acaso no ha encontrado a lo largo de su vida a una persona simplemente llena de buenas intenciones...?

— Nunca.

— Lo siento. En otras circunstancias iría a verle para proporcionarle esa nueva experiencia.

— ¿Por qué no lo hace...?

— En esta situación no puedo agradecer su sugerencia. No admito coacciones. Y no crea que me intimida por ser una persona importante. Yo también soy otra persona importante.

La voz demostró febril curiosidad.

— ¿De veras...?

— Importante para mí misma. Adiós.

— ¡Oiga! Espere...

— ¿Cree que voy a pasar la noche charlando con usted?

— ¿Por qué no, si a mí me agrada...?

— Porque no me agrada a mí.

Corté. Salí de la cabina, miré alrededor, vi que nadie me vigilaba y regresé al teatro.

Había cumplido con mi deber de ciudadana consciente elevando mi protesta con dignidad y civismo ejemplar.

CAPÍTULO IX

DE CÓMO UN ALMA HUMANA ESTÁ LIGADA A UN CUERPO ENFERMO

Estaba en la cama, envuelta en toquillas, con el abrigo de *capra* extendido sobre las rodillas a guisa de edredón, bebiendo leche caliente con coñac porque tenía un fuerte ataque de gripe. Maxi, que se desvivía por cuidar enfermos, daba vueltas a mi alrededor contándome chismes del teatro.

Acababa de regresar del trabajo, al que yo no pude acudir con mis 38° de fiebre, y me había traído el periódico de la noche y un tubo de aspirinas. Después de prepararse el consabido chocolate nocturno, lo puso en una bandeja para tomárselo junto a mi cama.

— Y lo creas o no, veintiséis señoras entraron esta noche en los lavabos. ¿Qué te parece?

— Un porcentaje alarmante. ¿Qué les pasaba?

— Pequeños accidentes. Ligas rotas, tirantes sueltos, aparte otras cosas también corrientes. He sacado veinte raristanes de propina. Como la temporada siga así, podré comprarme el chaquetón de borrego que vende Fanny. Apenas está usado, sólo tiene un agujero en un codo. ¿Qué dice el periódico sobre nuestro próximo estreno? No sé cómo tienes paciencia de leer los periódicos. Jamás los miro. Fíjate bien en si hay algún retrato de Gualterio, para recortarlo. — De repente se inclinó sobre el diario que yo tenía abierto y lo agarró febrilmente —. ¡Santo Dios! No me engaño... A propósito de retratos... es *él.*

— ¿Quién...?

Se excitó, agitando sus melenas grises.

— El hombre guapo y misterioso. Mi raptor.

— ¿El detective...? Temo que te engañes.

— No me refiero al detective, sino al dueño del piso donde me interrogaron. El que me dio *eso.*

Señaló su zapato y yo entendí el gesto porque sabía que guardaba bajo una plantilla el billete de quinientos raristanes. Desde el registro vivíamos prevenidas y habíamos puesto un enorme cerrojo en la puerta. Hacía ya una semana del incidente y casi había caído en el olvido. Si algún detective volvió a aparecer por el teatro, su presencia pasó inadvertida.

Miré con gran interés la foto que Maxi indicaba.

— ¿Estás segura...?

— Completamente.

— Pero si es Leo Basil, ese político nuevo de quien tanto se habla...

— Ya decía yo que su cara no me resultaba desconocida...

A mí tampoco, naturalmente. Sin embargo, no era el ocupante del palco real al que se le cayó un guante a mis pies, sino posiblemente el otro, en el que no tuve tiempo de fijarme. De lo contrario, habría reconocido a Leo Basil, jefe del nuevo partido obrero-católico, que se rumoreaba sería llamado en breve a gobernar.

Un político lleno de energía y de sinceridad, con quien hasta el momento creyera simpatizar. Ahora ya no estaba tan segura.

Leí un extenso artículo biográfico en el que se decía que el vizconde Leo Basil — título con el que fuera favorecido recientemente por Sus Majestades — pertenecía a la generación de jóvenes políticos ascendidos a altos cargos gracias a su inteligente esfuerzo. Leo Basil descendía de una familia de clase media intelectual. Su padre había sido maestro de escuela en el distrito minero de Varisa y su hermano era en la actualidad profesor del Liceo de Tinara.

Interrumpí la lectura para gritar con entusiasmo:

— ¡Pedagogos también!

Pero en seguida me dominé y continué enterándome de que el flamante vizconde, habiéndose criado en el distrito minero, se preocupó desde niño por los problemas sociales, siendo elegido diputado a los veintitrés años y más tarde jefe del partido que él mismo organizara, partido al que se consideraba ya suficientemente maduro para gobernar en fecha próxima.

Bebí un sorbo de leche que me quemó la garganta. Leo Basil era mi invisible interlocutor telefónico. Y sin duda uno de los invitados del palco real, cuyas facciones apenas divisé, entretenida con mi *flirt* imposible: el joven bombero de servicio.

Miré nuevamente el retrato: un hombre alto, de frente despejada, moreno, con fisonomía agradable. Maxi me dio, entre tanto, otra nueva versión de lo ocurrido durante el famoso interrogatorio, tratando de hacerme creer que había durado diez horas, haciéndola reír y llorar, gemir y protestar, caer de rodillas al suelo implorando piedad y otras locuras semejantes de su fantasía desbordada.

Sentí curiosidad por saber cuál de las princesas se habría enamorado de él y recordé las frases de nuestra primera conversación, cuando me tomó por su osada admiradora:

«Me parece una locura lo que hace Vuestra Alteza. Juega peligrosamente con su vida y con la mía, poniéndome en serias dificultades...»

A juzgar por aquel comentario, el formal y probo Leo Basil rechazaba de plano el inquietante *flirt* real.

Doblé el periódico dando un suspiro. ¿Qué cara pondría Maxi si le explicara que había hablado dos veces con aquel hombre y que yo era el eje de aquella novela policíaca que hubiera podido titularse *El misterio del programa doblado...*?

Pero mi discreción era absoluta. Ni siquiera tenía un imaginario general Lucas a quien hacer confidencias. Estaba muy sola desde la deserción de Berni.

Me preparé para dormir y apagué la luz al acabar Maxi su glorioso relato, que esta vez terminaba con la frase:

— ¡Soy inocente! ¡Lo juro por las cenizas de mis antepasados...! ¡Y estén seguros de que alguien vengará mi deshonor...!

Cerré los ojos suplicando:

— No pienses ahora en ello, por favor. Durante toda la semana te has paseado por las noches sometiéndote a horribles interrogatorios en sueños. El jueves era el empresario del teatro quien quería guillotinarte porque robabas el jabón de los lavabos. El viernes, alguien te acusaba de haberte comido mi ración de tocino. Y por cierto, resultó verdad.

— ¡Qué infamia! ¡Recuerda que se deshizo!

— Eso mismo contestabas en el interrogatorio y el juez aseguraba que era mucha casualidad que siempre se deshiciera el tocino cuando lo repartías tú... En fin, no te preocupes. Buenas noches.

Se marchó ofendida porque le molestaba mucho que le recordase sus aventuras sonambulescas. Sobre todo cuando tenían un fondo de realidad como en el caso del tocino.

Al quedar sola, volví a pensar en Basil.

— Pedagogos — murmuré como quien saborea un dulce.

Y con la dulcísima palabra me quedé dormida, incubando mis microbios gripales.

CAPÍTULO X

DE CÓMO UN ALMA HUMANA INTERVIENE EN POLÍTICA

Nuevamente marqué aquel misterioso número telefónico que no figuraba en la lista. Ya me lo sabía de memoria. Era mi primera salida después de mi corta gripe.

— Soy yo — dije. Y me reconoció en el acto.

— ¡Usted! — comentó en el tono de quien pensara: «¡La pesadilla vuelve a empezar!»

— Aunque me había jurado a mí misma no volver a importunarle, razones imperiosas me obligan a hacerlo.

— Suponía que esto no habría acabado — comentó mordaz —. ¿Está ya dispuesta a ponerle precio a ese programa?

— No se trata ahora del programa. Le llamo por la cuestión del cemento magnésico.

Demostró absoluta sorpresa.

— ¡Cemento...!

Abrí mi bolso, saqué un papel y me puse las gafas. Desde la defección de Berni, decidí dejarme de conqueterías y graduarme la vista, que me estaba haciendo mucha falta. Ahora usaba gafas para leer o escribir y Maxi aseguraba que me daban un aire muy intelectual.

— Me he documentado sobre el asunto y opino que se está cometiendo un craso error. ¿Somos o no somos los principales exportadores europeos de cemento de magnesia...? — Sin duda, el asombro le impedía hablar, porque no contestó. Pero yo proseguí —: Nuestro último balance comercial indicaba que si bien los dátiles y los higos secos constituyen una importante base de nuestra economía, el cemento de magnesia es como si dijéramos la

riqueza nacional de Raristania. Por lo tanto, ¿a qué se debe ese ridículo tratado con Turgania permitiendo la libre entrada de sus productos, entre los que se menciona la giobertita, o sea el carbonato magnésico natural? ¿Es que nos hemos vuelto locos...?

Con voz sombría repuso:

— Creo que sí.

— ¿Se da cuenta del perjuicio de competencia que nos puede acarrear? Supongo que habrá leído el artículo de esta noche en *Rebelión.*

Empezó a demostrar algo de interés.

— ¿Qué sabe usted acerca de *Rebelión*?

— Lo que todo el mundo. Que es un periódico clandestino que la policía trata de recoger en estos instantes. Pero yo tengo un ejemplar. ¿Quiere que le lea el artículo?

— Si no tiene nada mejor que hacer... — respondió resignado.

Se lo leí, intercalando agudos comentarios personales. Cuando acabé, temí que se hubiese cortado la comunicación.

— Oiga... ¿Está ahí?

— Sí. Aquí continúo, aunque parezca mentira.

— ¿Por qué no dice nada...? ¿Se ha dormido...?

— No. Pensaba...

— ¿En el artículo...?

— Me preguntaba a mí mismo qué demonios podría interesarle a usted el cemento de magnesia.

Me ofendí.

— Por supuesto que me interesa... Soy una raristana consciente. Usted quizá no comprende el alcance que esto puede tener. Los políticos lo ignoran todo. Sólo el hombre de la calle posee una intuición prodigiosa que le permite poner el dedo en la llaga. Y oiga bien lo que digo: esto nos acarreará una nueva huelga, peor que la del año 54.

— Bien... Y... ¿ha telefoneado sólo para decirme eso...?

— ¿Le parece poco importante...?

— En modo alguno... Pero... ¿qué hay de aquel programa? — insinuó sutilmente.

Me irrité.

— ¡Dichoso programa! Sólo eso le preocupa. Lo tengo aquí mismo.

— ¿Dónde...? — se impacientó.

— En mi bolso. No me separo de él. Puede estar tranquilo.

— ¡Tranquilo! — rugió —. ¿No había dicho que pensaba quemarlo...? ¡Vamos, póngale un precio y no me haga perder tiempo!

— Para ser un joven político prometedor tiene usted poquísimo tacto. Si no he quemado aún el programa es porque soy romántica y me duele quemar mensajes de amor. Conservo todas las cartas que me escribió mi novio durante doce años.

— ¡Qué novio tan constante y qué corazón el suyo tan sensible! — comentó furioso —. Ahora comprendo por qué está tan neurasténica y por qué se dedica a meter la nariz en todo...

Traté de conservar la calma.

— Para ser un vizconde, descendiente de pedagogos, no se expresa con demasiada delicadeza.

— ¡Ah, vamos...! Observo que no ha perdido el tiempo averiguando mi personalidad.

— Era muy fácil de averiguar. Pero repito que sus modales dejan mucho que desear, señor vizconde.

— Recuerde que me he criado en el distrito minero de Varisa — apuntó suavizándose —. Discúlpeme.

— Queda disculpado. Y hablando de otra cosa, oí por la radio su discurso del miércoles y me agradó.

— ¿Sí...? Me satisface increíblemente.

— Estaba muy en su punto lo que dijo de las antracitas. Sus datos fueron rigurosamente exactos. Estuve comprobándolos en el Resumen Industrial del año pasado. Me lo prestó un tendero amigo. Quizá debió usted insistir más en lo de los porcentajes abusivos.

— Insistiré la próxima vez, se lo prometo. No quise ser demasiado duro.

— Es preciso ser duro a veces, créame. Bueno, voy a cortar la comunicación antes de que sus policías secretos localicen mi llamada.

— ¡Qué manía con los policías secretos! Nadie localizará nada. No se vaya aún... Espere... ¿Cuántos años tiene?

— No se debe preguntar eso a una dama. Para ser un vizconde...

— Déjese de bobadas y responda.

— Veintiséis. ¿Puedo saber por qué lo pregunta?

— A los veintiséis años se desean muchas cosas en la vida. ¿Qué me dice usted de la piel de visón...?

— Tengo entendido que los visones son delicados de criar. En Raristania no logran medrar. Sus precios oscilan entre...

Me interrumpió:

—¡Por favor! Es usted una enciclopedia completa...

— Es muy natural. Me faltaban sólo unas cuantas asignaturas para ser maestra de escuela. Y soy descendiente de pedagogos por línea paterna y materna. ¿Creía que era usted solo...?

— Volviendo a los visones...

— Si lo desea, puedo facilitarle mañana datos exactos sobre la cría y reproducción de...

— *¡No!* — gritó, casi asustándome —. Sólo quiero saber si le gustaría comprarse un suave y delicioso abrigo de dichos bicharracos...

— ¡Bicharracos! Para ser un vizconde... Por otra parte..., ¿a usted qué puede interesarle si me apetece o no me apetece comprarme un abrigo de... bicharracos? — me enfurecí también.

— Claro que me interesa. ¿Q prefiere brillantes?

— Brillantes... No comprendo, señor vizconde. ¿Está tratando de seducirme...? Primero me pregunta la edad y luego...

Lanzó una exclamación ahogada.

— ¡Estoy tratando de comprarle el programa! ¿Finge ser tonta o lo es de verdad?

— Para ser un descendiente de pedagogos y una esperanza de la nación, demuestra una absoluta falta de ética. Y por cierto, hablando de tontos, ¿cuál es su coeficiente intelectual, según la Campana de Gauss...?

Rugió:

— ¿Mi qué...?

— Su coeficiente. El mío es tan alto, que hasta tengo rubor de decírselo. Y la ley de los grandes números no miente.

— Pe... per... pero...

— Bien. Temo haber hablado demasiado esta noche. No olvide lo de los cementos. Puede acarrear una peligrosa huelga. Adiós, señor vizconde.

— ¡Maldición! ¿No va a decirme nada concreto sobre el maldito programa?

— Lo quemaré seguramente. Pero permítame que le diga que para ser un vizconde, su lenguaje...

Cortó furiosamente y, sonriendo, concluí la frase para mí sola:

— ...su lenguaje es bastante simpático.

CAPÍTULO XI

DE CÓMO UN ALMA HUMANA TUVO RAZÓN AL VATICINAR CATÁSTROFES

Cinco días después estallaba la huelga de fabricantes de productos químicos. Cien mil obreros se sumaron al paro y organizaron una manifestación monstruo que acabó a pedradas. Un obrero salió herido en el dedo pulgar de la mano derecha y como protesta se sumaron a la huelga los obreros de la construcción, los de transportes, Correos y Telégrafos, los serenos nocturnos y hasta los vendedores ambulantes de almendrucos, a los que los raristanos siempre fuimos aficionados. Un caos nacional.

Hubo crisis ministerial y mi vizconde fue llamado por Su Majestad, con la orden de formar nuevo gobierno. Intenté telefonear dos días consecutivos y no obtuve respuesta. El tercer día, cuando ya el paro amenazaba ampliarse a las fábricas remolacheras y a las industrias gaseosas, logré oír su voz.

— Soy yo, señor ministro. Enhorabuena por su reciente cargo.

Contestó con sequedad:

— ¿Usted otra vez...? Lamento no tener tiempo para hablar de tonterías. ¿O acaso quiere hablar de aquel programa...?

— Quiero simplemente recordarle que *Yo* predije la huelga.

— Bien, sí. La predijo. ¿Y qué...?

— Voy a hacer una nueva predicción: nos veremos envueltos en sangrientos sucesos si no se ataja el peligro. Lo dice *Rebelión.*

Casi aulló:

— ¿Cómo ha conseguido un ejemplar...? Aún no se ha podido echarle la mano encima a un solo número.

Callé. No podía decirle que *Rebelión* se editaba en uno de los doscientos sótanos de nuestra fortaleza, según me informara secretamente la abuela del

tendero.

— No soy ninguna «chivata» — dije —. Pero si lo desea, puedo leerle el artículo en el que se le indican a usted los medios de solucionar la huelga.

— Lea — rogó con auténtico interés.

Leí. Era tan largo que tuve que interrumpirme y meterme en la boca un caramelo de menta. Pero lo saqué a petición del ministro, que no entendía una palabra.

— ¿Qué le parece? — concluí.

Calló un instante y su respuesta me desconcertó.

— ¿Y a usted...? — dijo al fin.

— ¿A mí...? — Me quité las gafas con aire importante y jugueteé con ellas —. Creo que debería tantear el terreno. Sería estupendo que ahora que acaban de nombrarle primer ministro, solucionase personalmente el asunto con un golpe de suerte.

— Ya lo creo que sería estupendo. Pero ¿cómo puedo solucionar personalmente la huelga si aún se ignora quiénes son sus directivos y cuáles son sus pretensiones...?

Medité.

— Quizá pudiera actuar de mediadora.

Hizo un comentario acerbo:

— ¡Ah! Está usted metida en el asunto, ¿eh...?

— Se equivoca. Pero puedo meterme en cuanto lo desee. Y puedo actuar de «correveidile» entre los huelguistas y usted. Naturalmente, siempre que no me coaccione. Soy una ciudadana libre y consciente que sólo desea el bien de su país.

— Lo que usted es...

— ¿El qué, señor vizconde...?

— ...un extraño personaje, con ribetes fantásticos, de cuya existencia real llego a dudar. Sus conversaciones me han producido pesadillas dos noches consecutivas.

— Pesadillas... Hubiera sido mucho más galante decir «ensueños», señor ministro.

— Bien. Diré ensueños, si eso le complace. Y ahora para complacerme a mí... ¿quiere decirme algo sobre cierto famoso programa...?

Se me cayeron las gafas contra el auricular.

— ¿Qué ha sido eso...? ¿Se hunde el mundo...?

— No se asuste. Sólo fueron mis gafas. Me las he puesto hace unas semanas, al decidir convertirme en solterona. ¿Creía que era una bomba...? Tiene usted los nervios a flor de piel. Como íbamos diciendo...

— ...acerca del programa — insinuó.

— ...acerca de la huelga — corregí.

— ¡Yo hablaba del programa! — se indignó.

— Y yo de la huelga, que es mucho más importante. Sé quiénes forman el comité.

— ¿Es posible? ¡Usted lo sabe todo! ¿No me engaña...?

— Líbreme Dios de engañar al primer ministro de Raristania.

— En ese caso, déme los nombres de esa gente y haré cuanto pueda.

Lancé una risa sarcástica.

— ¿Darle los nombres...? ¡Ja, ja! Permítame que me ría. ¿Me toma por una delatora...?

— Ríase cuanto quiera, por variar. Creo que es la primera vez que oigo su risa. No sé si será una delatora, pero en todo caso sería una delatora muy tétrica.

— También usted sería tétrico si su novia le hubiese dejado plantado al cabo de doce años de relaciones.

— ¿Conque ésas tenemos...? ¡En qué estaría pensando aquel estúpido para desprenderse de un Manual del Saber Humano!

— No me molestan sus ironías. Por otra parte, estoy de acuerdo en que era un estúpido. Pero no hablemos de cosas personales. Volvamos a la huelga. La suerte de miles de personas está en nuestras manos.

Esta vez se rió él, y de verdad.

— ¿En las suyas...? Deben de ser unas manos... — Se detuvo —. Caramba. ¿Otra vez...?

— Sí. Se me han caído las gafas de nuevo. ¿Es algún crimen...? Se me cae todo cuando me irrito.

— ¿Y está irritada ahora...?

— Sí. Está empezando a parecerme un ministro un tanto frívolo. Pobre Raristania...

— Bien. Pongámonos serios y dígame cuáles son sus sugerencias.

— Voy a tratar de ponerme al habla con el comité de huelga. Trasladaré a usted sus peticiones y entonces decidiremos.

— Formidable — se burló sin disimulo —. Ya sabe que me tiene a sus órdenes, siempre pendiente del teléfono.

— Y por cierto — dije —. ¿No tiene mayordomo...?

— ¿Mayordomo...? ¿A qué viene ahora eso...?

— Los hombres ricos suelen tener mayordomo que acude a las llamadas. Pero usted se pone al habla directamente.

Volvió a reír. Sin duda yo era para él un manantial de diversión.

— No soy un hombre rico, pero tengo algo que pudiera considerarse mayordomo. Lo que sucede es que el número al que usted llama pertenece a mi línea particularísima. El aparato está junto a mi cama. Para ser sincero, estaba empezando a dormirme cuando usted llamó. ¿Desea saber algo más...?

— Creo que no. Es decir... Sólo a título de curiosidad: ¿qué sintió cuando supo que le nombraban primer ministro...?

— No será una periodista a la caza de detalles íntimos, ¿verdad?

— No. Soy sólo una pedagoga frustrada...

— ¿Frustrada...? De ningún modo.

— Bien. ¿Qué pensó después del nombramiento?

— Pensé: en menudo lío me he metido.

Por primera vez desde hacía meses sonreí un poco.

— Procuraremos entre los dos solventar sus dificultades. Tenga ánimo — dije protectoramente.

No sé si tosió o si contuvo la risa.

— Lo tengo.

— Y confíe en mí. Telefonearé en cuanto pueda.

— Confío ciegamente. Pero no me despierte antes de las ocho, por favor.

— Buenas noches, señor ministro. Cuando los correos vuelvan a funcionar le enviaré ese dichoso programa.

— ¿Ha dicho... que me lo enviará...?

— Sí.

— ¿Sin pedir nada a cambio?

— ¿Qué podría pedir...? No tengo ambiciones. Duerma tranquilo y abríguese bien, que hace mucho frío.

CAPÍTULO XII

DE CÓMO UN ALMA HUMANA CONSIGUE SALVAR A SU PAÍS

¡Lo conseguimos entre él y yo!

Me costó muchas idas y venidas, muchas peloteras con Felipe —presidente del comité de huelga —, que vivía también en la fortaleza, con su mujer y sus cinco hijos, en un diminuto piso que siglos antes fuera garita de centinela, muchas burlas de uno y otro bando, pero logré que las bases de los huelguistas fuesen aceptadas en su mayor parte, ante el asombro de los propios huelguistas y el estupor de *mì* ministro, que se encontró con un formidable triunfo político entre las manos, ensalzado por toda la prensa del país.

Las aguas volvieron a sus cauces. Los obreros entraron en sus fábricas y los vendedores de almendrucos tornaron a vocear sus mercancías, llenando con sus gritos todos los ámbitos de la ciudad.

Yo, la auténtica forjadora de la paz, continué mi vida monótona, yendo de la fortaleza al teatro y del teatro a la fortaleza. Se susurró que Loren iba a tener un bebé y mi amargura aumentó.

Maxi, ajena al importante papel desempeñado por mí en la política raristana, seguía recibiendo y contestando cartas del general Lucas y del banquero Frost y paseando por las noches con su nueva manía de creerse cobrador de autobús, gritando a diestro y siniestro:

— ¡Billete, por favor, señores! ¡Que no suba nadie más!, ¡no hay asiento...!

Cierta mañana, después de meditarlo un poco, me levanté temprano y telefoneé al número habitual, desde la tienda. Había telefoneado tantas veces durante los agitados días de la huelga, que ya lo hacía sin la menor

timidez, porque el primer ministro me parecía un antiguo camarada con quien compartiera una peligrosa trinchera en el frente.

Oí su voz, velada por el sueño.

— ¿Quién es...?

— Yo.

Se espabiló. En realidad, le había hecho el favor más grande de su vida con la cuestión huelguística y ya no podía tomarme a broma. Por lo menos, no completamente a broma...

— ¡Vaya! Menos mal... La estaba echando de menos. ¿Qué le ha ocurrido todos estos días? Su silencio me preocupó.

— No tenía nada urgente que contarle.

— ¿Hoy sí...? — se alarmó, pensando sin duda en revoluciones y complots.

— Quería advertirle que ahora mismo voy a echar *eso* al correo.

— ¿Eso...?

— El programa. ¿Es que se olvidó de él...?

Hubo un breve silencio.

— Claro que no lo he olvidado. Pero... no lo envíe por correo, se lo ruego. Sería un disparate. Recuerde que soy un ministro con muchos secretarios que abren la correspondencia.

— Es cierto.

Oí que se rascaba la cabeza. Me lo imaginé reclinado en la almohada, con un pijama color azul fuerte. O quizás azul marino. De ningún modo con rayas.

— ¿Por qué no me lo trae a casa usted misma? — insinuó de pronto —. Así podré conocerla.

— No lo considero necesario.

— Yo sí. Sinceramente. No crea que no he apreciado su actuación durante los últimos acontecimientos. Al principio creí que estaba usted... — vaciló.

— ¿Que estaba yo...? — apunté.

— Bueno..., que padecía una especie de locura peligrosa y había que llevarle la corriente para evitar el escándalo. Pero se ha portado formidablemente. Merecería una condecoración.

— Gracias, señor ministro. Imagínese que acaba de prendérmela ya en el pecho. Soy insensible a las vanidades humanas. Cumplí con mi deber, eso es todo.

— Eso es todo — repitió imitando mi voz, con una frivolidad indigna de su categoría —. Siento contrariarla. No es eso todo. Quiero conocerla. Es una orden.

— No admito órdenes de nadie. Soy una ciudadana libre y...

— Vamos, vamos, no sea latosa.

— Para ser un vizconde...

— ...descendiente de pedagogos — me interrumpió burlón.

— ...y ministro de la corona — continué con dignidad —, su lenguaje es siempre poco académico.

— Me satisface saberlo. Y ahora déjese de preámbulos y conteste: ¿Cuándo viene?

— Nunca. ¿Para qué romper el encanto...?

Su voz se hizo sutil.

— ¡Ajá...! ¿Luego existe un encanto...?

Medité el pro y el contra.

— Opino que sí. Me agrada saber que en cualquier instante puedo telefonearle..., es decir, en cualquier instante a partir de la medianoche.

— Sí; no me lo recuerde... En unas horas en las que yo debía descansar dejando el auricular descolgado. Pero le diré una cosa. A mí también me agrada la posibilidad de que usted llame.

— ¿En serio, señor ministro...?

— En serio, señorita pedagoga.

— Sólo un cincuenta por ciento pedagoga.

— Yo diría un mil por mil... Bien, volviendo al importante tema del «encanto». No lo romperemos. Continuaremos así hasta que seamos viejos.

Me sentí absurdamente decepcionada.

— Pero es que yo soy ya vieja...

Se alarmó... o me pareció que se alarmaba.

— ¿Pues no dijo que tenía veintiséis años?

— Sí. Pero veintiséis años cansados y decrépitos.

— ¿Cansada usted, que es una pila eléctrica rebosante de vitalidad mal empleada...?

— ¿Mal empleada?

— Borre eso. Haga cuenta de que no lo he dicho. ¿Sabe cómo me la imagino? Corríjame si me equivoco: morena, de mediana estatura.

— Un metro sesenta y cinco — dije con exactitud.

— Esbelta...

— Cincuenta y cuatro kilos — puntualicé.

— Ojos negros.

— Castaños.

— Piel blanca. Nariz pequeña. Dientes bonitos.

— Me sacaron una muela a los diez años.

— ¡Qué modelo de veracidad! — Rió suavemente —. Me extraña que no me haya señalado cuál de ellas.

— La segunda de abajo del lado izquierdo. Como no me la pusieron nueva, el hueco casi se cerró.

— Menos mal. Me alegro muchísimo. Supongo que la falta de esa muela no le producirá complejo.

— Sólo tengo complejo de repudiada.

— ¿Repudiada?

— Mi novio me dejó por otra y temo que ya no seré capaz de cazar a otro hombre en mi vida.

— Pero... ¿lo intenta...?

— No. ¿Para qué...? Sé que sería inútil.

— ¡A quién se le ocurre tener un novio durante doce años!

— Tiene usted una memoria excelente, señor ministro.

— ¡Doce años! — comentó de nuevo —. Se habrán arruinado la vida el uno al otro...

— Sólo él me la arruinó a mí. Desde que se casó ha engordado y sonríe siempre. Yo, en cambio, me puse gafas, adelgacé y hace siglos que no me depilo las cejas ni me pinto las uñas.

— Muy mal hecho... Como ministro de Raristania no puedo permitirlo... Escuche... Se me ocurre una idea. Me gustaría que... ¡Pero no diga que no!

— Aún no he dicho nada. Oigamos primero.

— No envíe ese programa. Concertaremos una cita y usted me lo entregará personalmente. Le prometo que no se romperá el encanto. Vamos a cenar juntos una noche de éstas.

— ¡No! — me asusté —. Es usted... demasiado importante para eso.

— ¿Qué me dice? ¿Pues no era usted también una persona importantísima, con un coeficiente intelectual asombroso?. Los ministros pueden elegir sus amistades, me parece. ¿Quiere que sea el viernes...? ¡No...! ¡Maldición! El viernes tengo una cena en palacio y el jueves otra en la Sociedad Geográfica. Quizás el miércoles. Espere un minuto, que consulte mi *carnet.*

— No se moleste — interrumpí —. El miércoles tiene que hablar por radio y asistir después a la cena de gala que se ofrecerá al presidente del sindicato petrolífero de Turgania, que nos visita de riguroso incógnito y al cual se le ofrecerán fantásticos festejos. Lo he leído en el periódico.

— Es cierto... ¿Sabe lo que estoy pensando? En que sería usted una maravillosa secretaria.

— No digo que no, recordando mi coeficiente.

— Maravillosa, aunque un tanto redicha y pedantuela — añadió, burlón.

— Para ser vizconde... — empecé.

— ¡Basta, se lo ruego! ¿Lo dejamos para el sábado...?

— Aún no he aceptado. Tengo que pensarlo. ¿Por qué se imagina que voy a decir *sí* en seguida y a echar las campanas al vuelo? ¿Sólo porque es un ministro presumido, o quizá porque es simplemente un hombre e imagina que a una repudiada como yo cualquier cosa le...?

— ¡Calma, calma, fierecilla! Recuerde que mi único delito ha sido invitarla amablemente a cenar. No la he insultado, ni la he humillado, a pesar de tratarse, en efecto, de una miserable repudiada...

— Bien, no discutamos. Pensaré en su oferta y responderé el jueves. Telefonearé tarde para que haya usted regresado ya del banquete en la Sociedad Geográfica. Por cierto. No permita que le echen arena en los ojos.

— ¿Quién...?

— Adalmiro, jefe de los servicios exteriores de Investigagaciones Geográficas. Pretende que se sufrague una expedición absurda, condenada

de antemano al fracaso. Me he documentado acerca de los territorios vírgenes de Malasia y... Bueno. Quedamos en que le contestaré el jueves.

— ¿Por qué tiene que pensarlo tanto...?

Contesté con humilde sinceridad:

— Voy a tratar de conseguir un vestido bonito y un abrigo presentable. Si los consigo, aceptaré. Romperemos el encanto a cambio de un buen bistec.

— Hay encantos imposibles de romper — dijo con suavidad. Y su tono me hizo quedar tan pensativa que él temió que me hubiese marchado —. ¿Está ahí...? ¿En qué piensa...?

— En su frase: «Hay encantos imposibles de romper.» Creo que tiene razón. En fin, adiós, señor ministro. Son casi las ocho y supongo que Baltasar estará a punto de entrarle su café.

— ¿Por qué Baltasar?

— Es un nombre de mayordomo elegante. ¿Cómo se llama en realidad?

Se echó a reír.

— Baltasar, pequeño monstruo. ¡Baltasar! No deje de telefonear el jueves con un *Sí* como una casa.

— Para ser descendiente de pedagogos, sus imágenes literarias dejan mucho que desear. Eso del «*Sí* como una casa...»

— Bien. Sí, como un bonito chalet rodeado de jardín. ¿Le gusta más? Hasta el jueves.

— Pero no se haga demasiadas ilusiones. La ropa elegante es difícil de conseguir. Además, no crea que por ser ministro va a avasallarme.

— Jamás lo he creído. Es usted quien me avasalla a mí. ¡Ah! Una cosa. Tire su complejo por la ventana, píntese las uñas, arréglese las cejas y siéntase por dentro lo menos repudiada posible. Puede llevar las gafas. No me disgustan.

Reí sarcásticamente.

— Pensaba llevarlas, señor ministro..., en el caso dudoso de que acepte su convite. Hasta el jueves.

CAPÍTULO XIII

DE CÓMO UN ALMA HUMANA SE VISTE DE GALA

Conseguí el vestido y el abrigo por mediación de Fanny, la doncella de Eleonora, primera actriz de nuestro teatro. Se trataba de un conjunto que ésta luciera en la comedia anterior y que, por lo tanto, ya no utilizaba. Desde el día de su estreno habíame parecido elegantísimo. Me los vendió baratos por ser para mí. Y a plazos. Maxi me prestó dinero para pagar el primero. Ignoraba cómo conseguiría pagar los siguientes, pero no me interesaba pensar en el porvenir.

Vendí al trapero mi abrigo-quimono de *capra* y me compré unos zapatos. Maxi, hada generosa, me regaló unas medias, cambiando aquel billete de quinientos raristanes que le diera cierto personaje como desagravio por su detención. Estaba excitada al enterarse de que yo iba a tener una cita masculina y me preguntaba repetidas veces cómo era él, dónde lo había conocido y, por supuesto, si era guapo. Tuve que inventar una historia acerca de un elegante espectador de la fila diecisiete que me escribiera una cortés invitación sobre un programa.

Era una mentirilla que incluía «programa» para tranquilizar mi conciencia.

El jueves telefoneé casi de madrugada al número consabido para decir escuetamente:

— *Sí.*

— Entonces él, con voz adormilada, dijo:

— ¡Bien!

No preguntó de qué se trataba ni, naturalmente, la personalidad del comunicante, ya que nadie más que yo se atrevía a llamar a aquel número y

a despertar al señor ministro a tales horas.

Yo dije:

— ¿Dónde nos encontraremos?

Y él dijo:

— En la esquina de las calles 4 y 12. — En nuestra ciudad numeramos las calles como en Nueva York —. Pasaré en mi coche a recogerla. ¿A qué hora le conviene? — ofreció galantemente.

— A las ocho — repuse haciendo uso de mi prerrogativa femenina. Lo mismo me hubiera dado decir otra hora cualquiera, porque el sábado era mi día de descanso, por haber cambiado el turno con el de otra compañera. Consideré mi deber fijar la hora yo.

— Seré puntual — dijo.

— Yo también.

Fue nuestra conferencia más breve, como si la proximidad de la entrevista nos hubiese intimidado.

A partir del jueves me entregué a un frenesí embellecedor. No porque pensara en modo alguno conquistar al guapo ministro. ¿Cómo podría gustar a nadie la repudiada por un Berni cualquiera? Sólo deseaba hacerle buen efecto para que comentase para sí:

«No está del todo mal esta descendiente de pedagogos.»

Y para ser absolutamente sincera recordaba su frase «hay encantos difíciles de romper», y no quería que el nuestro se hiciese pedazos.

Me lavé la cabeza, fui a la peluquería. Me la volví a lavar para deshacer la pedante labor de la peluquera. Tomé baños de sales perfumadas... en la tina. Me pinté las uñas de las manos y de los pies. Me perfilé unas cejas sugestivas. Planché el vestido y el abrigo hasta que quedaron tiesos como cartón. Me di crema en la cara y en las manos y dormí con ella puesta la noche del viernes al sábado.

Fue imposible hacer más. Hasta saqué brillo a mis gafas de montura de concha que guardé en su estuche, imitación de extraño cocodrilo.

A las siete de la tarde del sábado estaba subida en la mesa del comedor, mirándome al espejo asombrada.

Era preciso subirnos a la mesa para vernos reflejadas de cuerpo entero, ya que al mudarse Maxi a la fortaleza, un vecino solícito colgó el espejo,

con marco de madera negra, a excesiva altura y cuando mi amiga intentó bajarlo no pudo mover las enormes alcayatas incrustadas en los macizos tabiques de tres metros de espesor. Hubiera sido preciso romper el espejo o derruir la pared con una poderosa carga de dinamita. Desistió. Por otra parte, como generalmente íbamos muy mal vestidas, nos contentábamos con mirarnos la cara en un espejo de sesenta centavos de raristán, que colgamos en la cocina.

Pero aquel día el espectáculo valía la pena. Maxi, a quien la curiosidad de verme arreglada iba a hacer llegar tarde al trabajo, se marchó emocionada, asegurando que por nada del mundo querría que el general Lucas o el banquero Frost llegasen a conocerme. Yo también estaba muda de emoción. El vestido negro, de una suave seda, opaca y fascinadora, moldeaba mi silueta, demostrando que los pedagogos duchos en geometría sabían calcular exactamente la distribución de líneas curvas, rectas y quebradas, para formar un cuerpo humano que pudiese aspirar a matrícula de honor. Mi piel resultaba más blanca. Mis labios más rojos — decididamente las barras francesas eran estupendas — y mis ojos más brlliantes, como si por primera vez desde que nacieran hubiesen decidido ser ojos con todo el alcance y riesgo que la palabra poseía.

El abrigo, de una elegancia impresionante, me transformaba en una joven duquesa viuda. Los zapatos, de tacones altísimos, en una atractiva chica moderna. El peinado era el de siempre, pero conseguido a fuerza de cepillo, y una vez más se demostraba lo que un buen cepillo consciente podía lograr de un cabello brillante y agradecido.

Bajé de la mesa con mil precauciones, para no romperme las medias, que llevaba estiradísimas y con las costuras en perfecta posición, sin vacilaciones zigzagueantes.

Mientras caminaba por los corredores de nuestra mazmorra, subiendo y bajando, agachándome y empinándome, pensé en lo estúpida que había sido preocupándome tanto por un hombre como Berni y sentí el deseo vanidoso de que él pudiese admirarme con aquellas galas para que maldijese el instante en que me volvió su maldita espalda, rellena de algodón.

No quería ponerme nerviosa, pero me sentía un poco rara ante la idea de salir con Basil. No porque fuese ministro, sino porque nuestras charlas

telefónicas crearan una especie de amistad que temía se rompiera con el encuentro físico.

Apenas me detuve en la discreta esquina de las calles 4 y 12, un coche parado a poca distancia se aproximó a la acera. Mi ministro había sido lo suficientemente cortés como para esperarme él a mí, aunque yo llegaba con cinco minutos de anticipación.

Conducía él mismo y con su mano enguantada abrió la portezuela, sonriendo e invitándome a subir.

— ¿Mi pedagoga, quizá...? — preguntó con su grata voz que no desfigurara el teléfono.

— Sólo descendiente de pedagogos — asentí sonriendo también y sentándome a su lado.

No soñaba. Iba en el coche del primer ministro. No en su coche oficial, naturalmente, sino en un *Cadillac* oscuro que se deslizaba sin traqueteos por nuestras mal empedradas calles. Más adelante tendría que hablarle del empedrado, con objeto de que se pusiera fin a tal estado de cosas. Pero aún era pronto para comenzar con aquellas sugerencias que llevaba anotadas en un papel.

Temí que fuera difícil iniciar la conversación. ¡Pero por algo había llegado él a ministro!

— Temo que estuvo usted engañándome — dijo mirándome de reojo en la semipenumbra del coche. Recordé vagamente que tenía que hablarle también del alumbrado callejero, que era vergonzoso.

— ¿Engañarle? — protesté con vehemencia.

— Haciéndose pasar por una pobre muchacha sin atractivo, cuando en realidad...

— No juzgue por esta noche. He pasado toda la semana arreglándome.

Se rió.

— ¡Toda la semana!

Era natural que creyese que exageraba. ¿Cómo podían los hombres concebir nuestras debilidades femeninas? Pero lo cierto era que mi arreglo había durado ochenta y tantas horas aproximadamente.

— Me he tomado este trabajo para que usted no se avergonzara de mí y no se rompiera el tan cacareado encanto. Quiero continuar nuestra amistad,

que puede serle a usted muy útil — dije.

Al reír, echaba levemente la cabeza hacia atrás, lo que me pareció un gesto encantador.

— Por lo general, la gente piensa que mi amistad «les puede ser útil...» Me gusta su modo de enfocar la cuestión. Es usted una muchacha excepcional por todos conceptos. Yo tampoco quisiera decepcionarla.

Se detuvo ante una parada del tránsito. El guardia, bien ajeno a que estaba haciendo gestos al jefe del nuevo gobierno, nos indicó con la mano que esperásemos. Su capote grisáceo destacaba apenas junto al poste de luces multicolores. Tendría que hablar también a Basil del uniforme de los guardias, con objeto de que retransmitiera severas órdenes al alcalde. Aquellos capotes grises eran de papel de fumar y los días de grandes nevadas los pobres guardias parecían atacados del baile de San Vito, por el tiritón.

Cuando reanudamos la marcha, el ministro habló:

— He pensado llevarla a cenar a un lugar donde podamos hablar tranquilos. ¿Le gustan las truchas?

— Las adoro.

Me miró y se rió de nuevo, como si pensara en algo que le estuviese gustando mucho. Luego dijo:

— Dígame una cosa: ¿está nerviosa...?

— Yo no. ¿Y usted...?

— Los periódicos me llaman «el hombre sin nervios».

— Pero... ¿es cierto?

— No del todo... — confesó mirándome otra vez. Como siguiera así, íbamos a chocar contra algún poste.

— Tampoco lo es el calificativo que me dan algunas personas de «la mujer que no se altera por nada». Hoy me siento alterada.

— ¿En qué lo nota...?

— Me tiembla la pierna izquierda, aunque trato furiosamente de disimularlo.

— No la contenga. Déjela que baile, si ése es su deseo.

— Si asume usted la responsabilidad de entrar en el restaurante con una compañera bailoteante...

— Asumo todas las responsabilidades cuando se trata de una compañera como usted.

Le miré con agrado. Me estaba empezando a gustar muchísimo. A gustar pura y simplemente, sin complicaciones de ninguna clase.

— Y por cierto. Déjeme que le dé personalmente las gracias por cuanto hizo durante las huelgas. Crea que me parece usted una mujer demasiado admirable para ser real.

— Yo estoy siempre dispuesta a servir a las causas justas. Puede contar conmigo en cualquiera otra ocasión. Cuando, en 1948, Amarilis comenzó a vomitar lava...

— ¿De qué habla...? — se asombró.

— De Amarilis, nuestro volcán. Durante aquella terrible erupción me alisté en el Ejército Femenino de Salvación y salvé a trescientas veintiséis personas. Me quedé muy fatigada y tuve que guardar cama. Quisieron darme una medalla, pero preferí continuar en el anónimo.

Agitó la cabeza, como si intentase poner en orden de aquel modo sus embrolladas ideas.

— Absolutamente... fantástico... — comentó.

— ¿El qué...?

— Todo. Cuando despierte del sueño y vea que usted no existe, voy a tener una cruel decepción.

— Existo y voy a darle una prueba de ello. No quisiera asustarle, pero nos viene siguiendo un cochecito negro de siniestro aspecto. Confío en que no se tratará de algún anarquista que pretenda quitarle a usted de en medio. En todo caso, nos encontrará dispuestos a la lucha.

No se alarmó, sino que rió francamente.

— Ya me extrañaba que usted no lo hubiese notado. Cálmese. El último anarquista de Raristania, tengo entendido que murió en la guerra del 14.

— Entonces..., ¿será alguna mujer celosa? No me gustaría ser guillotinada al amanecer, por Real decreto.

La alusión Real pareció mortificarle.

— Nada de eso. Se trata sólo de mi escolta policíaca, de la que no puedo librarme ni aun cuando salgo a cenar con una mujer bonita.

Suspiré.

— Perdone. Pero tengo tan poca costumbre de salir con ministros... Es usted el primero que me invita.

Volvió a animarse.

— ¿Sí...? ¿En qué estarán pensando esos pobres diablos...? Bueno. Ya hemos llegado. Confío en que le guste el local.

Me ayudó galantemente a bajar, sintiéndose quizás aliviado al ver que mi pierna temblequeante dominaba la situación, y junto a él entré en el restaurante, cuvo anuncio de neón indicaba su nombre romántico: «*El palacio de las truchas*».

CAPÍTULO XIV

DE CÓMO UN ALMA HUMANA FLIRTEA Y CONSIGUE UN EMPLEO

El restaurante poseía una serie de pequeños departamentos discretos, en uno de los cuales nos instalamos, obsequiosamente atendidos por el propietario y los camareros, que instantáneamente reconocieron a Basil. Había poca gente en el local, pero todo el mundo nos siguió con la mirada haciendo cábalas, seguramente, sobre «quién sería la misteriosa dama elegante».

Detrás aparecieron también dos tipos bigotudos, con hongo y corbata oscura, que se situaron estratégicamente en una mesa, al fondo del local: era nuestra escolta, que más que escolta de un ministro, parecía acompañamiento funerario de un entierro.

Mi pareja era tan bien educada que ni siquiera mencionó la palabra «programa» en toda la comida, que incluyó sopa, truchas, pollo helado y champaña. Todo ello tan exquisito, que me iban a faltar adjetivos para describírselo a Maxi durante nuestras solitarias comidas a base de repollo y tocino.

El ministro me obligó a hablar de mí, de mi infancia, de mis padres, de mi trabajo y de mi vida cotidiana. De mi casa y de Maxi, a quien ya conocía por aquella espinosa cuestión del interrogatorio, preguntándome interesado quién era el general Lucas con quien mi amiga los amenazaba a cada frase.

Se lo expliqué y reímos a dúo. También hablamos de Berni y de su deserción. Este tema pareció interesarle tanto que hasta tuve que mencionar las hombreras rellenas de algodón, no sabiendo qué más decir a su respecto.

Cuando trajeron el café, creí llegado el momento de entregarle el programa. Abrí el bolso y se lo di, dobladito en cuatro.

— ¿Qué es eso...? — se extrañó, porque, ¡cosa increíble!, debía de haber olvidado el asunto, abismado en mi copiosa charla. Lo desdobló y enrojeció levemente bajo su piel tostada, lanzándome una mirada de refilón —. Mil gracias — comentó escuetamente mientras lo hacía pedazos y lo dejaba en el cenicero —. Estoy en deuda con usted por un nuevo motivo. Para completar este abuso, quisiera pedirle otro servicio. — Se inclinó sobre la mesa y la luz de la discreta pantallita color de rosa iluminó su rostro, de rasgos enérgicos. A la vez, una oleada de su aroma natural llegó a mi nariz. Agradecí al cielo que aquel olor no provocase mi alergia. Por el contrario, resultaba grato y calmante —. ¿Le gustaría dejar ese atormentador empleo de acomodadora y trabajar para mí...?

Me quedé perpleja.

— ¿Trabajar para usted? ¡Si tiene ya cientos de personas a sus órdenes!

— Pero necesito alguien de confianza. De mucha confianza.

— ¿Y qué le hace suponer que yo...?

Me detuvo con un gesto.

— Rara vez falla mi intuición. — Me ofreció un cigarrillo, dentro de una cigarrera de plata, sencilla y sin pretensiones. Mientras me lo encendía explicó —: Las personas que llegan al poder se ven siempre rodeadas de una muralla de seres ambiciosos que ocultan y deforman la realidad, adaptándola a sus intereses. Desearía contar con una voz amiga, inteligente y sincera, que, lejos de la peligrosa camarilla, me mostrara claramente la situación, poniendo el dedo en la llaga, sin piedad ninguna. — Se acodó en la mesa, poniéndose deliciosamente persuasivo —. ¿Quiere usted ser esa voz amiga, la voz del auténtico pueblo raristano...?

El corazón comenzó a latirme de un modo extraño, sin compás, sintiendo la misma sensación que debieron de tener Juana de Arco, Madame Curie, Eugenia de Montijo y todas las mujeres llamadas hacia los grandes destinos del mundo. Los ojos se me humedecieron, quizá del champaña o quizá de entusiasmo ante la idea de lo que una descendiente de pedagogos podría hacer, a través del primer ministro, por la felicidad de su pueblo.

— No vacile — dijo mi acompañante. Y me cogió una mano amistosamente, lo cual fue un gran error, porque el choque eléctrico de aquel contacto nos hizo mirarnos de pronto de un modo diferente, como si

acabásemos de conocernos en aquel preciso minuto y una voz misteriosa venida de las alturas hiciera nuevas y solemnes presentaciones:

— Ésta es Marión... Éste es Basil...

A lo cual nosotros contestásemos a dúo sin dejar de mirarnos:

— Tenemos un gusto *tremendo* en conocernos...

Sacudí la cabeza para volver a la realidad. Mi mano continuaba sobre la mesa, aparentemente inmune, pero carbonizada por dentro a causa del ardiente cortacircuito. La de él habíase retirado a posiciones previstas por el mando, y jugueteaba con la cucharilla del helado.

— Bien. ¿Qué contesta...? — preguntó con suavidad y sin mirarme ahora.

Tuve que hacer un esfuerzo para responder, sin mencionar dedos que semejaban cables de alta tensión.

— Pues... eléctricamente..., sinceramente, quiero decir..., me gustaría mucho colaborar con usted. Pero no hay necesidad de que abandone mi puesto en el teatro. Éste será un trabajo desinteresado, de ciudadana consciente.

— No se ponga pedagoga, se lo ruego.

— Y telefonearé todas las noches dándole el parte oficial.

— No basta, no basta. Le ofrezco un empleo en serio. Un empleo de secretaria particularísima. Nadie deberá saber que usted trabaja para mí. No aparecerá por los ministerios ni tendrá que escribir a máquina ni... Mire, ahora tengo que cambiar de domicilio e instalarme en la residencia oficial. Pero guardaré mi *pied à terre,* ese pisito al que usted me llama y al que me gusta retirarme para descansar. Allí acudirá usted por las tardes. Yo no estaré — atajó antes de que mi pensamiento tuviese tiempo de sentirse malicioso —. Dejaré mis instrucciones en el dictáfono y usted depositará en él sus informes. Cuando sea preciso, marcaremos entrevistas para intercambiar impresiones. ¿Le conviene? El sueldo será generoso. Podrá usted vivir con su amiga en otro piso más confortable que el que me ha descrito. Pero no piense que le hago un favor. Será usted quien me lo haga a mí. La política es un juego de azar y bien pudiera suceder que cualquier día se quedase usted sin empleo... y yo también.

— Correré el riesgo — dije decidida —. Incluso podemos empezar ya. — Abrí el bolso y saqué las gafas, poniéndomelas. Luego saqué también la lista de mejoras raristanas de que pensara hablarle —. Tengo preparada ya una lista de cosas que...

Se echó a reír con tanta gana que casi volcó la taza de café.

— Decididamente, queda nombrada «mi pequeño monstruo oficial». ¡Ah! Y le sientan muy bien...

— ¿El qué...?

— Las gafas. — Sacó del bolsillo un estuche de piel de cocodrilo ¡auténtica!, extrajo otras gafas y se las puso —. Yo también las uso — confesó.

— Le dan un airecillo entre picante e intelectual que resulta interesante — dije —. Pero pasemos a cosas serias, jefe. ¿Puedo leerla la lista de Errores Fundamentales de Nuestro País...?

Me la arrebató y se la guardó.

— La leeré en la cama y como será muy larga tendré lectura para varias noches.

Reímos. Nuestros ojos rieron también detrás de las gafas de montura de concha.

Eran dos pares de gafas de aspecto casi idéntico, que se compenetrarían para mirar en la misma dirección, a favor de un ideal humanitario.

CAPÍTULO XV

DE CÓMO UN ALMA HUMANA ES AL FIN PREMIÀDA

Así empecé a trabajar con Basil. Así comenzó a serme familiar el elegante pisito regido por Baltasar, un sirviente modelo de discreción, que, dándose cuenta en seguida de mi debilidad por el chocolate, me esperaba todas las tardes con un gran tazón caliente. Así comencé a maniobrar en el dictáfono, oyendo la voz de mi jefe y contestando a sus sugerencias. Así comencé a convertirme en el Elemento Indispensable para la Vida de un Primer Ministro. Y así llegó el día en que el dictáfono dejó oír su enfurecido comentario:

— Como comprenderás, fue una sorpresa desagradabilísima encontrarte anoche de pronto en aquel club cenando con un majadero cualquiera. ¿Quién era aquel tipo sospechoso?

A lo cual yo repuse furiosa:

— Un admirador... Mi vida privada es mía. Desde que llevo vestidos bonitos tengo admiradores a montones.

A lo cual él repuso al siguiente día, volviendo a llamarme de «usted»:

— Está en su derecho, naturalmente, de enamorarse y de casarse. No diré una palabra más sobre esos asuntos... Pasemos ahora a la cuestión de fósforos y explosivos. ¿Qué me cuenta de nuevo sobre ellos...?

Pero a la tarde siguiente estaba en el piso esperándome para saber detalles, no sobre los fósforos y explosivos, sino sobre mi acompañante del club.

(Un primo de mi padre que, habiendo llegado de provincias, se creyó obligado a invitarme. Era también maestro y al ver mi ropa nueva me llevó

al mejor club de la ciudad. Pero, naturalmente, no le conté a Basil estos pormenores.)

Protesté de su curiosidad y le eché en cara su maldita princesa que mendigaba amor en los programas. Enrojeció de cólera y corroboró en que la princesa era una «maldita pelma», pero que, por fortuna, se marcharía en breve de Raristania, con el título de gobernadora de la pequeña isla de Caristán, que compone nuestro único imperio.

Yo aseguré que mi compañero del club también había partido hacia Londres, donde era presidente de importantes industrias, y durante unos minutos comprendí el cariño de Maxi por su general Lucas.

Él maldijo al importante industrial. Yo maldije a las princesas histéricas.

Se quitó las gafas.

Me las quité.

Se inclinó para besarme.

Le besé.

Traté aún de decir algo y él me volvió a hacer callar de una manera deliciosa.

Al cabo de unos minutos, largos como siglos, nos miramos radiantes.

— Para ser un vizconde... — dije — tienes un modo de besar bastante avasallador...

EPÍLOGO

Y así fue como un alma humana consiguió casarse con un primer ministro, reteniéndolo para siempre con ardides de pedagoga.

De vez en cuando voy a mi antiguo teatro invitada al palco real. Maxi ya no limpia porque vive en mi casa dirigiendo a una legión de criados. Por las noches vaga por los pasillos asegurando que es un Gran Condestable de Raristania. A la entrada y a la salida del teatro, Berni y Loren me hacen reverencias respetuosas.

Cuando me aburro en el palco, cojo disimuladamente un programa, hago una pajarita y se la tiro al bombero de servicio, que se queda siempre sin averiguar quién ha sido el atrevido bromista.

Mi marido me guiña un ojo y se ríe sin que se enteren Sus Altezas Reales.

LUSITANIA EXPRESS

Un día perdido es aquel durante el cual uno no ríe.

CHAMFORT

«Era una suerte que el vagón estuviera casi vacío», pensó el conductor del coche-cama. Así nadie se fijaría en aquella horrible muchacha. Habíala aconsejado que llegase una hora antes de la salida del tren para que la gente no reparara en ella demasiado. Recogió su pasaporte de manos de la monja que la acompañaba, aunque él insistiera en que no acudiesen a despedirla. Pero las monjas, ya se sabía, sólo hacían su voluntad. Inmediatamente despidió a la religiosa e hizo subir a la muchacha al vagón todavía oscuro, sin que consintiera en soltar su equipaje, una maleta de cartón atada con una cuerda.

«Al menos podían haberle puesto una correa», pensó vagamente. Pero, ¿podían exigírsele refinamientos a la chica de un asilo...?

Abrió la puerta de un departamento y sonrió para sí. Ni en sus mejores sueños podía la chica aquella haber pensado en viajar a todo lujo. Con seguridad no se daría cuenta de que viajaba como los ricos. Seguramente era la primera vez en su vida que subía a un tren.

Podía haberla instalado en un coche de segunda clase, pero tendría que recomendársela al revisor y estar yendo y viniendo personalmente para cerciorarse de que nada le sucedía. En cambio, metiéndola allí, sería menos notada. Casi todas las camas iban vacías. Y sentía un placer especial en proporcionarle aquello a la pobre criatura, incluso aunque no supiera apreciarlo.

Además, se trataba de una recomendada de su madre y de su hermana y esto pesaba mucho en la vida de un hombre soltero que deseaba vivir en paz.

Su hermana trabajaba como enfermera en el asilo y la directora habíale pedido aquel favor de cuidar de la muchacha, a la que se le ofrecía un empleo en Lisboa. Un puesto de criada o algo parecido en casa de una familia española residente allí.

— Bueno... ¿Qué...? ¿Te gusta...? — preguntó en tono burlón.

La chica asintió con la cabeza, sin despegar los labios. Tenía una cara graciosa, pero era una especie de fardo con aquel horrible uniforme gris del asilo y una chaqueta negra encima tan estrecha que le impedía moverse a gusto.

— Viajarás como una princesa. Luego te haré la cama y podrás acostarte. Sí... Cama y todo, como los ricos. ¿Qué me dices?

Pero ella no decía nada, mirando a través de la ventanilla con unos ojos sin expresión.

— Ea, suelta la maleta. No pensarás pasar el viaje con ella agarrada... Trae, la colocaré sobre el armario. Ahora siéntate y estáte quietecita. Supongo que no tendrás miedo de viajar.

Negó con la cabeza y murmuró al fin dos palabras:

— No, señor.

— Cerraré con llave. Ya sabes que no debes salir ni alborotar.

Le explicó todos los misterios de la puerta de comunicación con el lavabo, pues se trataba de un coche antiguo, con el lavabo que dividía dos departamentos, de los pestillos que debía correr o descorrer, de la subida y bajada de la ventanilla, y no sabiendo qué más explicarle se detuvo indeciso, pensando para sí que la gente tonta le hacía sentirse tonto a uno mismo.

— Bien. Aquí te quedas, pequeña. Hasta luego.

Cerró por fuera, dando un resoplido. ¿Cuándo se convencerían las mujeres de la familia de que sus hijos y hermanos no venían al mundo con el exclusivo objeto de atender sus mil latas diarias...?

Claro que su madre era una madre extraordinaria, que los sacara a flote a fuerza de trabajo. Él la adoraba y procuraba, ahora que podía, compensarla de todas sus penas. Tenía que acordarse de comprar en Lisboa un kilo de buen café brasileño.

Se rascó la cabeza, se colocó nuevamente la gorra y bajó al andén, que ya comenzaba a animarse.

Por fortuna, la recomendada parecía una chica muy tranquila. Una pobre pazguata sin complicaciones.

… … … … … … … … … … … …

«En cuanto el tren eche a andar, bajaré la ventanilla y me tiraré», pensó la muchacha considerada pazguata.

¿Para qué seguir viviendo...? Cada día de su vida era más desagradable que el anterior. Y la súbita decisión de enviarla a Lisboa había echado por tierra todos sus proyectos.

Tantos meses de disimulo y de trabajo arduo concluían en aquello: un empleo de criada con una familia insoportable.

Los conocía ya y no podía forjarse ilusiones. La tuvieron a prueba una semana durante su última estancia en Madrid, el mes anterior. Resultó efectivamente una semana de prueba para ella.

Un señor irascible, una señora apoplética y medio paralítica, tres hijas solteronas que reñían a todas horas con la madre, cuya parálisis parcial no le impedía decir todos los insultos que se le ocurrían. El marido trabajaba en una oficina de importación y exportación, habiendo sido trasladado a la sucursal de Lisboa. Deseaban tener una criada española, sin duda para poder tratarla mal con mayor confianza.

La directora del asilo debió de juzgar que semejante empleo era un buen castigo para ella. Y se lo infligió. No le perdonaba el engaño de que se creyera víctima. Como si fuera un delito el hecho de que tomara clases de baile al salir del taller de planchadora donde la mandaran a sudar, con otras asiladas, para ganarse un sueldo.

Ganaba su sueldo y lo entregaba para sufragar su manutención. ¿Qué importaba entonces que hiciese trabajos extraordinarios para pagarse sus clases...?

Todo empezó por culpa de unas enaguas almidonadas que tuvo que entregar en casa del maestro. Pertenecían a una de las alumnas que aprendían *ballet.* Se quedó embelesada contemplando los difíciles *entrechat* y por la noche, en el dormitorio del asilo, asombró a las cuarenta chicas que

dormían en la misma planta, con una exhibición fantástica y personal del *Ballet de la rosa,* vistiendo en lugar del clásico «tutú», un horrible camisón de franela gris y calzando alpargatas negras de lona en vez de las deliciosas zapatillas de raso. Las tontas de las asiladas reían y tuvo que desistir del baile, por temor a la vigilante.

Ninguna sospechaba que ella ya hubiese bailado de pequeña y que sus huesos volverían a perder, apenas practicase un poco, el anquilosamiento provocado por la falta de ejercicios adecuados.

Hacía ya tantos años que casi le parecía un sueño. Fue en la época feliz en que sus padres vivían y formaban parte de una compañía de *ballet* clásico. Ella no era una huérfana como otras, que ignoraban quienes fueron sus padres. Había ido a parar al asilo cuando ellos murieron en un accidente de ferrocarril, con el resto de la compañía. Pasó del colegio de pago, en el que aprendía francés y danza, al asilo municipal. Tenía diez años y carecía de parientes y de dinero.

Durante el lapso que empezaba en la puerta del asilo y acababa en aquel vagón del Lusitania Express, había llorado a menudo, trabajando siempre y reído escasas veces.

La última temporada fue la única en que pudo considerarse dichosa.

Todas las semanas entregaba en casa del maestro la ropa planchada. Acabó por hablar con él. Acabó por bailar ante él. Acabó por concertar con él una asistencia a sus clases por un pago exiguo. Era un hombre de gran corazón, lleno de humanidad.

Para poder pagar las clases, por mínimo que fuese el precio, tuvo que comprometerse a fregar tres veces por semana la escalera de una casa. Tenía que hacerlo a la salida del taller y a veces llegaba tan cansada al estudio que no podía bailar.

El maestro se ponía furioso y le golpeaba las piernas con una varita de marfil con la que solía marcar el compás. Pero a pesar de todas las dificultades iba haciendo progresos. Romanino estaba satisfecho. Tanto, que en cierta ocasión la hizo bailar delante de un amigo suyo, empresario teatral. El empresario habíale dicho en francés, cuando ella terminó:

— Necesita estudio, pero tiene madera de gran artista.

No durmió aquella noche, ni en muchas noches consecutivas, recordando la frase. Para no olvidarla, la escribió en un papelito y la llevó prendida siempre bajo el uniforme. Cuando se estropeaba el papel, lo escribía de nuevo. Incluso en aquel instante podía sentir bajo la franela gris su contacto áspero. Últimamente, en un alarde de perfeccionamiento, había escrito «necesita estudio» en tinta negra, y el resto de la frase, «pero tiene madera de gran artista», con tinta roja y letras mayúsculas.

Aún no comprendía cómo la directora pudo enterarse del asunto. Cierto día, a la hora de la clase de baile, habíase presentado una vigilante en casa del pobre Romanino, amenazándole con denunciarle a la policía por corruptor de menores y arrastrándola a ella al asilo, en donde la tuvieron a pan y agua, aislada de sus compañeras.

Días después fue informada de que saldría para Lisboa, colocada como sirvienta.

Ni siquiera tuvo oportunidad de decir adiós al maestro.

Y allí estaba, en el tren, sintiendo deseos de abrir la ventanilla y de tirarse.

… … … … … … … … … … … … …

Observó que el conductor se hacía cargo de su equipaje y se dijo una vez más que sus nuevas maletas eran preciosas. Tenía el capricho de estrenar maletas continuamente, quizá como una consecuencia de su continuo deseo de viajar. En cada país visitado aumentaba la colección.

Sí. Eran decididamente bonitas. Hasta el conductor, el muchacho joven de rostro simpático que ya la conocía de otras veces, las trataba con especial delicadeza.

— Viajará cómodamente, señora Lagos. No está ocupada la litera de arriba.

Le sonrió. No quería decirle que hubiese preferido tener una compañera para no quedarse sola toda la noche. Odiaba hablar de su enfermedad y considerarse a sí misma como una inválida.

— ¿Querrá su botella de Vichy como de costumbre? Fría, pero no helada, ¿no es eso...?

— Exactamente.

Era un muchacho muy listo y muy servicial. Durante otro viaje anterior había conversado con él largo rato — en su manía de charlar con todo el mundo —, enterándose de que se llamaba Ramón, de que tenía treinta años y de que quería mucho a su madre, cuya foto le enseñó. Él la documentó sobre la organización profesional de los conductores de coches-camas, que le fue muy útil para su libro *El destino viaja en tren.* Los novelistas tenían que aprovechar cualquier oportunidad de documentarse.

Se sentó cómodamente, colocando el montón de revistas y de libros sobre la mesita portátil. Aunque no los leyera todos, su presencia producíale un efecto estimulante. Formaban parte de su «paisaje» habitual, sin el cual no podía vivir.

Se miró al espejo y se encontró pálida y con ojeras muy marcadas. Naturalmente, tenían la culpa los nervios. El médico le recomendó que no se excitara, pero ¿cómo podía dejar de excitarse en una ocasión así...? Además, a los cuarenta años no era posible tener siempre buena cara. El tiempo no pasaba en balde.

El tiempo... Mientras contemplaba el ir y venir de los viajeros con el interés que siempre le produjera el espectáculo, pensó vagamente en los cambios que los últimos diez años aportaron a su vida. Era curioso cómo su imaginación se sentía lúcida en el tren.

— Sería cosa de instalar aquí mi gabinete permanente de trabajo — se dijo risueña —. Quizás esto me facilitaría las cosas.

Sus dos últimos libros habíanle costado un esfuerzo excesivo. Tenía la cabeza algo cansada.

Había producido diez libros durante los últimos diez años. ¿Diez...? Echó la cuenta con los dedos, recordando los títulos... No. Ocho, exactamente. Ocho grandes éxitos que le dieran renombre internacional.

Fama..., dinero y también amor. A causa de los libros había conocido a Manuel.

No recordaba apenas cómo había vivido hasta los treinta años sin conocer a Manuel. Su vida había carecido de color hasta aquel instante. Ni siquiera su matrimonio a los dieciocho, prematuramente acabado por un accidente trágico, dejó huella en su existencia. Pero Manuel la había

llenado, en cambio, de emociones hasta hacerla rebosar. Alegrías y penas. Satisfacciones y renunciamientos.

Era curioso cómo una mujer podía ir tranquilamente por el mundo, desligada de cualquier preocupación sentimental, para caer apresada para siempre en el instante más inesperado. Había conocido a muchos hombres y tenía siempre una pequeña corte alrededor. Ninguno consiguiera impresionarla seriamente ni hacerla reincidir en el matrimonio. Pero aquel Manuel da Silva era diferente. Completamente diferente.

Fue su editor de Lisboa quien se lo presentó. Manuel era ingeniero y la editorial se encargaba de publicar un libro escrito por él, sobre técnica profesional. Su rostro serio y moreno, sus ojos de mirar penetrante, sus hombros anchos y, sobre todo, su voz la sorprendieron de una manera absurda.

Simpatizaron en el acto, y fue invitada, en unión de su editor, a visitar la casa en que él vivía, una residencia maravillosa, asomada a la desembocadura del Tajo y azotada por el viento del Atlántico. Un hogar repleto de libros y de terrazas soleadas, donde vivir feliz.

Pero Manuel no vivía feliz. Lo supo algún tiempo después, cuando ya consideraba imposible la vida sin él, sin oír el tono ronco de su voz, sin consultarle a cada paso acerca de sus proyectos, sin sentir la caricia de su mirada de hombre reservado y viril.

Un matrimonio desgraciado, imposible de anular, habíale estropeado la existencia. Vivía dedicado al trabajo, dirigiendo importantes empresas industriales.

El amor que empezó a unirlos de repente fue un amor de apasionada violencia, de dolorosos renunciamientos, de crueles separaciones y de radiantes encuentros cuando la ausencia hacíase imposible de soportar. Unas veces Manuel y otras veces ella, tomaban repentinamente el Lusitania Express para verse unos instantes, para hablarse y jurarse que nada había cambiado ni cambiaría. Que se amarían siempre...

Siempre...

Diez años. Adoraba y bendecía al Lusitania Express, que llevaba y traía tanto amor.

Acarició la madera de la puerta subconscientemente, como si de aquel modo pudiese agradecerle el calor que infundiera a su vida.

Ahora, cuando menos lo esperaban llegaba la liberación. Manuel había enviudado. Iban a casarse por fin. Nunca era demasiado tarde.

¿O sería demasiado tarde...?

Se levantó y se miró al espejo de la puerta de comunicación.

«Parezco una novia...», pensó. Su rostro aún era bello y conservaba una silueta perfecta.

Su mirada se cruzó con la de un viajero que atravesaba el pasillo. Mutuamente se saludaron. Era otro «cliente» habitual del Lusitania Express. Un príncipe real de un país centroeuropeo que vivía en su agradable destierro de Estoril.

Volvió a contemplarse al espejo, olvidando al príncipe. El traje sastre beige, el sombrerito y la chaqueta de visón eran un acierto.

«No le diré nada — pensó —. Ahora que al fin vamos a casarnos, no le hablaré de mi visita al médico y de lo que me ha dicho sobre mi cansado corazón.»

Mentalmente hizo una plegaria:

«Déjame ser feliz una temporada, Dios mío. Aunque sólo sea una corta temporada...»

… … … … … … … … … … … …

Habíanle dejado solo por fin. Incluso su secretario, que se empeñaba en negarle las aspirinas alegando que tomaba demasiadas.

Sacó un tubo del bolsillo y tomó dos de golpe, bebiendo agua del jarro que había sobre el tocador, aunque le daba un asco horrible. Pero si aquello no pasaba, iba a enloquecer.

En cuanto llegase a Lisboa, iría al dentista a que le arrancase aquella odiosa muela que le malograra el viaje.

Incluso durante la ceremonia de la boda tuvo la sensación de que con un taladro le horadaban los huesos de la mandíbula. ¡Bonito papel había hecho durante la ceremonia y los días que la precedieron...!

Rehuyó invitaciones para estar a solas con su dolor y los dos dentistas que le visitaron en La Haya y en Ginebra aseguraron que era sólo nervioso.

Le hicieron radiografías y se limitaron luego a cobrarle un dineral. En cuanto llegara a Lisboa y pudiera librarse de su secretario, iría a un dentista de poca categoría, un sacamuelas cualquiera que le sacase la suya por veinte escudos. Un dentista que no recordase haberle visto retratado en los periódicos y al cual pudiera decirle que era fogonero de un mercante extranjero. Un dentista que no mirase su muela con respeto, ni le buscase complejos nerviosos.

La boda, indudablemente, resultó bien. Con el fausto y esplendor habitual en aquellos casos. A pesar de que lo viera todo entre una nube de dolor, recordaba que su prima la princesa Carlota estaba bastante guapa..., sobre todo teniendo en cuenta que la pobre era feísima. Pero el traje de novia la realzaba. Al novio no podía soportarlo, ni siquiera con el uniforme de Gran Almirante de la Flota. La enemistad databa de antiguo. De niños habían coincidido unas Navidades en un palacio real donde estuvieron invitados. Cierto atardecer se pegaron una paliza fenomenal por culpa de un perro setter que pertenecía al jardinero mayor. Nadie sospechó nada de la paliza, porque previamente y de mutuo acuerdo escogieron un escenario ideal para celebrarla, en el rincón más oscuro del parque.

Trató de recordar nuevos detalles de la boda: lo que le había dicho Su Majestad y lo que él respondiera a Su Majestad. La misteriosa conversación sostenida con el representante del Vaticano, que mantuvo en jaque a los periodistas..., bien ajenos de que Monseñor estaba recomendándole simplemente unas gotas estupendas para enjuagarse la muela. La sonrisa amistosa del presidente de la República de B. y del interés con que se informó de la salud de su madre, hermanos y parientes cercanos, preocupándose mucho de que el destierro les sentara bien. Las impertinencias de la duquesa Ana y los carraspeos del primo Pablo cuando se hablaba sobre el posible aumento de subvenciones a las familias reales desterradas.

Necesitaba recordarlo todo, porque luego su madre se lo preguntaría. Y no podía defraudarla, ya que, ¡una vez más!, le hicieran el alto honor de enviarle como representante de la familia a la boda real de otro país.

Confiaba en que su secretario no sería demasiado chismoso. Le daba el título de secretario porque no podía presentárselo a la gente con el de «mi

espía particular», cargo que en realidad ostentaba. Era un insoportable espía a las órdenes de su madre la reina. No le echaba la culpa a su hermano mayor, pues el pobre bastante desgracia tenía con ser rey en destierro y no se metía con nadie. Pero mamá y el tío mantenían enhiesto el pabellón real y la Casa..., aunque la Casa fuese sólo un agradable chalet en Estoril.

Claro, la reina preguntaría en seguida al secretario-espía si Su Alteza había simpatizado especialmente con alguna de las princesas solteras que asistieron a la boda. Y «el espía» abriría su carnet, en el cual llevaría anotado el número de veces que él hablara con la princesa Margarita, con la princesa Juana o con la princesa Elena.

Y después, mamá se dedicaría a sonsacarle sutilmente acerca de sus sentimientos hacia aquellas chicas, todas por cierto muy monas y simpáticas, pero que en ningún momento fueran compatibles con su muela.

Las aspirinas comenzaban a hacerle efecto. Pensó con placer en lo grato que sería reanudar su tranquila vida de Estoril. ¡Incomparable lugar, por el que uno podía pasear en *blue jeans* y camisa a cuadros, regatear con el balandro, pescar langostas en el Guincho y jugar al golf con varios reyes amigos!

Adoraba Estoril y si algún día el destino les obligaba a regresar a casa, recordaría siempre con nostalgia los floridos parterres del parque, el familiar Tamariz, donde uno se embriagaba de sol, y las sesiones matinales del cine del casino, durante las cuales uno podía dormir la siesta a gusto.

Sonaron unos golpes en la puerta y frunció el ceño. Ni siquiera encerrado en su departamento le dejaban en paz.

— Adelante.

«El espía» asomó la cabeza, una cabeza impecable que mostraba su mejor sonrisa estimulante.

— ¿Se encuentra mejor, Alteza...?

— Levemente.

— Hay aquí un representante de la revista «Alta Sociedad» que desearía hacerle unas preguntas acerca de la boda de la princesa Carlota.

— ¿No habíamos quedado en que yo viajaba de absoluto incógnito? Yo me pregunto qué significa esto del incógnito. En todas partes no han cesado de hacerme entrevistas... absolutamente incógnitas.

— Se trata de un periodista que ha venido a entrevistar a un viajero del departamento contiguo... Al enterarse de que Su Alteza viajaba también...

— ...de incógnito...

— ...me ha preguntado si Su Alteza sería tan amable...

— ...que le permitiera hacerle veinte preguntas indiscretas, terriblemente incógnitas, ¿no?

«El espía» dejó oír una risita y bajó la voz, haciéndola cálidamente confidencial. Era un artista a su modo.

— Será muy breve... El tren está a punto de partir.

Su Alteza suspiró con paciencia.

— Está bien. Que pase.

La vida de los príncipes no era siempre divertida. Y como los periodistas sabían tantas cosas, quizás aquél tuviese algún remedio eficaz contra el dolor de muelas.

… … … … … … … … … … … …

Había ido toda la familia a despedirle: su hermana, su cuñado, las dos sobrinas y el sobrino. Quizá para cerciorarse de que viajaba realmente en coche-cama, o probablemente para compartir su gloria, dejándose retratar por el fotógrafo de la revista.

Acodado en la ventanilla del pasillo, trató de explicar por medio de gestos a sus parientes que estaban en el andén que el periodista había ido ahora al departamento de al lado a entrevistar también a un príncipe. No le entendían y tampoco deseaba chillar. Allí en el coche-cama nadie chillaba, nadie llevaba tortilla de patatas en el cesto de la merienda ni se quitaba la americana. Era un modo muy diferente de viajar. Le gustaba aquel ambiente de gente silenciosa y despectiva. Como se adaptaba inmediatamente a cualquier situación, él había adquirido en el acto una mirada de altiva suficiencia, alzando elegantemente la ceja izquierda.

En lo íntimo se sentía emocionado por cuanto estaba sucediendo y aquel detalle de viajar con un príncipe colmaba sus ilusiones. A toda costa quería que se enterase su cuñado.

— Un prín-ci-pe... — moduló con los labios, señalando con el pulgar en determinada dirección. Pero el tonto de Felipe no lo entendía.

Sacó medio cuerpo fuera de la ventanilla y se lo explicó a Rosa, su sobrina. O quizá no fuese a Rosa, sino a Felipa. Las dos gemelas eran tan iguales que costaba trabajo distinguirlas a distancia. De cerca resultaba más fácil porque Felipa siempre estaba llena de granos.

Le dijo que viajaba un príncipe real en el departamento vecino y la chica retransmitió el recado a los otros, que demostraron estupor, poniéndose de puntillas para tratar de ver algo. No vieron nada, por supuesto. El príncipe estaba encerrado a piedra y lodo con el periodista y el secretario.

— Naturalmente, yo le veré — volvió a decir a Rosa..., o a Felipa, que lo retransmitió a los otros. Y se sintió feliz, con la seguridad de que estaba fastidiando a su cuñado y a su hermana, que reventaban de envida.

Prácticamente estaban reventando de envidia desde hacía seis meses, época en que él iniciara su carrera de «concursista», obteniendo ciento treinta y cinco victorias contra ocho derrotas, carrera a la que pensaba dedicar el resto de su vida.

No comprendía cómo la gente perdía el tiempo dedicándose a otros trabajos cuando aquél era tan fácil y tan divertido, con sus momentos cumbres de emoción, sus vacilaciones espectaculares y los aplausos del público que coronaban el éxito. Claro que no todo el mundo sabía hacer aquello. Era preciso mucha preparación. Él la tenía de sobra.

Contemplando la falsa sonrisa amable de su cuñado, recordó aquella noche, meses atrás, en que le oyera discutir con su mujer acerca «del gandul de tu hermanito, que no quiere trabajar y cree que ha venido al mundo sólo para leer novelas, oír la radio y comer la sopa en mi casa...»

Lindezas así salían a menudo de la boca de Felipe. Simplemente, por el hecho de que él no hubiera encontrado una ocupación adecuada. Ni siquiera su propia hermana habíale defendido. Vivían tan estrechamente que el peso de una boca más les estropeaba el presupuesto. El honrado y trabajador Felipe, al cabo de treinta años de despachar carretes y madejas de lana detrás de un mostrador, cobraba un sueldo exiguo que sólo conseguían estirar hasta el día 15 de cada mes. Las dos semanas restantes vivían de milagro.

Naturalmente, él no había querido seguir el ejemplo de su cuñado, condenándose a una existencia mísera. Prefirió esperar con calma.

Esperó tanto, que un buen día le plantearon su ultimátum: o trabajaba o se marchaba a otro lado, con sus novelas y su aparato de radio. Tenía ya treinta y cinco años y sus tres sobrinos diéronle el ejemplo colocándose también.

Una lata. Tuvo que decidirse, aunque de mala gana.

Cerró la última novela policíaca, desconectó la radio y se presentó aquella misma noche — arrastrando los pies de aburrimiento — en el concurso de la Emisora Vox, cuyos programas oyera tantas veces cómodamente tumbado en la cama.

«La Emisora Vox, en su Gran Concurso-Popular: *"Fastídieme usted con seis preguntas raras",* galantemente ofrecido por la fábrica de bufandas Gómez.»

Habíanse ido acumulando, de emisiones anteriores, los premios en metálico que nadie ganara. Los ganó todos. Llevaba treinta años devorando libros y escuchando la radio y tenía una memoria de elefante.

Regresó a casa con cuatro mil pesetas, entregó la mitad a su hermana con gesto displicente, guardó los libros en una maleta, agarró su radio portátil y se marchó a vivir a una pensión céntrica, donde pudiera pasarse el día echado en la cama sin que le dieran la lata. Su carrera de concursista estaba decidida.

Durante el día continuó su existencia cómoda, levendo y escuchando los anuncios de las próximas emisiones. Tomaba notas y escogía la emisora propicia. No necesitaba molestarse más que un par de veces a la semana. Los miles de pesetas afluían a su bolsillo. Todas las preguntas parecíanle de una facilidad pueril.

«¿Cuál era el nombre de pila de la mujer de Julio César?»

«Calcurnia. Es facilísimo.»

Así siempre. Paparruchas elementales.

Cambió de pensión. Se hizo una colección de trajes. Cuando empezó a ser demasiado conocido en las emisoras madrileñas — que debían considerarse una especie de peste aterradora —, las dejó descansar y reponerse y se marchó a Barcelona, a Sevilla y a Valencia.

El resultado económico de la *tournée* fue colosal. En la actualidad proyectaba otra por Zaragoza y las capitales del Norte.

Pero, claro, primero descansaría durante una semana maravillosa. Se la había ganado, al conseguir el triunfo en el concurso organizado por la Radio Peninsular. Un premio consistente en un viaje de ida y vuelta a Estoril, con ocho días de estancia pagada en un gran hotel. ¡En coche-cama, por supuesto! Y encima, la emisora había enviado a un periodista para que le retratase. Saldría en los periódicos, como los grandes personajes.

Miró con aire de superioridad a su cuñado.

— En Estoril hay un casino y probaré suerte en la ruleta.

— ¿Qué dices...?

Se lo repitió a Rosa, o a Felipa, quien retransmitió la frase.

— Ten cuidado, no lo pierdas todo.

— Yo nunca pierdo. Y además..., ¿qué importaría...?

— ¿Cómo...?

— ¡Que no importaría! — chilló —. Me resulta fácil volver a ganarlo. La casa de vinos «Río de Oro» anuncia un concurso cuyo primer premio será un millón. Pienso irme preparando.

Felipe estaba pálido. Sin duda pensaba en la injusticia de que «el holgazán de la familia se estuviese haciendo rico, mientras él, trabajador infatigable, no conseguía salir a flote». Bueno, que pensara lo que quisiera. Estaba enterado de que, secretamente, Felipe había intentado copiarle, presentándose a un concurso radiofónico donde hizo el ridículo, por no saber cómo se llamaba el hijo tercero del rey Wamba.

Una cosa tan elemental...

El tren estaba a punto de salir. Los viajeros rezagados subían ya apresuradamente.

— Adiós, niños. Os traeré algo bonito de Portugal.

— Gracias, tío.

El periodista que había entrevistado al príncipe — después de entrevistarle a él —, salió del departamento y bajó de un salto al andén. El conductor, que colocara los equipajes, subió y ocupó su puesto en la sillita al fondo del pasillo.

— Adiós... Hasta la vuelta...

El tren se puso en marcha.

Los policías iniciaron su tarea:

— Pasaportes, señores...

Comenzaba el viaje.

… … … … … … … … … … … …

Había ido al restaurante en busca de un bocadillo y de una cerveza y se los llevó a la muchacha. Aún estaba sentada en la misma postura en que la dejara y ni siquiera se había quitado la chaqueta. Pero, en cambio, bajara la ventanilla y hacía casi frío. El viento agitaba sus cabellos, de un tono castaño claro, que llevaba largos, sujetos atrás con un prendedor.

— Bueno, viajera. ¿Qué tal te encuentras...? Te he traído esto para que lo tomes ahora mismito, mientras te hago la cama. Ya verás lo bien que vas a dormir. Te llamas María, ¿verdad?

— Sí.

— Y tienes diecisiete años. Lo he visto en tu pasaporte.

— Sí.

— Ya lo he entregado a la policía. Tu pasaporte, quiero decir. Anda, come.

Con la destreza habitual, preparó la litera de abajo, observando que la chica miraba fascinada, mientras tímidamente mordisqueaba el bocadillo.

— Supongo que estarás contenta de ir a trabajar a Lisboa. Es una aventura para ti, ¿verdad? Te gustará. Los portugueses son buena gente. ¿Es éste tu primer viaje...?

Observó que estuvo a punto de dar otra respuesta porque titubeó, y al final se encogió de hombros con un gesto que podía tener diversos significados. ¡Demonio de chiquilla...! Tan adusta y tan áspera. Miró su chaqueta, estrecha de hombros, y no pudo evitar un sentimiento de compasión. ¿Por qué iban a ser alegres y expansivas las chicas de los asilos...? Era lógico que tuviesen aspecto de perrillos castigados.

— Si alguna vez quieres algún recado para tu familia..., ejem..., para la directora del asilo, quiero decir..., no tienes más que venir a la estación de Lisboa a las horas del Lusitania y preguntar por Ramón. — Sonrió, mostrando unos dientes muy blancos y muy iguales —. Ya ves, yo siempre de acá para allá y de allá para acá. Una vida muy antipática.

Le interrumpió con voz áspera:

— ¿Y por qué la lleva...?

La miró sorprendido, como el cazador que acabase de descubrir una avestruz en el nido donde esperaba hallar un gorrión. Se pasó la mano por la barba con gesto desconcertado.

— ¿Por qué la llevo...? — repitió como un eco —. Porque se gana mucho dinero... y quizá porque en el fondo me gusta.

¿Le gustaba en realidad...? A menudo se quejaba de su empleo, pero le encantaba el ambiente cosmopolita del coche-cama, con sus heterogéneos clientes, a muchos de los cuales conocía casi como a antiguos amigos. Incluso estaba enterado de algunas de sus debilidades y defectos. Y de sus más estrictas intimidades.

— Todo el mundo debe llevar la vida que le gusta — habló María, como si pensara en voz alta —. De lo contrario, es mejor morir.

Se echó la gorra hacia atrás y lanzó un silbido.

— ¡Morir! Vaya cosas que se te ocurren, muchacha. No se debe hablar de la muerte. Da mala suerte. Yo creía que las chicas de tu edad sólo pensaban en cosas alegres.

— ¿Existen las cosas alegres...?

Esta vez se dejó caer en la cama recién hecha, aturdido por la sorpresa.

— Pero... ¡bueno...! ¿Qué clase de filosofía pesimista te has agenciado, hija mía...? Ya comprendo que la vida en los asilos no debe de resultar muy divertida, pero sin embargo... — Echó una mirada alrededor, como si buscara «cosas alegres» para mostrarle —. ¿Qué me dices de todo esto que te rodea...? ¿Qué me dices de la suerte de hacer un viaje al extranjero? — Pero ella no decía nada, mirando a través de la ventanilla la oscuridad nocturna. Impulsivamente, se apresuró a bajarle la cortinilla para que no mirase más el deprimente paisaje —. Lo que te ocurre es que estás asustada y deprimida — dijo, contento de haber hallado una explicación —. Eso es... Asustada y deprimida... Ya verás cómo después de beberte la cerveza te parecen las cosas más fáciles... — Se la sirvió él mismo, diciéndose que era absurdo estar entreteniéndose allí cuando tenía tantas cosas que hacer. Preparar las camas, servir las aguas minerales, y cenar él mismo mientras

todos estuvieran descansando. A la vez podría charlar un rato con la encargada de la limpieza, que era una empleada nueva y bastante guapa.

— Alegra esa carita, niña — dijo, haciéndole un amistoso gesto de adiós —. Tienes diecisiete años. A esa edad no existen las penas. Ea, acuéstate y duerme tranquila.

Por toda respuesta, ella se encogió de hombros nuevamente.

«¡Demonio de chica!», pensó al cerrar la puerta. Y no supo qué otra cosa decir.

… … … … … … … … … … … …

María contempló la cama, sabiendo de antemano que no podría dormir. Sin embargo, resultaba confortable. Se quitó la chaqueta y los zapatos y se tumbó sin desnudarse, cruzando los brazos bajo la nuca.

No había conseguido reunir el valor suficiente para tirarse por la ventanilla. La oscuridad de fuera le daba miedo. Siempre habíale atemorizado la noche. Quizá cuando amaneciese... Pero no. Estaba segura de que jamás se decidiría.

Le faltaba el valor para todo, pensó con amargura. Y dejó que las lágrimas resbalasen por su rostro sin intentar contenerlas.

Era inútil luchar contra un destino adverso. Imaginaba a su destino como una flecha blanca que zigzaguease dentro de un laberinto, vacilando entre varios caminos a seguir. Vacilando, para al fin decidirse por un sendero cuyo cartel indicaba: «*Servicio doméstico. Criada para todo.*» El escudo de armas de aquel destino eran una escoba y un estropajo.

Se sentó bruscamente, con el oído alerta, pareciéndole que golpeaban la puerta de comunicación con el lavabo. Escuchó intensamente, volviendo a oír el ruido y el roce de un cuerpo apoyándose contra la madera.

Se bajó de la cama.

— ¿Quién...? — preguntó —. ¿Quién es...?

Quizá sería de nuevo el conductor, que querría entrar desde el departamento vecino. Un buen muchacho, aunque le fastidiaba su charla.

Descorrió el pestillo. Tuvo que retroceder porque la puerta se abrió de golpe y la señora apoyada en ella casi se cayó sobre su litera.

— Estoy... enferma... Ayúdeme, por favor.

Tenía la cara pálida y los labios amoratados. La ayudó a recostarse en la cama, sin saber qué hacer, completamente aterrada por la sorpresa.

Con trabajo, indicó la señora:

— La medicina..., en mi bolso...

Vaciló entre pedir auxilio u obedecer inmediatamente. El bolso estaba en el suelo, en mitad del tocador. Un bolso lujoso, de color beige con aplicaciones doradas. Lo abrió fácilmente y encontró un frasco. Se lo mostró a la enferma, con manos que temblaban visiblemente.

Afirmó con la cabeza.

— Diez gotas... en agua...

Diez gotas. Con aquel pulso alterado era difícil contener el cuentagotas, que las dejaba escapar de prisa.

Diez... Quizá fueran doce, pero seguramente no importaba. Se lo acercó a los labios, ayudándola a beber.

— Gracias...

Cerró los ojos en seguida y María pensó horrorizada en si se habría muerto. Abrió la puerta que daba al pasillo, pero no vio a nadie. ¿Dónde estaría el conductor, ahora que lo necesitaba?

Dejó abierto y regresó junto a la desconocida, cuyos párpados se movieron.

— No se asuste... Pronto estaré bien.

Sus dedos le agarraron la mano, como si quisiera asirse con angustia a la vida. Permanecieron de aquel modo unos minutos, sin que María supiese qué hacer ni qué decisión tomar.

— Sería mejor buscar un médico. Habrá alguno en el tren — pensó en voz alta.

Al oírla, la otra abrió los ojos.

— No es necesario... Voy mejorando... Sé exactamente lo que me recetan en estos casos. — Trató de sonreír, sin conseguirlo —. Es mi corazón, ¿sabe...? Me sucede a menudo, por desgracia... Siento haberla asustado tanto... En cuanto me reanime algo, me pondré yo misma una inyección.

— Yo sé ponerlas.

Había estado durante algún tiempo de ayudante de la enfermera, en el asilo. Un trabajo que le gustaba. Pero decidieron enseñarle el oficio de planchadora.

— Es usted estupenda... Si de veras quiere ser tan buena, encontrará todo lo preciso en mi neceser, sobre la litera.

El departamento vecino era idéntico al otro y, sin embargo, a María le resultó distinto. Quizá fuera debido al perfume, que conseguía borrar el inevitable olor a tren, los libros y revistas sobre la mesa portátil, el abrigo de pieles o la suntuosa colección de maletas blancas con cierres dorados... Todo aquello lo convertían en una especie de diminuto hogar elegante. Al menos, así se lo pareció.

El neceser estaba abierto sobre la cama y junto a él hallábase extendido un maravilloso camisón de nilón rosa y una bata de lana esponjosa del mismo tono. La lamparita de cabecera se hallaba encendida. María pensó que el ataque debió de sorprender a la desconocida en el momento en que iba a acostarse.

Permaneció unos segundos mirando el neceser sin atreverse a tocarlo. Contenía tarros de crema y frascos de cristal con tapones de oro. Una enorme pastilla de oloroso jabón a medio desenvolver, una toalla color fresa y un estuche de piel con el letrero «botiquín».

Fue a cogerlo.

— Pero, bueno... ¿Esto qué es...?

Retrocedió asustada. Desde la puerta del lavabo, el conductor la miraba estupefacto.

— ¿Qué ha ocurrido aquí...? — insistió.

— Busco las inyecciones — dijo desafiante, sin poder evitar el enrojecer ante la idea de que él creyera que estaba curioseando... o robando —. Ella me lo rogó.

— ¿Qué hace la señora en tu litera...?

— Está enferma. Ha tenido un ataque al corazón. Me pidió auxilio. Salí a llamarle a usted y no estaba...

— Será mejor buscar a un médico — se alarmó el empleado —. Deja eso. No toques nada. ¿Qué estabas buscando...?

— Las inyecciones — repitió furiosa —. Sé ponerlas muy bien.

Él la miró con recelo y se pasó la mano por la barba, con aquel gesto enervante que producía ruido de papel de lija.

— No habrás tocado..., ejem..., ninguna cosa..., ¿verdad?

María tragó saliva, y deseó que él no notase que se le llenaban los ojos de lágrimas.

— Claro que no. ¿Qué se ha creído...? ¿Por qué había de tocar...?

Sí. ¿Por qué había de tocar?, se repitió iracunda. Sólo porque llevaba el uniforme del asilo y carecía de dinero, aquel estúpido se imaginaba que era una ladrona.

— Temo haber molestado mucho a la señorita — dijo una voz a espaldas del conductor. Él se volvió deferente, haciendo ademán de coger a la señora que, apoyada en la puerta, vacilaba —. Ya estoy mucho mejor. No es preciso que llame a un médico, se lo aseguro. ¿Encontró el botiquín...?

María asintió con la cabeza, notando que por vez primera la otra la miraba con curiosidad, fijándose en el horrible uniforme del asilo. Pensó con terror en si ella también creería que iba a aprovecharse de la situación. Pero su expresión amistosa la tranquilizó. Con gesto de desafío dirigido al empleado, la muchacha comenzó a preparar las cosas en la mesita portátil.

«Todo esto porque soy una asilada», volvió a decirse, saboreando como lo hiciera durante años y años aquel amargo complejo. Odió ferozmente al conductor y se recreó pensando en los desprecios que le haría cuando fuese estrella de *ballet* y viajara con su dinero en coche-cama.

Pero nunca sería estrella de *ballet,* recordó. Iba a Lisboa a trabajar como criada en casa de una familia horrible. Sorbió una lágrima y se volvió de espaldas, para que no lo advirtieran.

El conductor le dio un cariñoso golpecito en un hombro, adivinando quizá.

— Yo había entrado a ver si te sentías mejor después de beber tu cerveza — dijo, como disculpándose de algo, subconscientemente.

... ...

Estaba acostada y se sentía cómoda y tranquila, como si nada hubiese sucedido. Tan sólo una ligera angustia en el pecho, que poco a poco iría

desapareciendo. Hacía varios meses que no tenía un ataque tan repentino y tan fuerte. Los nervios.

El médico decíale que dominara sus emociones. Como si las emociones se pudieran dominar. Además, ¿valdría la pena vivir sin sentir alegrías o tristezas, temores o gozo, pasión u odio...? No. Para eso sería preferible morir en uno de aquellos momentos en que se sentía tan lúcida y viva, pasando rápidamente de la luz a la oscuridad.

No podía tener la pretensión de morir en brazos de Manuel, suavemente, sin descomponerse, en aquella terraza asomada al Tajo y durante un hermoso atardecer. Cosas así sólo sucedían en los libros.

«Incluso en mis libros», pensó. Y se dio cuenta de que ya estaba imaginándose la escena y describiéndola con minuciosidad.

Sonrió. La profesión de las personas conseguía apoderarse de ellas y dominarlas, formando un segundo «yo» tan real como el auténtico. En todos los minutos de su vida, hasta en los de mayor intensidad, su cerebro conseguía desligarse del presente, para ver la escena reflejada en perspectiva, con ojo crítico de novelista.

Por ejemplo, se imaginó en aquel instante los pensamientos de aquella extraña muchacha que la atendía.

«...la viajera desconocida permanecía en su litera con los ojos cerrados y el rostro muy pálido. ¿Quién sería la bella desconocida que suplicara su ayuda...?»

También con la imaginación tachó la palabra «bella» y dejó sólo «desconocida». Pero al sentirse descontenta, volvió a escribir «bella» encima de lo tachado.

«...¿Quién sería la bella desconocida que suplicara su ayuda? ¿Una aventurera elegante? ¿La esposa de algún diplomático...? ¿Una artista de cine...? De cualquier modo, se trataba de una mujer interesante...»

— ¿Parezco interesante? — se preguntó, dejando de escribir mentalmente. Y volvió a sentirse fatigada, abriendo los ojos para no seguir «trabajando».

Aún continuaba allí la jovencita que con su extraño vestido le hizo pensar por un momento en si se trataría de la empleada de la limpieza del

tren, que se atreviera a entrar en el departamento vecino a echar un sueñecito.

Era casi una niña. Las facciones de su rostro resultaban agradables. Hubiera podido parecer bonita con otra expresión. Pero su rostro reflejaba angustia.

¿Por qué...? ¿Se habría asustado por su causa...? No debió ser divertida su intempestiva aparición. Y habíase portado de un modo encantador.

— Siento que se esté molestando tanto por mí — dijo sonriendo. Y la muchacha, sentada en el asiento portátil junto a la mesita, dio un respingo al oír su voz.

— No me molesta nada. ¿Está ya mejor...?

— Mucho mejor. Hacía tiempo que esto no me sucedía. Mi estúpido corazón no quiere ser formal. — Hizo una pausa y preguntó —: ¿Es la primera vez que va a Portugal...?

— Sí.

— Hasta la madrugada no atravesaremos la frontera. La avisaré por si quiere mirar por la ventanilla.

Se encogió de hombros.

— No. ¿Para qué...?

Resultaba la imagen de la desolación. Su curiosidad de escritora se despertó, junto con un instinto de simpatía y agradecimiento.

— ¿Va a residir en Lisboa...?

— Supongo que sí.

— Confío en tener ocasión de verla para demostrarle mi gratitud.

— No tendrá esa ocasión. Soy una especie de prisionera que va a cumplir condena.

La ingenuidad de su tono trágico hizo sonreír a su interlocutora.

— ¡No me diga! ¿Qué le ocurre? Siéntese aquí. Quisiera poder ayudarla.

— Nadie puede ayudarme.

Era una frase demasiado triste — pensó — para ser pronunciada por labios tan jóvenes. «Nadie puede ayudarme.» Pero existía la solidaridad humana. Ella misma lo había demostrado acudiendo en su ayuda momentos antes.

Acarició su mano, pequeña y áspera, con uñas muy limpias, libres de esmalte.

— Yo la ayudaré — murmuró, alentadora.

Y al sonido de su tono cariñoso, los ojos de la chiquilla comenzaron a verter un raudal de lágrimas. Un manantial inagotable, que caía sobre su traje color pardo. La dejó llorar, porque a lo largo de su vida había conocido algunas tragedias y sabía lo consoladoras que a veces resultan las lágrimas. Luego escuchó en silencio, sin interrumpir, la historia sórdida de la chica del asilo que llevaba en sus venas sangre de artistas.

No lo consideró un drama pueril. Comprendía cuánto podía significar una profunda vocación y recordaba lo dolorosa que resultaba en plena juventud la hostilidad humana.

Guardaron silencio un buen rato. El conductor del coche-cama volvió a entrar para informarse del estado de su salud. Antes de marcharse preguntó a la chica si no tenía sueño. Temía sin duda que su presencia le molestara.

Le aseguró que María seguía allí a petición suya y que ambas estaban charlando amigablemente. Al quedarse de nuevo solas adivinó que la otra se sentía confusa después de sus confidencias.

— ¿Cuántos años tienes...? — preguntó tuteándola.

— Voy a cumplir dieciocho.

— Sólo te quedan tres para tu mayoría de edad. No tienes por qué perder el ánimo. Ten paciencia y espera tu desquite.

Ella había pasado muchos años también, esperando un desquite de felicidad... que por fin llegaba.

De nuevo la vio repetir aquel gesto desgarbado y, sin embargo, gracioso de adolescente. Se encogió de hombros.

— Será ya tarde para volver a empezar. Esta profesión exige mucha juventud. El maestro me repetía que debía haber comenzado antes y que era preciso recuperar el tiempo perdido. No puedo forjarme ilusiones. Tengo que renunciar.

— Nunca se debe renunciar.

No. Nunca se debía renunciar cuando lo que uno deseaba representaba el principio y el fin de todas las cosas. Cuando se soñaba con ello dormido y despierto.

— Nunca se debe renunciar — repitió. Y cerró los ojos porque de nuevo se sentía cansada. La inyección comenzaba a producir su efecto calmante.

Tenía que pensar en lo que podría hacerse con aquella chica. De momento, lo único que se le ocurría era...

Se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó, la claridad del sol entraba por la ventana. Estaba sola en su departamento y se encontraba mucho mejor.

Se levantó, alzó la cortinilla y contempló los verdes campos de Portugal.

Se estremeció de placer. Sin saber por qué recordó de pronto un verso, o quizá la letra de una canción oída no sabía cuándo:

Desde una vez que te vi,
Santo Deus! Quem tal diría...
De noite veja-te sempre.
Vejo-te sempre de día...!

Vería a Manuel dentro de pocas horas. Estrecharía su mano y nuevamente el calor de las suyas le infundiría un inagotable caudal de alegría de vivir.

Se miró al espejo y se encontró buena cara.

¿Cómo era posible sentirse tan feliz?

Abrió la puerta del tocador y recordó de golpe a la muchacha. Había dejado su puerta abierta, para oírla si la llamaba.

Una chica bondadosa, ingenua y desgraciada. Estaba acostada y profundamente dormida. Habíase metido en la cama en combinación. El uniforme pardo estaba en el suelo.

Lo recogió, como una madre que pusiera en orden el dormitorio de su hija. El papel cosido en el forro atrajo su atención.

«Necesita estudio, pero tiene madera de gran artista...», leyó, asombrada.

¿Qué significaría aquello? ¿Un auto de fe, una promesa hecha a sí misma, un recuerdo, un estímulo...?

Miró el rostro de la muchacha dormida. Una niña, ni bonita ni fea. Pero una artista. Los brazos delgados que asomaban por entre la sábana pudieran llegar a ser los de una estrella de *ballet.* Unos brazos expresivos que adquirirían movimientos de suprema belleza.

— La ayudaré — decidió —. La ayudaré a seguir su destino.

¿Por qué no...? Habría dificultades por parte del asilo, pero hablaría con el embajador, que era un buen amigo suyo, para que las ayudara. La tomaría a su servicio. En realidad, necesitaba una secretaria que se ocupase de sus cosas.

Y allá en Lisboa vivía Iván, un refugiado político que daba clases de danza. Era un hombre de vida azarosa e interesante que conviviera con Nijinsky y que sabía cuanto se pudiera saber acerca de *ballet.*

A menudo habían cenado juntos en el «Machado», un restaurante del barrio alto, en donde se cantaban fados, que a ambos les gustaban mucho.

— ¿Por qué no...? — se repitió una vez más.

Y volvió a su departamento, rebuscando entre sus maletas hasta dar con un traje apropiado.

— Despierta, dormilona — dijo regresando junto a la muchacha, que abrió los ojos asustada —. Ponte esta ropa nueva y acompáñame al restaurante a desayunar.

... ...

— Café — pidió el príncipe.

— Café — pidió la escritora.

— Café — murmuró María.

— Café — ordenó el concursista de radio.

Los cuatro, sentados a la misma mesa del restaurante, pidieron la misma cosa. Estaban en Portugal y tenían esperanza de que el café fuera excelente.

— Me libré de desayunar a solas con «El Espía» — se regocijó el príncipe —. Cuando despierte y vea que me he escapado al restaurante se inquietará.

¡Cuánto más divertido era desayunar entre la gente, que hacerlo a solas en el departamento! Le gustaba la gente, sobre todo cuando nadie sabía quién era y no le abrumaban con reverencias.

Gracias al cielo no le dolía la muela. Se tocó con la lengua para cerciorarse nuevamente. No. No dolía lo más mínimo. ¿Qué milagro habría ocurrido?

El café era estupendo. Tenía hambre. Curioso que por primera vez desayunase en la misma mesa que la escritora española. La conocía mucho de vista e incluso se saludaban. Habíanse encontrado en algunas fiestas en Cascaes y Lisboa. Era guapa. Más que guapa, interesante. Con cara de lista y ojos que parecían adivinarlo todo.

Casi todas las españolas eran guapas. ¿Cómo se las arreglarían? En cambio, los hombres solían ser feos. La ley de las compensaciones. La chiquita que acompañaba a la escritora tampoco estaba mal. ¿Quién sería? ¿Iría a Estoril...?

Estoril... Cogería el *snipe* y saldría a la mar, hasta la puesta de sol. Aquel primer día después del viaje le dejarían en entera libertad.

Encantadora libertad... Encantador Estoril...

... ...

«Él cree que yo no sé que es un príncipe — pensó el concursista de radio —. Pero lo sé y he conseguido desayunar a su lado. Cuando lo cuente a la familia no lo creerán.»

¿Por qué no habría allí un fotógrafo que inmortalizase tal momento...? Su codo rozaba el codo del príncipe. Un codo como otro cualquiera, pero no todo el mundo podía rozarlo. Era casi un milagro. «Las señoras que desayunan con nosotros no sospechan seguramente que él es un príncipe — pensó —. Me gustaría decírselo. ¿Pero cómo...? No les voy a dar con el pie por debajo de la mesa. Estaría feo.»

También estaría feo que él se comiese la tostada que dejara sin tocar la chica más joven. Era estúpido que la gente pidiera las cosas para luego no comerlas.

Claro, sería una chica acostumbrada a no dar valor a nada. Tenía cara de gata anémica. Una gata simpática. La madre era más guapa. Las dos iban muy bien vestidas.

Bueno, él tampoco iba mal. Quien iba peor era el príncipe. No le gustaba aquella chaqueta tan rara.

En aquel instante, el príncipe, que ofrecía cigarrillos a las señoras, se los ofreció también.

Cogió uno con dedos temblorosos y dio las gracias.

Guardaría la colilla, de recuerdo.

Cuando lo contase no lo creerían, decididamente.

… … … … … … … … … … … …

El conductor hizo un recuento de propinas. No estaba mal. Había tenido viajes mejores, pero también peores. La escritora había sido muy generosa y también el príncipe, como de costumbre.

El vagón estaba ya vacío, pero aún se apiñaban algunas maletas en el andén.

Allí estaba aquel hombre alto y moreno, de sienes plateadas, que aguardaba siempre a la escritora en la estación lisboeta. María iba junto a ellos con su abrigo elegante y su sombrero discreto que le tapaba el rostro. Había pasado junto a las dos muchachas que acudieran a esperarla, sin ser reconocida.

¡Nadie podría reconocerla con aquella ropa! Una monada de chica... ¡Con tal de que no se armara un buen lío con aquel asunto...! La escritora le había convencido para que se inhibiera de él. Así lo había hecho. Se trataba de una señora importante, que se hacía responsable de todo.

Tenía su dirección. Algún día iría a visitarlas... y quizá podría invitar a María a merendar. Podrían cruzar el Tajo en uno de aquellos barcos, y tomar ostras al otro lado del río. Él le demostraría que existían en el mundo las cosas alegres.

Saludó al príncipe, que se alejaba.

— Buenos días, Alteza. A sus órdenes.

Un buen chico aquel príncipe. En cierta ocasión le pidió prestada una baraja para hacer solitarios.

— Buenos días, señor.

Se trataba ahora del pasajero a quien retrataran en la estación del Mediodía. El ganador de un concurso de radio. Le había dado una propina ridícula, pero no le guardaba rencor. ¿Qué podía saber aquel infeliz de los «acuerdos no escritos» entre los habituales del coche-cama y su conductor...?

Subió al vagón vacío para recoger las cosas. Los departamentos volvían a tener un aspecto impersonal, como si nada hubiese sucedido.

Y en realidad no había sucedido nada.

Un viaje más del Lusitania Express...

VACACIONES AL SOL

— No quiero regresar a la civilización — dijo mi pareja besándome el cabello con suavidad —. Somos plenamente felices en esta isla desierta. Nada de cuanto encontrásemos allá nos compensaría de la pérdida de *esto.* — Abarcó de un gesto el mar, la arena dorada, las rocas de matiz anaranjado y los pinos que extendían sus ramas hasta cerca del agua —. ¿Te importaría que dejásemos partir el barco... y nos quedásemos...?

Sugestionada por el ambiente y por el cálido acento de mi acompañante, estuve a punto de responder con un vibrante ¡No!, asegurando que no me importaría lo más mínimo abandonar todo lo que yo entendía por civilización: taxis, cines, cuartos de baño, sulfamidas, microsurcos de treinta y tres revoluciones, batidores eléctricos, etc., con tal de permanecer hasta el fin de mis días en aquel paradisíaco lugar, vestida con una falda y una blusa hechas jirones, oyéndole decirme cosas bonitas al oído.

Pero naturalmente no dije nada. Ni siquiera mi pareja esperaba que le contestase y aquella intempestiva respuesta habríale costado muchos miles de pesetas a don Matías Algara, al estropearle una escena de su película.

Para rodarla habían llegado aquella misma mañana en tres autocares todos los componentes de la M. C. E. (Mundial Cinematografía Española). Mi papel limitábase a escuchar, vuelta de espaldas a la cámara, las palabras que me decía Gabriel Yuste, el galán más guapo de todos los galanes hispanos, exhibiendo los harapos que componían el atuendo de la náufraga protagonista de *Cielo sin sol,* la última producción de Matías Algara.

«Cielo sin sol: Algo nuevo y sensacional que revolucionará nuestra cinematografía.»

«Genial interpretación de gabriel yuste y de sari bell.»

«¿No han oído hablar de Sari Bell, la nueva estrella de la M. C. E.? No olvide el nombre de Sari Bell, que se hará famoso.»

«¡Sari Bell...!»

En cualquier periódico podían leerse estos anuncios, a pesar de que sólo se habían rodado unas escenas de exteriores y de que la gloriosa Sari Bell no había abierto aún la boca ni para decir ¡te adoro! a su compañero.

Desgraciadamente, yo no era Sari Bell, sino una pobre chica a la que habían contratado para «doblar» momentáneamente a la estrella en unas cuantas escenas. Una pobre chica que estaba contentísima por ganar aquel dinero extra.

— ...pero antes de responderme, piensa si no echarás de menos el lujo de tu antigua vida — continuó Gabriel Yuste con renovado entusiasmo.

Nuevamente estuve a punto de decirle que no podía echar de menos el lujo porque jamás lo había tenido y que si insistía mucho, estaba dispuesta a convertirme en la compañera de Tarzán. Me sentía realmente borracha de sol y con ganas de decir extravagancias.

— ¡Corten! — gritó en el mismo instante una ronca voz. Y el brazo de mi adorador se aflojó con tanta brusquedad que estuve a punto de caer al suelo. Se rompió el sortilegio, desapareció el paraíso isleño y me encontré en la pintoresca playa de la Costa Brava catalana, rodeada de todo el equipo de la M. C. E.

Allí estaba Galván, el director, cubierta la cabeza con un sombrero de paja rústico y vistiendo un *nicky* color esmeralda. Duhamel, el operador belga, con cara inexpresiva de jugador de póquer, camiseta amarilla y pantaloncitos cortos. Juanita Nosecuantos, la *script*, muy guapa, anotando cosas en el gran mamotreto del guión, que llevaba siempre consigo. Ibáñez, el operador, y luego el consabido grupo compuesto por los ayudantes del ayudante del ayudante. Formaban un conglomerado de González, López y Fernández imposible de catalogar.

Resguardándose del sol bajo una gran sombrilla de colores y confortablemente sentados en sillas de tijera estaban otros componentes de aquel variado surtido humano. Una mujer muy distinguida, alta y morena, vestida de blanco y con un caprichoso pañuelo anudado a la cabeza era Magda Carvajal, autora del argumento de *Cielo sin sol*, que había sido invitada por Galván a presenciar el primer golpe de claqueta. Parecía

simpática y sencilla, no obstante ser una escritora muy famosa. Debía de ganar mucho dinero, porque los críticos literarios se metían con ella continuamente.

A su lado, el jefe de producción, impecable con su chaqueta de deporte, sudaba por todos los poros. Y sentado sobre la arena, mi gran amigo Pompeyo Ponce, alias Pom-Pon, reparaba el desorden de su gran estuche de maquillaje. A él debía yo aquella oportunidad de trabajar en el cine.

— Ahora vamos a rodar el plano de la protagonista desmayándose sobre la arena — gritó Galván con su torrencial voz de bajo profundo —. No se mueva de donde está, señorita. Dé dos pasos hacia delante, como si tratara de seguir a alguien. Luego déjese caer en tierra. Un ensayo, por favor.

Obedecí mientras el corazón me latía como un reloj enloquecido. Lejos de la protectora presencia del galán, me sentía flaquear, pareciéndome que cada una de mis esbeltas piernas pesaban diez arrobas.

De reojo advertí que Pom-Pon, perdiendo todo interés por su estuche de cosméticos, me miraba sin pestañear... Y también Magda Carvajal, a través de sus gafas oscuras de forma original. Y, naturalmente, otros muchos pares de ojos, pues a pocos metros de distancia se hallaba un compacto grupo de lo que a primera vista pudiera parecer una tribu de salvajes y que estaba compuesto por un selecto grupo de veraneantes, actuando de mirones con incansable curiosidad.

Di dos pasos hacia delante según me ordenaran y me dejé caer en tierra.

— ¡No, no! Se ha dejado caer como un fardo... Recuerde que «no» es usted un saco de patatas, sino la juvenil enamorada que trata de correr en pos de su amado...

Enrojecí bajo mi maquillaje color ladrillo. Pom-Pon habíase empeñado en maquillarme, aunque no era necesario, puesto que sólo saldría de espaldas. El pobre imaginaba que aquélla iba a ser la gran oportunidad de mi vida y que me revelaría como una gran estrella. Íntimamente estaba yo segura de que no daría pie con bola, pues me azoraba terriblemente que me hiciesen irónicas observaciones en voz alta. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no correr hacia el agua y desaparecer en el horizonte a la velocidad de un bote a motor.

— Obsérveme a mí — ordenó Galván, que no tenía el menor sentido del ridículo. Avanzó dos pasos y con sus noventa y tantos kilos de peso se dejó caer al suelo. Sin levantarse, me miró como diciendo: ¿Ve usted lo bien que lo he hecho?

Del grupo de veraneantes cubiertos con estrambóticos trajes de baño llegaron rumores de risas. A través de mis pestañas rígidas por el rimmel, observaba que Pom-Pon me lanzaba angustiosas miradas cuyo significado era:

— ¡Tienes una oportunidad! No seas idiota. ¡Aprovéchala!

La aproveché. Traté de seguir las indicaciones del director. Al sexto ensayo se pudo tomar la escena. La repetí tres veces y se clasificó como buena.

Me levanté suspirando. Durante unos minutos habíame creído muy importante y muy Sari Bell, pero la realidad se impuso.

— Muchas gracias, señorita, en mi nombre y en el de Sari Bell — me recompensó Galván, abanicándose con su sombrero de campesino —. Nos ha sacado de un apuro a la Mundial y a mí. Ha sido una gran suerte que fuese usted el doble perfecto de nuestra estrella. Gracias a Dios, Sari se ha repuesto ya de la ligera insolación que la aquejaba y esta tarde no tendremos necesidad de molestarla.

— Ejem... Mi amiguita Lois está encantada de haberle sido útil a la Mundial — intervino Pom-Pon, que estiraba su horrible pañuelo blanco atado a la cabeza con cuatro nudos —. Supongo que se habrá dado cuenta del gran temperamento que posee. Un extraordinario temperamento. Llegará muy lejos... ¿No le parece que hará carrera...? Y debería usted oírla cantar. Un verdadero ángel. Se lo aseguro, señor Galván. Aquí hay un tesoro escondido...

Pero el señor Galván nos había olvidado ya, sin importarle los tesoros ni las chicas con voz de ángel. Después de indicarme que debía pasar por su hotel para que me pagaran, empezó a dar órdenes a diestro y siniestro, advirtiendo que tenían una hora de tiempo para comer. Sólo una hora. Era preciso aprovechar el sol.

Pom-Pom, sin arredrarse, continuó tras él:

— Pues como le decía, mi amiga Lois reúne tales condiciones que, por supuesto, no le interesa actuar como doble de ninguna estrella, ni siquiera de Sari Bell y...

— Sari Bell. Y a propósito, ¿dónde está Sari? ¡Ibáñez! ¿Dónde está Sari?

— En el Hotel Terraza. Le espera allí para comer.

— ¡Ah! Es cierto... ¡Magda! — Se dirigió a la escritora —. Supongo que tendrás apetito. Yo estoy hambriento. Almorzaremos en el Terraza con Sari. ¿Qué te ha parecido la escena de Yuste?

Nos había olvidado definitivamente. Pom-Pon apretó los puños y sus hirsutas cejas subieron y bajaron con desesperación. Las cejas de Pom-Pon, que se destacaban en su redondo rostro de luna llena, podían demostrar con un solo gesto alegría, furia o felicidad.

— ¡Gentuza! — dijo entre dientes mientras cerraba de golpe su estuche.

Aún pude oír las voces de la escritora y del director mientras se alejaban.

— ¿La escena de Yuste? Me he quedado sorprendida, te lo aseguro. Hablan de una isla desierta y en mi libro no se menciona ninguna isla, recuérdalo.

— Bueno, pero en el guión hemos tenido que hacer algunos arreglitos...

— Ni tampoco Rogelio quiere casarse con Elena. De quien está enamorado es de Ana.

— Sí, sí, querida. Ya lo sé, pero en mi guión Ana es una tonta sin el menor atractivo. Elena, en cambio, es todo un tipo. Necesitamos escenas fuertes, trascendentales, humanas. ¿Imaginas la formidable escena de Rogelio y Elena cayendo en brazos el uno del otro y renunciando a la civilización? Será un símbolo, ¿comprendes? Ahora todas las películas tienen que llevar un mensaje.

— ¿Un mensaje de qué...?

— De cualquier cosa... De heroísmo, de renunciamiento, de ferocidad. De lo que sea. Hay que echarle un poco de pimienta al argumento.

— Recuerda que el público ya había comprado noventa mil ejemplares de mi libro antes de que tú pensaras en hacer una película con él.

— Ya lo sé, encanto mío, ya lo sé. Pero ¿qué tiene que ver tu libro con mi película?

— Eso es precisamente lo que yo me estoy preguntando.

— Fue necesario darle carne y sangre al papel de Sari. Es el lanzamiento de la chica, ¿comprendes? Es preciso que tenga un éxito. Las escenas del naufragio serán extraordinarias.

— En mi libro no hay ningún naufragio.

— Tuve que ponerlo en el guión... Sari naufragó, llega a la isla y tras unos días horribles y solitarios comiendo dátiles, encuentra la cabaña y dentro de ella *¡al hombre!* Imagina el soberbio plano. La cámara sigue a Sari Bell, con su vestido hecho jirones. Primer plano de sus pies ensangrentados. Avanza. Cae. Avanza. Cae. Al fin llama a la puerta. Primer plano de Yuste. ¡Estupor! Hace años que no ha visto un ser humano. Y se encuentra con Sari Bell, la reina del *glamour.* El público se levantará del asiento cuando ellos se miren.

— ¡Con tal de que no se levanten buscando la salida...!

Se alejaron en dirección al Hotel Terraza, seguidos de sus sombras proyectadas en la arena caliente.

Mientras Pom-Pon rompía en denuestos contra «los estúpidos incomprensivos que pasaban al lado del verdadero arte sin verlo», me despojé de la falda y de la blusa de Sari Bell y se la entregué a uno de los ayudantes del ayudante del ayudante, quedando con mi traje de baño blanco.

— No te disgustes, Pom-Pon — dije risueña, pues la alegría de la radiante mañana se introducía en mis venas —. He conseguido ganar unas pesetas con las que no soñaba hace un par de horas, cuando vine a engrosar el grupo de mirones. Ha sido una suerte que estuvieses aquí y que a Sari Bell le diese un patatús.

— ¡Sari Bell! Puag... Un verdadero macaco sin el menor talento. Es la última debilidad de Galván. Será un fracaso, te lo anticipo. — Cambió de tono y recobró su habitual buen humor —. Me hubiera gustado ir a comer al campamento con vosotros, pero no hay tiempo. ¿Dónde habéis instalado las tiendas...?

Señalé un punto lejano al otro lado de la bahía.

— En la falda de aquel pinar. Si te quedas algunos días, no dejes de aparecer. Asaremos diez corderos en tu honor y abriremos veinte botellas de

vino. Toda la «Familia Útil» se alegrará de recibirte. Ahora me marcho, gordito mío. Mil gracias por todo. ¡Hasta pronto!

Corrí hacia la orilla, pisando las algas que resbalaban bajo mis pies. Me causaba delicia el contacto con la arena húmeda y respiré a pleno pulmón la brisa fresca que traía todos los aromas del verano. Con un ágil salto me sumergí en la deliciosa sábana azul turquesa y nadé en dirección al promontorio.

En resumidas cuentas había sido una mañana estupenda, llena de emociones. Y todo gracias a mi fiel Pom-Pon, uno de mis amigos más queridos. Durante el invierno Pom-Pon ocupaba uno de los abominables cuartos de la «Pensión Revuelta», que de momento era también mi único hogar. La pensión merecía en verdad el nombre de «revuelta», ya que entre todos habíamosla convertido en un adorable caos, en el que vivíamos felices. Estaba regentada por doña Manuela, la respetable viuda de un guardia civil, quien, además de poseer un corazón de oro, tenía una pata de palo que la diferenciaba de todas las patronas de casas de huéspedes, sacándola de la vulgaridad. Doña Manuela había perdido la pierna en un accidente y todos estábamos de acuerdo en que el toc-toc de su pata por los pasillos constituía un encanto más de la pensión.

Nadé de prisa, mientras calculaba lo que me pagarían por mi trabajo de «extra» cinematográfica. Aquellas pesetas se unirían a las que ya guardábamos en la «Hucha Pro Liberación».

La frescura del agua resultaba deliciosa tras el ardiente sol cogido durante toda la mañana.

Aún me parecía oír las frases apasionadas de Gabriel Yuste. Cualquier otra muchacha habría soñado aquella noche con ellas, pero yo no. Desgraciadamente había ya un hombre que acaparaba mis sueños, llenándolos muchas veces de pesadillas.

Alcancé al fin el promontorio y me así a las rocas, evitando poner el pie sobre los erizos adheridos a ellas. El promontorio dividía en dos mitades la bahía y la playa, con lo cual el pueblo conseguía tener dos playas independientes: refinada y moderna una de ellas, tosca y primitiva la otra, como dos hermanas casadas que estuviesen en diferente posición social.

La playa en la cual había yo debutado como artista de cine pertenecía a la parte primitiva del pueblo y junto a ella se extendía la pintoresca aldea pesquera, con sus casitas blancas, sus calles estrechas y su tosco pavimento alfombrado de redes puestas a secar. Sobre una colina alzábase la bella iglesia, con sus capiteles góticos que atraían gran número de turistas.

Hacia la otra playa se extendía el pueblo moderno, ocupado por los veraneantes, mostrando la imponente mole del Hotel Terraza, enclavado sobre el mar.

La playa nueva estaba llena de gente, bajo los toldos de colores y dentro del mar, nadando o navegando en piraguas y patines. Con la mano a guisa de visera traté de distinguir entre la abigarrada multitud de salvajes elegantes la silueta llamativa de Víctor. Le vi en seguida, en la orilla del agua, sujetando su patín a vela para impedir que las olas lo arrastraran hacia dentro. A su alrededor se apiñaba un grupo de chicas.

Cada persona tenía un sino y el de Víctor era el de atraer las miradas femeninas dondequiera que estuviese. Aquello hubiera podido hacerme sufrir horriblemente si Vic hubiese tenido en sus venas un solo gramo de frivolidad o de vanidad masculina. Pero respecto al amor, era el hombre más serio entre todos los hombres serios del mundo. Odiosamente serio, con una seriedad que me estaba matando, porque yo también era víctima de su seriedad inhumana.

Cuando me acerqué, advertí lo bonitas que eran todas las muchachas. Pero las palabras que él pronunciaba carecían de aquella famosa pimienta de que hablara el director Galván.

— Son exactamente dieciocho pesetas, señorita. Alquiló usted mi patín durante doce minutos. Y usted, señorita Álvarez, me debe veinticinco, por el alquiler de ayer y las fotos que le saqué. ¡Ah! No. Son cincuenta, teniendo en cuenta las lecciones de natación... Esta tarde no alquilaré el patín si salta la tramontana. Es peligroso...

Me acerqué, cogiéndole familiarmente del brazo.

— ¡Hola, Vic!

Se volvió sonriente, olvidando al encandilado grupo femenino.

— ¡Hola, preciosa! ¿De dónde sales? No te he visto en toda la mañana.

Al menos, se había dado cuenta de mi ausencia. Menos mal.

— Ahora te contaré mi aventura. ¿Vamos al Campamento...?

— Sube.

Empujó el patín y «zarpamos» alegremente. Tumbada boca arriba, contemplé el alegre ir y venir de las gaviotas, sintiéndome feliz porque Vic había notado mi ausencia. Él maniobraba con la vela, y por suerte el viento soplaba en buena dirección.

— ¿Vendiste todas las bolsas de merienda? — preguntó.

— Todas. A las once ya no quedaba una y además..., ¡asómbrate!, he debutado en el cine.

Vic tenía la costumbre de no sorprenderse por nada. Aceptaba las cosas más asombrosas con increíble naturalidad.

— ¿Ah, sí...? — repuso esquivando el paso de un *snipe* —. ¿Cómo ha sido eso?

Se lo conté, añadiendo una gran dosis de emoción e interés y subrayando el hecho de que Gabriel Yuste me hubiera tenido entre sus brazos diciéndome frases de amor.

— ¿Y cómo te sientes ahora...? — fue su desconcertante pregunta.

Me incorporé a medias.

— ¿Sentirme...?

— Claro. Después de probar el veneno del cine y todo eso...

Volví a tumbarme boca arriba.

— Me siento muy tranquila. Si me ofrecen un contrato en serio, estudiaré el asunto. El director me ha dicho que tengo una personalidad excepcional y Gabriel Yuste dice que... — dejé oír una risita maliciosa —, claro que no hay que hacer caso a Gabriel. Es demasiado impulsivo.

Seguí riendo como si disimulara algún secreto sólo compartido por el actor y por mí. Trabajo inútil. Jamás conseguiría despertar los celos de Vic, que de nuevo sólo se preocupaba por la vela. Seguramente ni había oído el final de mi frase ni las interesantes sugerencias que dejara flotando en el aire.

Le miré con rencor, pero poco a poco mi mirada se dulcificó, como siempre que le contemplaba. Era un estupendo ejemplar de la raza humana. Alto, rubio, atlético, podría haber hecho fortuna eligiendo cualquier faceta frívola de la vida, pero él habíala tomado terriblemente en serio, caminando

inalterablemente hacia un determinado objetivo: acabar su carrera de medicina y especializarse en cirugía. Nada en el mundo le interesaba aparte de esto. Trabajaba en mil cosas diversas para costearse los estudios, pues era pobre como una rata. Tan pobre como yo.

Jamás podría olvidar aquella mañana en que vestida de novia, con un velo de tul y ramo de azahar, le viera dirigirse a mí, impecable con su chaqué y su chistera, ofreciéndome el brazo, sonriente. Una falsa sonrisa que hizo exclamar al fotógrafo de la Agencia Publicitaria para la que trabajábamos:

— ¡Pero oiga, joven! ¿Es ésa su opinión acerca de la sonrisa de un novio? Parece como si le dolieran las muelas...

Frase que me hizo reír y lanzar una sonrisa amistosa al compañero con el cual iba a «posar» por vez primera, anunciando las baterías de cocina «SUPER-EXTRA », cuya propaganda decía: «La felicidad al alcance de los enamorados», bajo la foto nupcial.

Aquello fue el principio de una gran amistad por parte suya. De un gran amor tormentoso por la mía. Amor jamás confesado, naturalmente.

Vic arrió la vela.

— Salta. Yo me ocuparé del patín.

Salté, mojándome de nuevo y avanzando sobre la arena en dirección al pinar, en uno de cuyos claros divisábanse dos tiendas de campaña, una cuerda tendida con ropa puesta a secar y un gran cartel clavado en un árbol con la siguiente inscripción:

CAMPAMENTO DE LA «FAMILIA ÚTIL»

Mirando alrededor grité:

— ¿Dónde estáis? ¿No hay nadie aquí...?

Y casi en el acto, Tesa apareció alzando un extraño revoltijo que tenía entre las manos.

— ¡Hola, chicos...! Estoy concluyendo de bañar a este tesoro. La comida ya está lista.

El tesoro en cuestión se agitó, lanzó un par de ladridos y consiguió liberarse momentáneamente, siendo perseguido por la enérgica Tesa,

pintorescamente vestida con un mono azul marino, una blusa de lunares y un abigarrado pañuelo atado a la cabeza.

La primera vez que se veía a Tesa, no podía dejar de pensarse que el Sumo Hacedor había empleado en su construcción el doble del material que en cualquier otro ser humano. Era muy alta y muy gruesa, aunque bien proporcionada. Frisaba en los cincuenta años y poseía un rostro inteligente, de fealdad simpática. Los movimientos de sus grandes manos y de sus enormes pies eran torpes y sin gracia. Ella lo sabía y tomaba su desquite con la sonrisa, de irresistible simpatía, que le captaba montones de amigos. Compartíamos el mismo cuarto en la «Pensión Revuelta» de Barcelona, donde residíamos en invierno, porque así nos salía más barato, y nuestra amistad había alcanzado tal grado de perfección que solíamos estar juntas tardes enteras sin dirigirnos la palabra, en un silencio confortable que calmaba los nervios de dos trabajadoras tras un día agotador. Padecía de los pies y cuando yo regresaba a casa antes que ella, ponía agua a calentar en un infiernillo de petróleo para que se diese su cotidiano baño de saltratos. Por su parte, Tesa estaba pendiente de mis catarros y me ponía unas cataplasmas de su invención, apestosas pero eficaces, en cuanto yo mostraba el menor signo de carraspera. Decía Tesa que las vacunas que me recetaba Vic no servían para nada y a su vez éste ponía el grito en el cielo quejándose de que el olor del ungüento llenase toda la pensión y me transformara durante varios días en una compañía poco fragante. Pero Tesa, obstinada, encendía el hornillo, mezclaba extraños potingues y conseguía aquella cosa pringosa de aspecto alucinante que me curaba las bronquitis.

A su modo, Tesa era un gran personaje. Trabajaba también en la Agencia Publicitaria, de la cual era la máxima estrella. Había conseguido hacer famosa su robusta personalidad y en muchas revistas aparecía su rostro risueño sobre el epígrafe: «Tesa también posee una nevera ruiz» o «Tesa viaja en los aviones de la A. I. R. E.».

El éxito de Tesa permitíale vivir con un poco de bienestar, entendiéndose por tal un abrigo cada dos años, un traje sastre hecho por el sastre, una butaca en un teatro todas las semanas y una visita anual a Galicia, a abrazar a una hermana monja residente en aquellas tierras. Ni cochecito descapotable, ni abrigo de visón, como ocurría en Norteamérica.

Últimamente, la agencia habíala emparejado con Delfín Pozo, otro pequeño astro fotográfico, convirtiéndolos en la «Pareja Modelo», cuyas historietas se incluían cada vez más a menudo en las revistas caras. Delfín y Tesa se sonreían en los retratos asegurando que su hogar era delicioso gracias a las alfombras Suárez y que no habían vuelto a estar tristes desde que compraron la radiogramola Iris y el insecticida Vélez. Eran para el público la representación del matrimonio maduro, alegre y feliz.

En la realidad no eran matrimonio ni estaban bien avenidos. Ni siquiera podía considerarse a Delfín un personaje alegre, ni medianamente dichoso. Como se apellidaba Pozo y tenía un genio insoportable, llamábamosle el «Pocito de las Furias», lo cual le irritaba y le hacía subir la presión arterial. Tenía una cantidad de amor propio que desbordaba dentro de su cuerpo pequeñín. Era el último componente de nuestro cuarteto veraniego y continuamente repetía que si había venido con nosotros era por necesidad de trabajar y no por su gusto.

Sin embargo, la idea de aquel campamento de la «Familia Útil» había partido de él, durante una tarde de lluvia invernal, a la salida de la Agencia. ¿Por qué no aprovechar las vacaciones de verano para reunir nuestros esfuerzos y ganar dinero...? Haríamos un fondo común al que contribuiríamos cada uno con la máxima energía.

Al principio la idea habíanos parecido absurda. Pero tras infinitas discusiones se estaba poniendo en práctica con brillante éxito.

Delfín no vivía afortunadamente en la «Pensión Revuelta», sino en un pequeño piso, atendido por una sobrina horrible con cara de mártir, que parecía lanzar un S. O. S. al mundo, suplicando que matasen a su tío y la liberaran. Hasta el momento nadie había atendido sus súplicas y el «Pocito de las Furias» continuaba vivito y coleando.

Apenas mediría un metro y medio, llegándole a Tesa por debajo del hombro, lo que divertía al público. Había sido rubio, pero ahora era calvo. Tenía un cutis rosado de querubín y marchitos ojos azules. Se parecía un poco al enano gruñón de Blanca Nieves, en la película de Walt Disney. No representaba los cincuenta y cinco años que malévolamente confesaba su sobrina. Era delgadito como un tubo, llevaba siempre la cabeza muy erguida para semejar más alto y sus cóleras eran el espectáculo más

divertido que me fuera dado contemplar. Nadie las tomaba en serio, excepto la pobre sobrina. Y así estaba ella. Los demás nos reíamos mucho, lo cual le destrozaba la moral.

Vic trabajaba sólo ocasionalmente en la Agencia, cuando la necesidad de dinero era muy apremiante. El resto del tiempo lo pasaba en la Facultad o en un hospital haciendo prácticas.

Vivía también en la inevitable «Pensión Revuelta», a la que se había mudado a instancias de Tesa — sugeridas por mí —, y a menudo envidiaba yo al esqueleto terrorífico que tenía en su cuarto, al cual quería con veneración. Era un esqueleto femenino que alguien le regalara y que a su llegada casi produjo un colapso a la criada y un ataque a doña Manuela, cuya pata de palo adquirió un tic nervioso, como el golpeteo de una ametralladora.

Como a todas les infundía miedo, era yo la encargada de limpiar el polvo a «Mimitos», nombre con el que bautizamos al desagradable manojo de huesos. En cierta ocasión se me cayó encima y estuve tres noches sin poder dormir. En cambio, mi impasible Vic se acostaba diariamente frente a él — es decir, frente a ella —, y seguramente le lanzaría una última mirada complacida antes de cerrar los ojos.

Mi esqueleto, discretamente recubierto, no le interesaba lo más mínimo. «Mimitos» era mi rival triunfante. ¿Cómo luchar contra una enemiga así? A pesar de mis escasos cincuenta kilos bien repartidos, empezaba a tener «complejo de carne». Me la hubiera arrancado a tiras dejando mis huesecitos al aire, para luchar con «Mimitos» en un duelo espeluznante. Dalí hubiese hecho prodigios con esta escena, sobre un fondo absurdo de alcachofas, melocotones, niños de marinera y mariposas extrañas.

La sugerencia de Pocito de formar «una colonia veraniega compuesta por cuatro», con objeto de ganar dinero, fue sometida a discusión y aprobada al fin tras grandes discusiones. De común acuerdo abandonamos Barcelona y nos dirigimos a una de las cercanas playas de moda, instalando las dos tiendas de campaña a veinte metros de distancia. La más espaciosa era ocupada por Tesa y por mí. En la otra convivían el «Pocito de las Furias» y Vic. Dentro sólo teníamos dos colchonetas, una mesita portátil y dos cajones que servían de sillas y de armario. También poseíamos un

hornillo de petróleo que de vez en cuando nos daba sustos y unos cacharros de plástico de alegres colores.

Trabajábamos en todo lo que podíamos. Vendíamos meriendas, alquilábamos patines y piraguas, hacíamos fotos, pintábamos tiestos de barro y los vendíamos a precios absurdos, dábamos lecciones de natación y un sinfín de cosas más, todas al servicio de los veraneantes, que en verdad acudían a nosotros porque hacíamos honor a nuestro título de «*Familia Útil*». Si algún matrimonio quería irse a bailar una noche y no tenía quien cuidara de sus niños, Tesa y yo nos encargábamos de las criaturas hasta el regreso de los juerguistas papás.

Para los fines de semana habíamos conseguido un contrato imponente. Modestia aparte, habíalo conseguido yo, por mi amistad con Pepe Vilar. La casa de automóviles en la que Pepe trabajaba como director de publicidad acababa de lanzar un nuevo modelo de coche-caravana que convenía exhibir. Y nosotros lo exhibíamos los sábados y domingos, haciendo un recorrido por las playas de la Costa Brava. En las fotos de publicidad que se nos hizo para la prensa figurábamos como «La Familia Feliz». Un nuevo título que fingía unir con vínculos familiares, una vez más, a cuatro personas tan dispares como nosotros.

Todo cuanto ganábamos era reunido en un fondo común denominado «Hucha pro Liberación».

La liberación económica significaba algo diferente para cada uno:

Libros de estudio para Vic, y un brillante título de doctor.

Una casita de campo para Tesa, con gallinas para criar.

Un viaje a la India para el «Pocito de las Furias». Todos ignorábamos por qué la India constituía el ideal de Pocito, pero era así. Hablaba de los maharajás, de los intocables y de los brahmanes como si fuesen íntimos amigos suyos.

Me avergonzaba confesar que para mí el dinero sólo significaba... vestidos bonitos con que atraer a Vic. Al imperturbable Vic, que sólo pensaba en jugos gástricos, en fístulas, en hígados putrefactos y en huesos supurantes.

Yo también tenía mi idea fija. Fija y atormentadora.

Ayudé a Tesa a perseguir al perro por el pinar, un *cocker* juguetón que se nos escurría de entre las manos. Al fin le dimos caza.

— ¿De dónde lo has sacado?

— Del Hotel Terraza. Pertenece a una francesa muy elegante. Y tengo por ahí ocho perros más. ¿No los oyes? — Me di cuenta en aquel instante de la algarabía reinante —. Tendremos que bañarlos con jabón especial.

— ¿Tendremos...?

— Sí, rica. Lavar nueve perros yo sola sería una vida demasiado perra. Se me ocurrió la idea de repente. Toda la gente de los grandes hoteles tiene perros a los que adoran más que a sus propias vidas. Como el aseo de los perros es un asunto de interés incalculable, nosotros podemos facilitarles la tarea. Puse un anuncio en el vestíbulo del hotel... y éste es el resultado. Somos «lava-perros» oficiales. Para mañana me han prometido seis más. Vic tendrá que hacer un pequeño cobertizo con alambradas para que no se escapen. Ahora los tengo atados. Ven a verlos.

Allí estaba toda la familia canina, entre el pinar. Empecé a reír y los perros ladraron más fuerte.

— Lo más difícil es acordarse del nombre de cada uno. Hoy lo he fiado a la memoria, pero tendremos que apuntarlo — siguió Tesa —. Éste es *Campeón,* de la señora Albert. Éste, *Grosella,* del marqués de Vierna. Y éste, *Butifarra,* del futbolista Pototo. Espera, no sé si es *Butifarra* el del marqués y *Grosella* el de Pototo o...

— *Butifarra* es un nombre bastante ordinario para el perro de un marqués.

— No te fíes de eso... A veces hay cada sorpresa... Ésta es *Mariposa,* o mejor dicho *Butterfly,* porque pertenece a una inglesa. Es una birria, ¿verdad? Y este paquidermo a manchas blancas y negras, *Bête.*

— ¡Santo Dios! ¿Cómo te has hecho cargo de este animal tan grande? — me horroricé —. Cuando lo desatemos nos va a devorar.

— No lo creas. Es muy manso, a pesar de su apariencia terrorífica. Pertenece a un barón austríaco... De todos modos, tendremos que bañarlo con la ayuda de Vic. Pocito ha dicho que es alérgico a los perros y que no quiere saber nada de este asunto. Se ha puesto hecho una furia. Como sea verdad lo de la alergia se nos va a morir, porque no estoy dispuesta a

renunciar al negocio. Va a resultar una mina de oro, ya lo verás. ¿Sabes cuánto nos pagan por cada baño? — citó una cantidad —. Comprenderás que por ese precio soy capaz de meter y sacar perros de la tina de agua como si estuviese «amok».

Me puse contenta. Tesa y yo éramos así. Todo acontecimiento que diera sal a nuestra vida y dinero a nuestros bolsillos era aceptado con delirante felicidad. Al ver mis brincos de júbilo, me propinó un cariñoso golpe en la espalda que casi me lanzó al suelo. Los nueve perros ladraron a la vez y Vic salió de su tienda, donde estaba cambiándose de ropa, creyendo que había llegado el Juicio Final. Hubo que explicarle el nuevo negocio. Le encantó. Siempre había sido un hombre «perruno», según frase de Tesa, que calificaba así a los muchachos que en cuanto veían un perro se tiraban sobre la alfombra a jugar con él. Prometió que bañaría a *Bête*..., siempre que yo me mantuviese alerta con el fusil preparado.

Por el sendero que atravesaba el pinar, apareció nuestro «Pocito de las Furias» con una sierra en una mano y un martillo en la otra, rojo de cólera ante el «crescendo» de ladridos.

Accionando temerariamente con la sierra, aseguró que no estaba dispuesto a tolerar aquello. Luego, enarbolando el martillo, juró y perjuró que por lo menos siete de los nueve chuchos estaban rabiosos. Y que en 1950 había visto morir de rabia a un sobrino del jefe de la oficina y que aquello resultó dantesco.

No calló hasta que, sentados alrededor de la temblequeante mesa portátil, Tesa empezó a distribuir la comida, llenando hasta el borde nuestros platos de plástico verde. Había hecho un estofado de cordero delicioso, el guiso predilecto de Pocito. Al principio de nuestra instalación, Tesa y yo nos turnábamos para guisar. Después se elevaron súplicas para que yo cediera mi turno, lo cual hice de buena gana. Cuando estaba de buen humor, Tesa guisaba de maravilla. Cuando se enfadaba, teníamos que abrir latas de conserva.

— Estofado... — susurró Pocito con un leve temblor en las aletas de la nariz. Era su modo de enternecerse.

— Decidí poner cordero para disponer de huesos con que congraciarnos con los perros — dijo Tesa echando un jarro de agua fría sobre la

suposición de que pretendiera agradarle —. ¿Os dais cuenta del dineral que nos supondrán los chuchos? ¡Y encima hay quien no agradece la idea!

— Los perros propagan toda clase de enfermedades y yo no estoy dispuesto a arriesgar mi salud por culpa de una mujer inconsciente. Un amigo mío murió de...

— ¡Vaya! Ya salió la cruel historia de uno de sus infinitos amigos muertos. Debes de tener diez o doce cementerios repletos de tus amistades.

— Es de un gusto pésimo hablar de cosas tétricas cuando uno se dispone a comer con apetito... No sé a qué viene ahora mencionar cementerios...

— ...sobre todo cuando se están chupando huesos, aunque sean de cordero — intervine yo.

Vic no hablaba. Comía en silencio, pensando en sus cosas. Pero... ¿cuáles serían sus cosas? No pude contener la pregunta:

— ¿En qué piensas..., Vic?

Me miró casi como si no me conociera, regresando al mundo real con un gran esfuerzo.

— Me hice amigo esta mañana de un tipo muy simpático a quien alquilé el patín. Es un médico de Barcelona que veranea aquí con su familia. Prometió llevarme una tarde a visitar un sanatorio que posee aquí cerca.

¿Cómo había podido temer yo que pensara en alguna chica? Casi lo hubiera preferido, porque aquello le habría humanizado.

— Un sanatorio soberbio que tiene las instalaciones más modern... — se detuvo —. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Debía de estar mirándole con el ceño fruncido y gesto perverso. Me eché a reír.

— No pasa nada. Te escuchaba.

— Tienes un modo muy raro de escuchar. A veces me miras como si me odiases.

— ¡Odiarte!

Me eché a reír. Él rió también y me dio un golpecito en un hombro y luego me alborotó el pelo, gesto que viniendo de otra persona me hubiese enfurecido, porque había estado colocando pacientemente mis ondas y rizos en posición adecuada para que se secaran al sol, tal como debían secarse. Pero de Vic todo me gustaba. ¡Hasta aquello, que era lo más torpe que un

chico podía hacer! El resto del día tendría que pasearme con cabeza de leona, pero no importaba.

— Vic, corta el melón — pidió Tesa —. Ya que eres cirujano, desahoga tu morbo partiendo unas hermosas rajas.

El melón era dulce, jugoso y frío como debía ser un melón que cumpliera con su deber. Después de tomar dos enormes trozos, me tumbé sobre las agujas de pino, incapaz de moverme. Había engordado ya un kilo, pero aún podía permitirme engordar dos más, pues me había quedado esquelética para hacer competencia a «Mimitos».

— ¿No me ayudas a recoger las cosas, holgazana? — se quejó Tesa sin enfadarse.

— Sí... Ya voy... — gemí —. Estoy un poco cansada del baño y de tanto sol.

Vic se levantó en el acto.

— No te muevas. Yo ayudaré a Tesa.

Él era así de encantador. Por eso yo le adoraba.

El «Pocito de las Furias» se retiró a su tienda, como un gran jeque ofendido, y continuó trabajando en la confección de barquitos de madera que luego conseguía meter dentro de las botellas. De momento fabricaba por encargo de un cliente un delicioso velero bergantín, que me hacía recordar aquello de:

Con cien cañones por banda,
viento en popa, a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín.

Me hubiese gustado vivir en aquella gran época de los piratas y que Vic hubiera surcado los mares conquistando presas a sangre y fuego. Yo, naturalmente, no habría tomado parte en los desembarcos peligrosos, quedándome a bordo en espera de que depositase el botín a mis pies. Perlas para mi garganta, rubíes para mis orejas, esmeraldas para mis dedos, brillantes a montones, y un enorme topacio que pareciera absorber la luz del sol...

Oía las voces de Vic y Tesa, entremezcladas con el ruido de los platos. Hablaban del precio del cordero, dos pesetas más caro que el día anterior.

Decidí dormirme, abominando de la vulgaridad de la vida.

Desperté estornudando. Alguien me hacía cosquillas en la nariz con una brizna de hierba. Me incorporé con los huesos doloridos. La madre tierra era dura para la siesta.

Vi a Pepe Vilar, que inclinado hacia mí se reía de mi sopor.

— ¡Hola, guapísima!

— ¡Vaya un modo antipático de despertar a la gente, caramba! — Estornudé una vez más. Pepe sacó su pañuelo e hizo ademán de sonarme, lo que yo evité con terrible dignidad, poniéndome en pie y sacudiendo mi falda de cretona, de la que cayeron hormigas, hojas de pino y arena —. La próxima vez, prueba a despertarme con un cubo de agua fría en la cabeza. Quizá resulte bonito también.

— ¡Hola, fierecilla! Aún no me has dado las buenas tardes.

— Buenas las tenga usted, don José. ¿Qué hora es? Me parece que has venido demasiado pronto.

— Siempre te parece que llego demasiado pronto. ¡Qué poca suerte la mía! En realidad he venido antes de la hora para llevarte a tomar café al Hotel Terraza.

Como de costumbre, allí estaba ya el pobre Pepe Vilar, mi eterno admirador, suplicándome para que fuese con él a tomar algo a algún sitio. Era sábado y por la tarde partiríamos en el coche-caravana, dirigidos por Pepe, que era el jefe de la expedición publicitaria.

— Lo siento. No puedo acompañarte. Tengo que ayudar a Tesa a bañar a los perros.

— ¿Qué perros?

— Nuestros nuevos inquilinos. ¿No oyes la algarabía? Tenemos otro negocio más: «Perros. Importación y Exportación.»

Tuve que explicarle todo detalladamente. A Pepe le divertía extraordinariamente nuestro modo de vivir. Éramos para él un manantial inagotable de ideas nuevas

Decía que estaba enamorado de mí, por mi fogosa imaginación. Yo no estaba enamorada de él, aunque no supiera el motivo, porque era un

muchacho que podía gustar a cualquier chica. Alto, moreno y simpático, iba siempre admirablemente vestido. En los restaurantes pagaba la cuenta sin mirar detalladamente la factura, y en los bailes adivinaba cuándo me dolían los pies y quería ya marcharme a casa. Un acompañante perfecto.

Pertenecía a una familia muy conocida de Barcelona. No había querido estudiar carrera y se dedicaba a negocios por su cuenta, para demostrar al padre que sabía bandearse sin él.

Era el candidato preferido de Tesa para mi mano. Aseguraba que era un hombre «muy para mí», aunque yo jamás comprendía el significado de esta frase. Por otra parte, y para ser sincera, Pepe jamás se me había declarado en serio. Una mujer no podía creer que un hombre la pidiera en matrimonio porque de vez en cuando comentara riendo a carcajadas: «El día en que tú y yo nos casemos, nenita mía...» O, dirigiéndose a los demás con gran alborozo: «Lois sabe que me tiene cogido...»

En mi opinión, las declaraciones hechas a carcajadas no podían tomarse en serio. Pepe hubiera sido el primer sorprendido si yo le hubiese dicho de repente:

— Bueno. Pues *sí.*

Con seguridad, habría preguntado frunciendo las cejas y llevándose la mano al nudo de la corbata:

— ¿Sí, qué...?

— Que sí. Que nos casamos cuando tú quieras...

No conseguía que Tesa comprendiera ciertas sutilezas masculinas. Mi amiga jamás había tenido novio ni pretendientes. No comprendía que en la sociedad moderna había surgido un nuevo tipo de hombres, encantadores, galantes y obsequiosos que juraban amarnos... y que estaban dispuestos a jurarnos lo mismo durante veinte o treinta años de amistad.

Pepe era uno de aquellos terribles seres capaces de dejar solteronas a las mujeres: «los eternos planes». Un *flirt* de diez o quince años de duración, al cual su pareja no tendría derecho a reclamar nada porque jamás pasó a la categoría de «novio» y que al cabo del tiempo, cuando se diese cuenta de que la chica con quien empezara a salir años atrás se marchitaba, buscaría un nuevo «plan» con quien compartir los batidos de fresa en los cafés, la

emoción de los partidos internacionales de fútbol y la afición a coleccionar los últimos microsurcos.

En el diario de todas las muchachas del mundo yo habría mandado escribir con letras de oro:

«Novios, sí. Planes, no. ¡nos dejan solteronas!»

Con dulce sonrisa, ofrecí a Pepe:

— Si quieres ayudarnos a lavar los perros...

Se negó con viveza.

— Gracias. Prefiero mirar.

Fuimos hasta el extremo del campamento, donde Vic y Tesa habían preparado dos tinas llenas de agua templada y enjabonaban uno por uno a los chuchos, que parecían poco satisfechos de la operación.

— Jabón de azufre contra pulgas y garrapatas — explicó Tesa, salpicada de espuma hasta las pestañas —. ¡Hola, Pepe!

— ¡Buenas tardes, amigos! Agradable modo de divertiros, ¿eh...?

Vic sonrió. Una de las cosas que yo menos soportaba era la simpatía de Vic hacia mi admirador. Materialmente me echaba en sus brazos en todas las ocasiones, como el padre comprensivo que hubiera escogido un buen novio para su hijita y no desease que se le escapara. Favorecía nuestros encuentros y a veces cargaba con cualquier trabajo que me correspondiera, para que yo pudiese irme a bailar... con Pepe.

Inaudito. Horrible. Descorazonador.

Vic no podía demostrarme de mejor manera que yo no le interesaba lo más mínimo. Cuando hacía alguna de aquellas cosas atroces, le odiaba y dejaba de hablarle durante varios días. Hasta que él me cogía por los hombros y me preguntaba con la más absoluta inocencia:

— ¿Qué te ocurre, preciosa? ¿Estás enfadada?

Tenía que asegurarle que no. ¿Cómo explicarle que yo hubiese dado cuanto tenía por oírle decir con furia: «No salgas con Pepe. Odio a Pepe. Es un cursi. Odio a todos los hombres que te miran. Serás únicamente mía o de la tumba»?

En lugar de eso, una vez más dijo, agarrando al horrible chucho llamado *Butifarra,* que pugnaba por escaparse:

— ¿Qué hay, Pepe? ¿Qué novedades cuentas? Vienes de una elegancia deslumbradora. ¿Te has fijado, Lois?

Secamente repuse:

— Sí. Me he fijado. ¡Cómo no había de fijarme!

Y con inusitada energía agarré a *Mariposa* y la zambullí en la tina sin la menor piedad. Una vez, dos veces, tres veces...

— ¡Que vas a ahogar al animalito...!

La pobre víctima se escapó de entre mis manos y salió dando aullidos. Vic tuvo que darle caza y la volvió a traer llena de tierra y con tal expresión de pavor que empecé a besarla entre las orejas, pidiéndole disculpas.

Decidieron que lo mejor que podía hacer era sentarme en el suelo con una manta, e ir secando a los perros, peinándolos y perfumándolos.

Así lo hice. Algunos tenían unas lanas tan largas que daban ganas de hacerles trenzas o de recogérselas en «cola de caballo», lo cual les habría dado una apariencia muy moderna. No me permitieron que pusiera en práctica mis nuevas ideas revolucionarias acerca de «Peinados Caninos». El mundo evolucionaba muy lentamente y los genios llenos de ideas teníamos que someternos.

Cuando estuvo lista la primera remesa de perros secos, Pepe y yo quedamos encargados de llevarlos al Hotel Terraza, para repartirlos entre sus dueños y cobrar el dinero.

Me cambié de ropa y metí todo cuanto pudiera necesitar para el fin de semana en un pequeño maletín, ya que no volveríamos al campamento hasta el día siguiente por la noche, o quizás el lunes por la mañana. Teníamos alquilados los servicios de un muchachito del pueblo que se quedaba al cuidado de nuestras tiendas y enseres. Se llamaba Quimet, diminutivo de Joaquín en catalán, y era un chico pecoso y patilargo, para quien el pernoctar en el pinar debía de resultar una aventura fascinante. Hacíamos la vista gorda al hecho de que invitase a un par de amigos, siempre que no rompiesen nada y que no se comieran nuestras conservas. Por si acaso, Tesa las dejaba contadas.

Me miré en el pequeño espejo que habíamos colgado en el interior de nuestra tienda y me sentí satisfecha con el vestido que reservaba para las exhibiciones en el remolque. Era un conjunto de color rojo vivo, compuesto

de falda, blusa sin hombros, bolero y *short.* Podía hacer con él diversas transformaciones fascinantes.

Me anudé un pañuelo de seda natural negra en la cabeza, eché un vistazo al maletín para asegurarme de que había metido mi vestido estampado por si se presentaba ocasión de estrenarlo y eché a andar con Pepe y los perros, sujetos por sus respectivas correas.

Me di cuenta de que a Pepe no le hacían demasiada gracia los perros, pero por suerte su coche esperaba a poca distancia. Un coche gris con el cual yo tenía ya cierta intimidad. Sabía cerrar las portezuelas de un solo golpe, sin que Pepe tuviera que volver a abrirlas para cerrarlas bien. Aseguraba que el noventa y nueve por ciento de las mujeres tenían que dar dos o tres golpes antes de cerrar de verdad una portezuela. Y que el ciento por ciento recurría al hombre para que bajara o subiera las ventanillas de los trenes. Esta opinión me hería en ni dignidad femenina y hubiese deseado arengar a mis hermanas de sexo con objeto de organizar un «Movimiento pro ventanillas y portezuelas bien abiertas y bien cerradas». Era bochornoso que *ellos* nos creyesen tontas por no cuidar estos importantes detalles.

Nuestra llegada al Hotel Terraza causó sensación. Un hotel recién inaugurado, cuyo arquitecto era indudablemente mi alma gemela. Yo habría edificado un hotel idéntico. Se alzaba sobre un promontorio al borde del mar y tenía románticas terrazas exactamente donde debía tenerlas, un jardín de palmeras cuajadas de dátiles y una piscina en forma de herradura, que por las noches se iluminaba por debajo, haciendo semejar gigantescos gusanos de luz a los bañistas.

Todo el mundo parecía estar en el jardín. Algunas parejas bailaban en la pista a los acordes de una orquesta. El «animador» que cantaba en aquel instante no debió ser del agrado de los perros, porque comenzaron a ladrar a la vez y todas las cabezas se volvieron a mirarnos.

A pesar de que Pepe trabajaba en la publicidad, comprendí que la publicidad aquella no le gustaba en absoluto. Se puso nervioso y enredó todas las correas. *Bête,* con sus ladridos cavernosos a tono con su tamaño, arrastró al resto de la jauría hacia una mesa en la que quedaban restos de pasteles. Un camarero acudió presuroso a ayudarnos. Hasta los músicos

prolongaron una nota cincuenta segundos más de lo debido para enterarse de lo que ocurría.

Por fortuna, dos elegantes señoras reconocieron a sus adorados animalitos y nos libraron de ellos. La dueña de *Mariposa,* la perrita blanca, era tan parecida a ella que tuve que ahogar un grito de asombro. La misma boca saliente, los mismos ojos de bordes rosados, el mismo cabello blanco lanudo. Incluso llevaban un collar casi idéntico. Me sorprendió cuando habló en vez de ladrar. Resultó ser una señora bastante simpática que me pagó en el acto. Para serle agradable, me despedí de la perrita con una caricia, sin hacer caso de la torva mirada del animalito, que aún se acordaba de las zambullidas en la tina.

Pepe seguía avergonzado.

— No me vuelvas a pedir que te acompañe como repartidor de perros, encanto. Me están estropeando el traje nuevo.

Me apiadé de él y le dije que me esperase en el jardín hasta que acabase la misión encomendada.

Grosella resultó pertenecer a alguien de la pandilla cinematográfica. Ante mi gran amargura, nadie me reconoció como la «estrella» de por la mañana. Solamente un ayudante de dirección, con la nariz quemada por el sol, lanzó un silbido a mi paso y trató de invitarme a un *coctel.*

Entré en el enorme vestíbulo, fresco y acogedor, y pregunté en el *comptoir* por el barón von Thaler, dueño de *Bête.* El conserje interrumpió su agitada discusión que sostenía con una señora muy guapa que al parecer había perdido algo, telefoneó al barón y me comunicó el ruego de que subiera el perro a la habitación número 10 del primer piso.

Fue el propio barón quien nos abrió la puerta. *Bête* se abalanzó sobre él y durante unos minutos asistí a un torneo cariñoso entre hombre y perro. Al fin, calmando el histerismo de *Bête,* el barón se volvió hacia mí.

— Perdone... No se quede en la puerta. Tenga la bondad de... — se detuvo, mirándome de arriba abajo, con expresión complacida. Celebré haberme puesto mi conjunto rojo y estar tan elegante como un figurín de *L'Officiel.* A la vez pensé en que si todos los varones austríacos eran como aquél, yo había malogrado mi vida, no visitando Austria. Allí estaba mi pareja ideal para bailar el *Danubio Azul.*

Avancé por el saloncito y el barón me hizo un sitio en el sofá apartando el montón de revistas extranjeras que lo cubrían.

— Por favor, siéntese un minuto. ¿A qué debo el honor de que usted me haya traído mi perro? Lo confié a cierta gente para que lo bañara y...

Sonreí.

— Yo soy «cierta gente». Ayudé a bañarlo. Fue una dura lucha, pero ganamos.

Me miró nuevamente de arriba abajo, sonrió también y alzó una ceja.

— ¿Usted...?

— Siento no haber traído las tarjetas que me acreditan como bañadora oficial de perros, pero crea que no le engaño. Formo parte de la «Familia Útil» que ocupa el campamento del pinar. Hacemos toda clase de trabajos para los veraneantes... — tosí —, o casi todos.

Se echó a reír y se sentó frente a mí sobre una mesa bajita, rodeando con su brazo el cuello de *Bête.* Era un maravilloso galán de película en tecnicolor. Alto, de tez bronceada por el sol y cabello dorado, de un oro llamativo de veinte quilates. No tendría más de treinta años. Cuando se reía representaba diecinueve. De repente, comprendí por qué me gustaba tanto. Se parecía terriblemente a Vic. Un Vic con sentido del humor, sin la manía de tomarse la vida demasiado en serio. Al barón von Thaler jamás se le habría ocurrido convivir con un esqueleto.

Vestía un pantalón y una camisa de manga corta color canela y rodeándole el cuello a guisa de bufanda lucía un extraordinario pañuelo de seda natural, verde rabioso con pintitas canela. Un conjunto fantástico... que Vic habría considerado rebuscado, porque Vic siempre decía que él era «un macho puro sin debilidades femeninas», y tachaba de debilidades femeninas el ir excesivamente bien vestido. Un absurdo que constituia un espinoso tema de discusión entre nosotros.

— De modo que es usted un delicioso ejemplar de muchachita trabajadora, entre este mundo frívolo de ociosos. — Hablaba un español exótico, aunque bastante correcto, arrastrando las erres y suavizando las eses —. He oído contar muchas cosas acerca de ese campamento tan original.

— Casi todas las tardes tenemos allí un grupo de curiosos que nos miran como si fuésemos la tribu de «Pantera gris» o de «Alce blanco». Particularmente los niños con sus niñeras. Se sientan en un buen lugar estratégico y sacan sus meriendas.

Omití decirle que el «Pocito de las Furias» padecía ataques de rabia furiosa y se escondía para tirar piñas secas a las criadas con objeto de que se marcharan. Una niñera se alejó en cierta ocasión llorando a gritos y por una vez fue el niño quien tuvo que consolar a la chacha.

— No sé si a partir de esta tarde resistiré yo la tentación de ír también a mirarlos. A mirarla — puntualizó, como si sus ojos no hablasen ya suficientemente claro —. Además, *Bête* querrá volver a bañarse, con seguridad.

— Nuestros cuartos de baño perrunos están siempre a la disposición de los clientes.

Como si comprendiera la amenaza, *Bête* lanzó un ladrido que semejó la nota baja de un órgano.

— Calla, *Bête.* El pobre está triste desde que perdió a *Belle,* su compañera. Murió hace tres meses. Nadie es feliz sin compañera...

Su estudiado acento de melancolía me dio risa y me hizo imaginar que por el momento no existía ninguna baronesa von Thaler. La idea alegró mi subconsciente, que desde hacía unos momentos se ahogaba en un torbellino de emociones. Cada vez me parecía más idéntico a Vic. Pero a un Vic sin defectos. Perfecto, hecho a mi medida.

Me levanté, renunciando con pesar a las frivolidades.

— ¿Se va...? — dijo muy asombrado, como si fuese lógico que las repartidoras de perros a domicilio se quedaran a tomar el té —. ¿No quiere beber una copa conmigo? Sólo una copa, por la molestia que se ha tomado.

Rehusé con viveza. No deseaba que creyera que la «Familia Útil» era una familia un poco fresca. Me resultaba violento estar sola con él en su habitación.

— Mil gracias, pero me están esperando.

Sonó el timbre del teléfono. Con un ademán, el barón me hizo gesto de que esperase y cogió el auricular. Salí a la pequeña terraza para dejarle hablar con libertad. Estaba cortada a pico sobre el mar, que a aquella hora

era una sinfonía de tonos turquesa graciosamente salpicados por la deslumbrante blancura de los barcos de vela. Se celebraba una regata.

Las palabras del barón llegaban por intervalos a mis oídos, en un tono agitado:

— ¿Es posible...? ¿Cómo ha podido suceder? Lo lamento muchísimo, querida amiga. Naturalmente, bajaré en seguida... Sí, sólo unos minutos... Estaba precisamente tomando un baño de sol.

Colgó, y se dirigió hacia mí, con su inalterable sonrisa.

— No le extrañe el que considere un agradable baño de sol charlar con usted — aclaró. Y me pareció la frase más bonita que oyera en mi vida. Al aire libre, en la terraza, su pelo parecía más rubio, su piel más morena y sus dientes más blancos. Sin embargo, sus ojos habían perdido su alegre expresión de reposo, tras la conversación telefónica. Incluso me dio la impresión de que me contemplaba con ligera inquietud —. Siento molestarla, pero me veo obligado a pedirle un favor — prosiguió.

— Me sorprendí profundamente.

— ¿Un favor...?

— Se trata de *Bête.* Quisiera que volviese a llevárselo.

— ¿Llevármelo...? ¿Dónde...?

— Al campamento. Sólo por dos días. Le pagaré lo que me pida.

Agité la cabeza, desolada. Era difícil decir *No* a aquella voz persuasiva.

— Lo siento. Pasaremos el fin de semana fuera del campamento exhibiendo un coche-caravana por otras playas.

Vaciló un minuto.

— ¿Y por qué no puede llevarse a *Bête*?

— Es demasiado grande... Resulta un perro aterrador e incómodo por su tamaño.

— No se fíe de las apariencias. *Bête* es cariñoso y manejable como un corderillo. Se acurruca en cualquier rincón y no molesta en absoluto. — Me hizo gracia verle hacer un panegírico tan absurdo y sonreí. Alentado, continuó con más entusiasmo —: Dígame que acepta. Ya verá como no les causa preocupaciones... Tengo que ausentarme cuarenta y ocho horas para tomar parte en unas regatas de *stars.* No quiero dejar el perro en el hotel. Por haber dejado a *Belle* en un hotel de Tánger, me la envenenaron. — Su

voz se hizo impaciente y cálida a la vez —. Pagaré mil pesetas por este fin de semana.

Me quedé estupefacta.

— ¡Mil pesetas...!

— Y las pagaré adelantadas. Ahora mismo.

Me atraganté. Era un negocio redondo. No tenía derecho a rechazarlo. Al ver que flaqueaba me dio el golpe de gracia.

— De acuerdo, ¿verdad? El lunes iré yo mismo a recogerlo al campamento. No hará falta que se moleste usted.

— Pero es que...

— ...y supongo que el lunes será una buena chica y tendrá la tarde libre de compromisos sociales para poder dedicármela a mí.

— ¿Usted no se considera un compromiso social? — flirteé.

Rió y como si pensara en voz alta, dijo:

— No. En todo caso, sólo un compromiso a secas. Ahora, si me lo permite, voy a pagarle mis deudas y a poner a *Bête* su collar de los días de fiesta.

La terraza tenía una salida directa a la playa y por allí me hizo salir, minutos después, mi deslumbrante barón austríaco. Llevaba el bolsillo lleno de billetes, el perrazo sujeto con una correa y la cabeza trastornada como si me hubiese dado una insolación.

Cuando ya había andado varios metros por la playa automáticamente, como un *robot* con los tornillos fuera de su sitio, recordé que Pepe me esperaba en el jardín del hotel y que mi nombre era Lois Silva, o para ser exacta, Eloísa Silva, muchacha equilibrada y sensata que hasta aquel minuto no diera el menor síntoma de locura. ¿Qué cosa extraña me había ocurrido? De haber aceptado la copa que me ofreciera el barón, habría temido estar bajo los efectos de un filtro mágico.

Hallé a Pepe... y al resto de la tribu aguardándome impacientes en la puerta del hotel, junto al coche. El «Pocito de las Furias» me recibió con un sardónico:

— ¿No os lo decía? La niñita estaba paseando, mientras nos tenía de plantón. Pero... ¿por qué vuelves a traer ese maldito perro...?

Tuve que explicar lo sucedido y mostrar el dinero para calmar los ánimos. Sin embargo, a pesar de las mil pesetas, *Bête* no fue fácil de instalar en un coche tan pequeño como el de Ponce. Lo metimos detrás, entre Pocito y Tesa, que procuraba dominarlo con voces de mando dignas de un general de la Legión. Yo me instalé en mi sitio habitual, entre Pepe, que llevaba el volante, y Vic..., que llevaba su inevitable libro de *Prácticas de Cirugía. Intervenciones de urgencia en la vesícula biliar.* Sin duda se proponía pasar con él un fin de semana delicioso. Vestía un pantalón de dril azul y el *sweter* blanco que yo le había hecho, con un punto de «ochos» dificilísimo, en el cual enterré horas y horas reservadas al sueño. Le sentaba muy bien, extraordinariamente bien, pero en aquel instante la cotización de Vic estaba baja en mi espíritu y me pareció una perla sin brillo.

Debí mirarle con tanta inquina, que dejó el libro y preguntó receloso:

— ¿Qué te pasa? Estás mirándome con cara de asco.

Reí falsamente.

— Te equivocas. Quizá te miraba..., pero sin verte. Pensaba en otras cosas. En realidad, estoy tan acostumbrada a ti que es como si formases parte del paisaje.

No se ofendió. Jamás conseguía que se ofendiera conmigo.

— Gracias, nena. Al menos deseo que te parezca un paisaje agradable. — Volvió a abrir el libro, pero inesperadamente lo volvió a cerrar —. Estás muy rara. ¿Puedo saber lo que te sucede?

— Confidencialmente te diré que me siento un poco impresionada. He conocido a un hombre maravilloso.

Vic alzó los ojos al cielo, con gesto cansado. Había intentado tantas veces darle celos hablándole de hombres maravillosos, que debía suponer que yo los coleccionaba como sellos de correos.

— ¿Qué historia es ésa, Lois? — inquirió Pepe con un tono de propietario que también me fastidió —. Oigamos esa historia china.

Pepe sí estaba irritado, pero Vic no seguía los buenos ejemplos.

— No es ninguna historia china. En todo caso una historia austríaca. Se trata del amo de *Bête,* el barón von Thaler.

— ¡Guau! — corroboró *Bête* al oírse nombrar. Y Pocito chilló, acusándome de alborotar a aquel dinosaurio.

— El lunes iré a bailar con él — expliqué. No sabía por qué pensaba en que iríamos precisamente a bailar. Quizá porque desde que le viera, mi subconsciente había estado bailando valses. Me sentía cansada, con los pies de mi subconsciente deshechos.

Pepe tocó el claxon con furia.

— Me parece muy mal que te comprometas a salir con el primer desconocido que te lo propone.

— No es un desconocido. Nos hemos hecho amigos en veinte minutos.

— ¿Se trata de un tipo alto y rubio? — preguntó Vic cuando creí que no prestaba atención a mi charla.

— Sí. Y por cierto, se parece un poco a ti. Claro que con más... con más...

— ...con más dinero — me atajó.

— No seas vulgar. ¿Qué importa el dinero?

— Importa muchísimo — terció Tesa con voz ahogada bajo el corpachón de *Bête,* que decidiera apoyarse amorosamente en ella —. Si no fuese por el dinero, yo no soportaría este angustioso combate con un mastodonte.

— El barón, con dinero o sin él, sería siempre un hombre... seductor..., extraordinario..., de brillante conversación..., guapo..., alegre...

— ¡Vaya! ¡La niña está entusiasmada! — rugió Pepe, aterrando de otro claxonazo a un tranquilo ciclista cuyo corazón debió quedar lesionado para siempre —. ¿Tú le conoces, Vic...?

Vic ojeaba de nuevo sus casos urgentes en la vesícula biliar. De mala gana repuso:

— Ayer le alquilé mi *snipe.* A él y a una amiga suya. Una chilena estupenda. La llaman «Caramelitos». Según oí, tiene en su tierra una fábrica de caramelos, grande como un pueblo entero.

— Estás enterado de todos los chismes de la playa — reprendí con mal humor, prometiéndome interiormente saber quién era aquella chilena.

— Tu encantador austríaco me armó una bronca fenomenal por intentar sacarle una foto.

— ¿A la chilena?

— No. A él. Por lo visto no le gusta ser retratado.

— Eso te indica que no es vanidoso.

— O quizá no sea fotogénico — puntualizó Pepe, burlón.

— Lo es... Y mucho. ¿Verdad, Vic...?

— ¡Hum! — fue la respuesta de Vic —. Y conste que no nos parecemos en nada.

Tras este ultimátum, se enfrascó definitivamente en las vesículas.

Me encogí de hombros con desaliento. En verdad, aquel hosco e insoportable compañero mío en nada se parecía a mi príncipe de opereta.

En las afueras del pueblo al que nos dirigíamos, nos aguardaba como de costumbre el remolque con su coche correspondiente al cual iría añadido. Este coche iba siempre conducido por Vic y en él haríamos nuestra entrada triunfal por las calles hasta situarnos en el punto estratégico combinado de antemano entre Pepe y el señor alcalde y pagado al Ayuntamiento a precio de oro. Haríamos nuestras habituales exhibiciones y Pepe nos seguiría discretamente con su cacharro, como un buen director de escena, cuya presencia se siente pero no se ve.

En nuestro agitado fin de semana estaban proyectadas tres visitas a diferentes playas veraniegas. Seríamos la «Familia Feliz» que veraneaba en su remolque, último modelo.

Todo sucedió como estaba previsto. En plena carretera nos trasladamos al remolque, no sin gran alborozo por parte de *Bête* que, acometido de un repentino odio hacia el mecánico que lo guardara, estuvo a punto de cometer un mecaniquicidio, haciendo correr al buen hombre despavorido.

Durante el resto del camino y mientras yo me limaba tranquilamente las uñas en el interior del confortable remolque, tuve que escuchar al «Pocito de las Furias» el interesante relato de cómo un amigo suyo, dueño de un perro feroz del estilo de *Bête,* atacó a un mendigo en cierta ocasión, destrozándole la yugular, lo cual costó a su amo treinta años de cárcel.

En vista de la hostilidad reinante, me aislé con *Bête* en el diminuto departamento que separaba dos literas de las otras dos — era un remolque para cuatro personas —, y el perro, comprendiendo mi espíritu de sacrificio, colaboró conmigo. Se hizo una rosca en el suelo — una rosca como una montaña — y se quedó dormido, poniendo cara de inocente corderillo que llevase un lazo azul al cuello.

Por asociación de ideas, el lazo azul me hizo observar que la lucha con el mecánico había roto el collar de los días de fiesta que el barón pusiera a *Bête.* Un collar enorme y estrambótico provisto de púas y clavos dorados, que en aquel momento pendía a punto de caerse.

Se lo quité para que no lo perdiera y lo guardé en un cajoncito del armario. Pensé en atar una cuerda al cuello para sujetar la correa, porque *Bête* sin correa era un peligro público. Pero decidí que una cuerda sería poco elegante para el perro de la «Familia Feliz», por lo cual sacrifiqué uno de mis mejores cinturones de cuero y le agencié un nuevo collar *made in remolque* que no estaba demasiado mal y que resultó resistente como el hierro. Era un cinturón con tres años de antigüedad, que Pepe me regalara un día de Reyes. En diversos colores llevaba pintadas las frases: *Te amo... I love you... Io t'amo... Je t'aime... Ich liebe dich...*

Por fortuna, *Bête* no sabía leer. De lo contrario, quizá hubiese protestado de que la frase no estuviera traducida también al idioma canino.

Las tres exhibiciones de fin de semana transcurrieron sin novedad, siguiendo el rito acostumbrado.

En un terreno acotado con alambres, nos instalábamos a la vista del público. Pocito colocaba un toldo portátil al aire libre y bajo él una mesita y unas sillas de tijera. Vic desenganchaba el remolque, para que pudiera ser visto por sus cuatro costados. Tesa preparaba té o café en la minúscula cocinita portátil y luego yo lo servía sobre la mesita, bajo el toldo rayado, reuniéndonos los cuatro como una familia perfectamente dichosa.

En el coche de Pepe, detenido a pocos metros, se instalaba un altavoz que dejaba oír toda clase de explicaciones y alabanzas sobre la maravillosa casita ambulante, «el más perfecto sistema de veraneo...», «el hogar con ruedas que permitía contemplar diferentes paisajes sin soportar las incomodidades del cambio de alojamiento».

Con dichosas sonrisas bebíamos nuestro café al compás de la voz de Pepe, que servía de música de fondo. En voz baja, y sin dejar de sonreír, cambiabámos frases como ésta:

— Tesa, este café es una purga.

— Claro, ese maldito infiernillo no funciona bien jamás.

— Lo limpiaré de nuevo — suspiraba Vic, que se pasaba el verano limpiándolo.

— Pero eso no justifica que el café sea clarucho y horrible — insistía Pocito.

— ¿Quieres una tacita más, ¡oh padre mío...!? — preguntaba yo con perversa intención.

Y se la volvía a llenar, mientras la gente nos miraba encantada.

En uno de aquellos pueblos y en determinada ocasión, oímos una carcajada general que nos dejó desconcertados. Miramos alrededor y nos dimos cuenta de que *Bête,* que se quedara sujeto dentro del remolque, se había puesto en dos patas y asomaba su enorme cabeza por una de las ventanas como un inquilino un tanto extraño que saliera a tomar el fresco... mostrando dos palmos de lengua.

Fue un número cómico que *Bête* repitió en el pueblo siguiente, convirtiéndose en un colaborador excepcional. Cuando menos se esperaba, allí surgía él con expresión beatífica y un brillo diabólico en la mirada, pareciendo burlarse de la multitud.

En la última playa nos hizo una jugarreta. Apenas el altavoz de Pepe comenzó a funcionar, puso él en marcha también su ronca voz de bajo profundo, celebrando un dúo desagradabilísimo, en el que sólo se oían a intervalos los gritos inútiles del pobre Pepe: — Un hogar con ruedas...

— ...guau... guau...

— ...perfecto para...

— ...guau...

— ...soportar incomodidades...

— ...guau... guau...

Definitivo. Creo que debimos ser el éxito cómico del verano. Fue una de aquellas múltiples anécdotas que salpicaban nuestros fines de semana publicitarios, las cuales nos darían interminables temas de charla durante las largas noches de invierno en Barcelona.

El domingo, acabado nuestro trabajo exhibicionista, nos fuimos a cenar a un restaurante al aire libre la «Familia Feliz» en pleno, sin Pepe, que no se atrevía a descomponer nuestro grupo, tan curioseado por los veraneantes, dentro y fuera del remolque.

En el restaurante se bailaba a los sones de un cuarteto que jamás se ponía de acuerdo para afinar, pero que a mí, que bailaba en brazos de Vic, me sonaba como la mejor orquesta sinfónica del mundo. Si hubiese escrito el diario de mi vida, como cualquier damisela del siglo pasado, habría tenido que confesar que aquellos bailes bajo las estrellas y junto al perfumado Mediterráneo constituían los momentos más dichosos. A pesar de que Vic bailaba muy mal, preciso era confesarlo.

— Vic..., ¿te sientes feliz...? — pregunté de pronto.

Me apretó contra su pecho.

— Mucho, nena.

— ¿Por qué...?

Tropezó, me pisó y no grité..., aunque llevaba unas sandalias con los dedos fuera. Ni siquiera dejé de sonreír.

— Pues... porque todo está saliendo bastante bien este verano. ¿No te parece...?

— ¿Todo...?

— Sí. Estamos ganando mucho dinero.

Dejé de sonreír. Tragué saliva y le odié tanto, que el odio me llenó los ojos de lágrimas. Unas lágrimas picantes y ardientes. Lágrimas de vitriolo.

Con feroz inconsciencia, prosiguió Vic:

— Otro verano más y habré concluido la carrera. Este invierno estoy seguro de conseguir un buen internado en un sanatorio. No he tenido tiempo de charlar de esto contigo. Estoy muy esperanzado. ¿Recuerdas que te hablé de un médico veraneante que tiene un sanatorio cerca de Barcelona...?

— Lo recuerdo.

— Ha oído hablar mucho de mí a uno de mis profesores. Y creo que me va a admitir para trabajar con él.

— Interno... ¿Quiere decir que ya no vivirías en la «Pensión Revuelta»?

— Viviré en el sanatorio..., pero tendré algunas noches libres. Nos veremos a menudo.

¡La «Pensión Revuelta» sin Vic, sin «Mimitos» su esqueleto, sin el murmullo de su voz cuando estudiaba por las noches, murmullo que yo escuchaba a través de la puerta...! ¡Imposible...!

— No podré soportarlo — pensé en voz alta. Y al darme cuenta de que mi pareja lo había oído, me enfurecí conmigo misma.

— ¿Qué es lo que no podras soportar? — preguntó en un tono tan arrullador, que por un instante me dejó sorprendida. Alcé la cabeza y le miré, pero en el acto él desvió sus ojos y contempló la orquesta con perfecta indiferencia. El tono arrullador sólo había existido en mi imaginación.

— No podré resistir otro baile más... — aclaré, mintiendo —. Me estás deshaciendo los pies. ¿Cuándo vas a aprender a bailar? ¡Con lo bien que baila Pepe!

Esperé un arranque de orgullo ofendido. Fue una espera inútil. Humildemente, reconoció:

— Es verdad. Pepe baila muy bien.

— Hacía mucho tiempo que no le alababas, caramba. Supongo que es tu candidato oficial para mi mano.

Se echó a reír sin contestar.

— Gatita — dijo al cabo de un rato tratando de ablandarme —. ¿Por qué te pones siempre tan rabiosa conmigo?

— Porque... porque...

Tuve que callar, no pudiendo explicarle el motivo de que despertase en mí los más exaltados sentimientos de amor y de odio. Miré sus inteligentes ojos, su pelo rubio, su cara bronceada como la de un mulato, su boca seria, raras veces sarcástica y siempre bondadosa... Deseé poder gritarle: ¡Te odio porque no me dejas quererte!, pero, naturalmente, no lo dije. Sonreí con gran esfuerzo y comenté:

— Si no me enfado, tonto... Es sólo mi mal genio natural. Lo que ocurre es que estoy nerviosa... deseando que llegue mañana.

Frunció el ceño, como si quisiera adivinar.

— ¿Mañana...? ¿Por qué...?

— Porque le veré.

— ¿A quién...? ¿A Pepe...?

— ¡Pepe! ¡Pepe..., siempre Pepe...! ¡Viva Pepe! Pero ¿es que crees que sólo existe Pepe para mí en el mundo? Lo estás convirtiendo en mi *bête noire*... Me refería a mi austríaco, con quien mañana saldré a bailar. Y supongo que ése sí que bailará admirablemente.

— Tiene aspecto de no haber hecho otra cosa en su vida.

— ¿Y qué otra cosa mejor se puede hacer...? — insistí por llevarle le contraria y para que no descubriera la decepción que hacía sangrar mi corazoncito —. ¿Qué sería de la alegría del mundo si todos viviesen únicamente obsesionados por la vesícula biliar...?

Dejó de bailar. Se apartó de mí con el mismo horror que si yo fuese un escorpión. Ante mi gran asombro, comprendí que por vez primera en tantos años se había enfadado de verdad.

Me acompañó hasta la mesa, donde se hallaba Tesa, Pocito y *Bête* y sin proferir palabra dio media vuelta, y vi alejarse la elevada silueta con su pantalón azul y el *sweter* blanco de «ochos».

La primera flecha había conseguido herirle..., pero únicamente en su dignidad profesional.

Al volver al campamento aquella mañana del lunes, me pareció que regresaba al hogar. Me sentía ruidosamente contenta sin saber por qué. El cielo estaba más azul y el pinar olía mejor que nunca.

Canturreando, barrí el interior de mi tienda y hasta puse un ramo de margaritas amarillas dentro de una lata vacía, mientras Tesa preparaba café para la familia en pleno. La «Familia Útil», que de nuevo entraba en funciones.

Lo bebimos sentados en el suelo, sobre las agujas de pino secas. Aquel coctel de aromas, café y pinos, resultaba excitante. Hasta el «Pocito de las Furias» estaba amansado, después de entregarse a una orgía matemática de «Debe» y «Haber» que dio como resultado una floreciente situación del «Haber». La familia conseguía hacer un buen negocio aquel verano. La «Hucha Pro Liberación» aumentaba prodigiosamente. Por supuesto, la

hucha era sólo una figura retórica, porque Pocito iba todos los lunes a ingresar dinero en la cuenta del Banco.

A pesar del satisfactorio balance y de la radiante mañana estival, Vic estaba en uno de sus días pletóricos, convertido en estatua de granito. Apenas bebió su café, ardiendo, dijo que se iba a la playa, pues soplaba una fresca brisa y podría alquilar fácilmente el *snipe.*

Cogió su máquina fotográfica, se puso la mínima cantidad posible de traje de baño, un *slip* azul eléctrico, y se alejó, desnudo y descalzo como un dios pagano.

Yo tuve que esperar un rato, hasta que Tesa preparase las bolsas con meriendas que tenía que vender en la playa. Cada bolsa contenía una tortilla, un filete empanado y un racimo de uvas. Los bañistas que adormilados por el sol decidían no ir a sus casas a comer para continuar aprovechándose de la playa, nos las quitaban rápidamente. Habíamos hecho unas bolsitas de papel color naranja que realmente resultaban apetecibles.

Bête, atado a un árbol, aulló desesperadamente al verme partir, cargada con doce bolsas naranja. Para consolarle, Tesa le presentó un plato de arroz con huesos. El chucho merecía ser tratado principescamente, puesto que pagaba una pensión mayor que el cliente de un *Palace.* Los huesos eran de ternera y tenían tanta carne adherida que más bien parecían hermosísimas chuletas.

Tenía la esperanza de encontrar al amo de *Bête* y Tesa me calificó de presumida cuando me vio poner mi traje de baño de «pantera», un *lastex* maravilloso que guardaba para las ocasiones sensacionales.

Mi melena oscura, que no podía llamarse melena porque sólo medía tres centímetros en cualquier dirección, lucía su despeinado más perfecto, con ondas, puntitas y rizos a la última moda. No me había maquillado, limitándome sólo a pintarme los labios, pues el bronceado del sol hacía innecesaria cualquier otra pintura.

Me puse un albornoz cortito y decidimos que era la vendedora de meriendas más elegante que jamás se viera en ninguna playa del mundo. Satisfecha con esta seguridad, envié un beso a mi amiga con la mano y me alejé con la máxima velocidad que me permitían las doce bolsas de merienda.

Las vendí en seguida, por fortuna. Mi espíritu no estaba aquella mañana para negocios y de no haber sido así, las habría tirado al agua, pagándolas luego de mi propio bolsillo. Pero una familia de Barcelona que aún lucía la deslumbrante blancura de los recién llegados, me compró seis bolsas naranja y el resto fue liquidado al pasar junto a un bar en el que la gente se entregaba al vicio de la Coca-Cola.

Me coloqué las gafas oscuras para poder atisbar a diestro y siniestro sin ser observada. Buscaba una silueta elegante e inconfundible que no apareció por ninguna parte. Mi deslumbrador austríaco, que sin duda trasnocharía la noche antes, debía de estar todavía durmiendo.

En cambio, divisé en plena bahía el *snip* de Vic, con Vic dentro..., en compañía de tres estupendas bañistas. Di un puntapié en el suelo, levanté una nube de arena y un bebé corrió a acusarme a su mamá por habérsela echado en los ojos. Huí rápidamente y me dije a mí misma que el *lastex* de pantera resultaba precioso, pero que me daba mala suerte y que no me lo volvería a poner. Siempre tenía la manía de que una prenda u otra de mi guardarropa me daba mala suerte y entonces quedaba irremisiblemente condenada. Iba a aumentar el contenido del abarrotado cajón en el que se amontonaban las cosas más heterogéneas: combinaciones, pendientes, faldas, blusas, camisones, pulseras, barras de labios, perfumes, etc. Tesa decía, y con razón, que yo era una maniática. En varias ocasiones intenté corregirme. Por ejemplo, el traje de baño de pantera ya era la tercera vez que entraba y salía del cajón de los objetos de mala suerte. Me decía a mí misma que aquello eran supersticiones absurdas, indignas de una chica civilizada.

Pero..., bueno, me parecía que el traje de baño de pantera volvería al cajón.

Di la vuelta al promontorio sobre el que se alzaba el Hotel Terraza y me encontré en la democrática playa contigua, con sus barcas pesqueras, sus redes puestas a secar y sus kilómetros de arena dorada, salpicada de algas y casi desierta. Ni siquiera estaban los cineastas. No habría ningún nuevo trabajo de «extra» para mí.

Regresé a la playa elegante, y desentendiéndome del resto de la humanidad, me entregué a una orgía acuática hasta quedar agotada.

Gocé del agua y del sol y cuando estaba casi adormecida de gusto sobre la arena, oí una voz a mi lado:

— La pantera en reposo...

La frase pudiera haber pertenecido a alguno de mis apodos. Pero sólo se trataba de mi amigo Pompeyo, vestido de blanco de pies a cabeza y con un salacot contra el sol.

— ¡Hola, viejito! Parece que vienes de una excursión al África ecuatorial.

— Casi. — Se levantó el salacot y se enjugó el sudor con un pañuelo —. Hemos rodado unas escenas en Peña Alta, desde las siete de la mañana. ¡Qué calor hacía, santo Dios! Ningún maquillaje resistía en aquel horno. La nariz de Sari Bell era un espejo. Y luego las culpas todas son para el maquillador. Bueno. ¿Qué me cuentas...?

Cuando Pom-Pon decía: «¿Qué me cuentas?», se suponía que íbamos a hablar del tema «Vic y yo». De todos mis amigos, Pom-Pon era el único que mantenía un punto de vista diferente sobre «mi caso».

Diferente y absolutamente errado, por supuesto, ya que aseguraba que Vic estaba locamente enamorado de mí. Enamorado a su modo, que, según su idea, era un modo de amar diferente al de otros hombres.

— No te cuento nada, Pom-Pon. Continúan los esfuerzos cariñosos de Vic por echarme en brazos de Pepe Vilar. Pero ya no me importa. Empiezo a odiarle en serio. Mírale allí en el patín, con su harem.

— Está trabajando. Ten la seguridad de que cobrará sus buenas pesetas por pasear al grupito.

Siempre me había parecido maravilloso el modo con que los hombres se defendían los unos a los otros. ¡Qué magnífica solidaridad masculina, digna de imitar!

— Sería más agradable que trabajase picando piedra en una cantera. Pero, en fin, no hablemos de Vic. Es perder el tiempo. ¿Crees que habrá algún nuevo trabajo para mí en tu película? ¿No saldrá alguna pantera a quien yo pueda doblar con este bañador...?

Pom-Pon no me escuchaba. Lanzaba silbidos mirando en determinada dirección.

— Mírala. Dispuesta a tomar su baño tan tranquila, después de todo el revuelo que ha armado.

— ¿Quién...?

— La chilena. Aquella morena del bañador blanco.

Me incorporé en la arena, siguiendo la dirección de su mirada.

— ¿Se trata de «Caramelitos»?

— La misma... que no viste ni calza. Pero se la puede mirar, ¿eh...?

Se la podía mirar, en efecto. Era una mujer curvilínea y madurita, la locura de los cincuentones como Pom-Pon. Con sinuosidades muy marcadas y bien distribuidas. Sin embargo, no me parecía la pareja ideal para mi barón, alto y delgado como un junco. No servía para bailar el *Danubio Azul* con la necesaria ligereza.

— Creí que no vendría a la playa, pero ahí la tienes. Le encanta causar sensación.

— ¿Por qué no puede venir a la playa como todo el mundo? — me extrañé.

— Ayer desencadenó el famoso escándalo de la pulsera.

— ¿Qué pulsera?

— ¿No estás enterada? Pues debes de ser la única persona en todo el pueblo. Le robaron una pulsera valorada en trescientas mil pesetas. Y yo me pregunto, ¿crees que hay derecho a poseer una pulsera de ese precio?

— Claro que lo hay. Ojalá tuviese yo una. ¿Y quién se la robó...?

— Ahí está el quid. Nadie lo sabe. La señora armó un revuelo tan terrible que han venido policías de Barcelona. El personal del hotel está pasando horas amargas. Todas las habitaciones han sido minuciosamente registradas... sin que se dieran cuenta los clientes, desde luego. El Hotel Terraza ha pasado a ser un escenario de novela policíaca. Todo por culpa de «Caramelitos».

— Querrás decir por culpa del ladrón, quienquiera que sea. Si a mí me robasen mi collar de cuentas de colores que me ha costado doscientas pesetas, pondría el grito en el cielo. ¿De quién se sospecha?

— Han detenido a una camarera que hace quince años cumplió condena por robo y a un pinche de cocina cuya conducta ha parecido rara. En estas

ocasiones salen a la luz todos los trapitos sucios, por ocultos que estén. ¿A quién se le ocurre viajar con joyas de ese precio?

— A mí se me ocurriría... si las tuviera. Llevaría mis perlas y mis esmeraldas hasta para hacer gimnasia.

Pom-Pon se levantó.

— Tú has sido siempre una locuela irresponsable, capaz de todas las diabluras. En fin, me voy a comer. A las cuatro volveremos a continuar el rodaje.

— Te acompañaré hasta el promontorio.

Caminamos uno junto al otro, a la orilla del mar. El sol abrasaba la piel y hacía arder la arena bajo nuestros pies descalzos. Al pasar ante el Hotel Terraza, alguien que bajaba por las escaleras del jardín me gritó un amistoso ¡hola! y me hizo signos de que esperase.

No supe exactamente cómo me despedí de Pom-Pon ni cuál fue el saludo que dirigí a mi ideal pareja de valses.

Allí estaba, en todo su esplendor de bañista elegante, con un *slip* verde que apenas cubría el batín negro que llevaba echado sobre los hombros. Con aquel atuendo se parecía a Vic más que nunca. Un Vic más sofisticado y más pulido. Y también menos musculoso. Un Vic al que alguien hubiese abrillantado con Sidol y una buena franela.

— Estaba pensando en si habría regresado ya de sus regatas — dije al estrechar su mano.

— Regresé anoche — explicó, mientras indicaba a un empleado del hotel que le echase al agua un patín a vela, de los que estaban sobre la arena.

Imaginé, sin saber por qué, que al final de cuantas escaleras bajase el barón habría siempre un criado presentándole un caballo, una avioneta o un coche último modelo. Él también era un último modelo de hombre atractivo.

Supuse después que debió de invitarme a pasear en patín porque, en caso contrario, no me habría instalado allí sin previa invitación. No me daba exacta cuenta de nada de cuanto hacía, sintiéndome otra vez víctima de un extraño hechizo.

Antes de que me las pidiera le di noticias de *Bête* y de lo que el chucho habíase divertido vagabundeando con nosotros durante el fin de semana. Escuchó con la sonrisa complacida del padre que oyera contar las diabluras de su hijo más pequeño y me indicó que recogería al perro por la noche cuando regresáramos del paseo que le había prometido. Por lo visto, aquel otro paseo marítimo no contaba y nuestra cita para por la tarde continuaba en pie. Me halagó que la recordara y que sintiera tanto interés por ella.

Durante los veinte minutos que navegamos juntos, charlamos de todo: del mar, de la pesca, de las corridas de toros, de la opereta vienesa, de la pintura abstracta, del bacalao al pil pil, de la estreptomicina y del amor en general. Fue imposible aprovechar más veinte minutos.

Cuando estaba explicándole nuestra vida en el campamento y el sentido de nuestra «Hucha Pro Liberación», oí muy cercano el grito de llamada de Vic, que me produjo un sobresalto absurdo, como el del alumno a quien su profesor ha pillado en falta. Era Vic en persona, maniobrando con su patín a pocos metros.

— Es hora de comer, Lois. ¿Quieres que te lleve al campamento?

Como no entraba en las costumbres de Vic interrumpir mis entrevistas sentimentales, me quedé estupefacta. El barón, cuyo nombre era Hans, me hizo volver a la realidad consultando su reloj de pulsera.

— Temo haberla entretenido demasiado. Perdóneme. Su... su... amigo la reclama. ¿Quiere que nos encontremos a las cinco en la Plaza grande, junto a la librería? La esperaré con mi coche.

— Seré puntual.

— Aunque no lo sea, allí estaré.

Me lancé al agua, nadé unas brazadas y subí al *snipe,* ayudada por Vic, como un atún izado a bordo a viva fuerza. No di coletazos, de milagro. Me senté en la proa e hice un amistoso gesto con la mano a Hans, que ya se alejaba. Después me encaré con Vic.

— Con tu inesperada oficiosidad me has estropeado un plan estupendo. Seguramente me habría invitado a comer.

— Hay comida de sobra en el campamento.

— ¡Comida! Siempre ves el lado materialista de las cosas.

— De todos modos, si hubiese querido invitarte te lo habría dicho antes.

— Estábamos hablando del bacalao al pil pil y de los platos suculentos que preparan en un restaurante del barrio de pescadores...

— Pues puso proa en dirección contraria, para que no te forjases ilusiones.

— Eres un idiota.

— Gracias, nena.

— Siempre lo fuiste, ahora me doy cuenta.

— Desde que nací. Tengo a mi favor el hecho de que jamás intenté disimularlo. Reconóceme ese mérito, nena.

— Nena, nena... Siempre llamándome nena. ¿No se te ocurre otra palabra nueva?

— Sí. Nenita.

Se burlaba de mí, pero no estaba risueño ni amistoso. Por el contrario, parecía tan irritado como yo misma.

— Tienes una imaginación calenturienta, querido.

— Cogí las calenturas en la manigua, durante la guerra de Cuba, allá en 1896.

— Me sorprendes. Creí que eras más antiguo. De espíritu por lo menos, te considero un veterano de las guerras púnicas.

— Fui general cartaginés.

— ¿General? Ja... ja... Soldado raso y gracias. Uno de aquellos soldados que nacían y morían sin que nadie supiese su nombre. Se les enterraba y se colocaba un pedrusco encima.

No era mi intención ser tan cruel, pero conforme hablaba, aumentaba la rabia sin saber por qué.

Frunció aún más el ceño y me miró apretando los dientes.

— A tu barón le habrían alzado un templete de arquitectura estrambótica con arpas, liras y ninfas. Y una cúpula rematada con un brillante de cien quilates.

— No puedo imaginar a mi barón luchando en las guerras púnicas. Es un hombre de la era atómica. Espléndidamente atómico...

— ¿No dijiste que se parecía a mí...?

— ¿Dije eso...? Estaría pensando quizás en caricaturas...

Me había excedido. Dio un golpe tan fuerte al timón, que el *snipe* osciló como si capease un huracán de La Florida. Perdí el equilibrio y caí al agua estúpidamente.

Tragué cerca de dos litros por la sorpresa, tosí y conseguí salir a flote. Vic nadaba a mi lado, cogiéndome por la cintura.

— Nena... ¿Te has asustado? ¿Te has hecho daño...?

— No... me... he... hecho... nada... Déjame. ¿Por qué... te... has tirado...?

— Temí que te hubieses golpeado con la borda.

— No me he golpeado. Sólo tus palabras me han herido — dije con injusticia muy femenina.

— Mis palabras... ¡Pero si yo apenas he dicho nada...!

De nuevo estábamos a bordo, resoplando y jadeando. Vic insistió:

— Fuiste tú la que me negaste el título de general de los cartagineses.

— Porque tú te empeñaste en que el barón no pensaba invitarme a comer.

— Está bien, perdóname. ¿Quieres comer conmigo en ese restaurante del puerto? Te invito.

— No, gracias. No me interesan los platos sabrosos. Me interesaba comer con él — dije.

Y me di cuenta apenas acabé de hablar de que, de todas las frases que le dijera, esta última fue la que realmente le hirió. Fingiendo indiferencia comenzó a silbar de un modo desafinado y dos rosetas rojas se adivinaron bajo el bronceado tono de sus mejillas. Me entristecí pensando que aquélla sería una ofensa que él recordaría quizás años y años. Y en modo alguno deseaba ofender seriamente a mi Vic.

Traté de arreglar las cosas de un modo idiota.

— De todos modos, te confesaré que puedo imaginarte perfectamente como a un gran general cartaginés. ¿Estás contento...?

Me lanzó una mirada tan furiosa, que instantáneamente le trasladé de destino. No era un general cartaginés, sino el propio Atila, rey de los hunos.

* * *

Durante la comida tuve que oír una odiosa reprimenda del «Pocito de las Furias», que me recriminaba por no haber hecho nada práctico por la mañana, a excepción de la venta de meriendas, disponiéndome a hacer menos aún por la tarde. Me llamó veraneante ociosa, parásito de lujo y un sinfín de cosas más.

Ante mi sorpresa, Vic, que guardaba adusto silencio, me defendió, con su honradez habitual, alegando que el sábado yo había aportado mil pesetas limpias a la Hucha con el «asunto *Bête*» y que bien merecía una tarde de asueto.

Le di las gracias con mi sonrisa más atractiva, pero él miró hacia otro lado, tragó el último bocado de fruta y se adentró por el pinar a dormir la siesta, con su querido libro bajo el brazo. Esta vez se trataba de *Intervenciones en casos de divertículo de Meckel.*

Llena de dignidad ofendida, cogí un montón de medias de nilón que me consiguiera Pepe a precio de fábrica y me fui al Hotel Bahía, a tratar de venderlas. No quería ir al Hotel Terraza para que mi barón no creyese que anticipaba la cita, loca de impaciencia. El Bahía era un hotel monísimo, de segunda categoría, habitado por gente mucho más simpática y humana que el Terraza. Conseguí vender todas las medias y regresar al campamento con tres foxterriers para lavar.

Entregué a Pocito el dinero ganado con el sudor de mi frente y me vestí con esmero, poniéndome mi traje de hilo beige, mis sandalias con clavitos dorados y mi collar de cuentas de colores. Luego peiné mi pelo en seis direcciones distintas, me perfumé copiosamente y a las cinco menos cinco minutos me encontraba en el lugar de la cita.

Sentí vergüenza por haber llegado antes que él y me escondí en una confitería de la esquina. Sólo reaparecí a las cinco y cuarto, una vez que hube visto llegar el coche azul pálido con mi austríaco al volante. Le hice esperar los diez minutos de rigor.

Iba vestido de blanco, con un pantalón de gabardina y un *nicky* de felpa gruesa, a todas luces maravilloso. ¿Conseguiría convencer a Vic alguna vez para que se comprara cosas así...? Sospechaba que no.

Cuando me instalé junto al barón y aspiré su perfume refinado, deseé tener dones sobrenaturales que me permitieran fundir en una sola las

personalidades de los dos hombres que tanto se parecían, y obtener un producto perfecto... que me perteneciese.

Conseguir, por ejemplo, que Vic sonriera y se inclinase hacia mí para hablarme, como lo hacía el barón en aquel instante.

— ¿No cogió demasiado sol esta mañana?

En realidad, el sol se había apoderado de mí, manteniéndome iluminada por dentro y por fuera. Pero negué.

— Nunca es demasiado. El sol y yo somos muy amigos.

— Lo comprendo muy bien. La luna tendrá celos. Es una muchacha muy acaparadora.

— ¿Yo...?

— La luna — rió suavemente.

— Tiene gracia que la califique de muchacha. Siempre la consideré una mujer madura, refinada y perversa.

— No la juzgue mal. En el fondo es una chica tímida, un poco anémica y terriblemente romántica. Es algo fría y por eso el sol tiene devaneos con la tierra.

— Los hombres son todos iguales... No me gusta este estado de cosas. Telefonearé a la luna para aconsejarle que se ponga inyecciones de hígado y empiece a flirtear con Marte. Es un militar muy guapo y con buena carrera. Ya se sabe que las mujeres nos entusiasmamos con los uniformes.

Reíamos a dúo y a dúo miramos también el firmamento, radiantemente azul, como pidiéndole disculpas por nuestra falta de respeto.

Rodábamos por una carretera a la orilla del mar, que nos enviaba su fresca brisa. No sabía adónde íbamos, pero tampoco me importaba. Estaba gozando plenamente de aquella tarde luminosa, llena de aroma marinero, de alegre charla y delicioso *flirt.*

Merendamos en un restaurante alzado en un promontorio sobre el agua. Nos instalamos ante una mesita de tosca madera, cubierta con un mantel a cuadros, remendado, pero muy limpio. Una gruesa y maternal mujer nos hizo probar todas las especialidades de la casa. Cangrejos grandes y sabrosos, rosadas gambas sobre un lecho de ajo picante, almejas en salsa verde, cazuelitas de angulas que se escurrían del tenedor. Y un salpicón de langosta servido en el propio caparazón del crustáceo.

Una merienda loca, para estómagos jóvenes y resistentes, regada con un vinillo blanco que se subía a la cabeza.

Reí mucho, bebí mucho, comí mucho, y decidí que Hans era el mejor amigo que tuviera en mi vida. Un espíritu gemelo que comprendía mis problemas y no se complacía en irritarme.

Supe que residía habitualmente en París, pero que viajaba mucho a causa de sus negocios. Compraba y revendía cuadros y demás obras de arte. Me habló de su piso de la *rive gauche* con vistas sobre el Sena, de sus amigos y de su vida un tanto solitaria, pero agradable. Su madre había muerto tres años antes y al hablar de ella una nube de sincero pesar velaba su rostro. Mientras ella vivió, todo fue distinto, dijo. Y su muerte le hundió en una amargura que no conseguía borrar.

Viendo la expresión de su rostro, no tuve dificultad en imaginar cómo habría sido veintitantos años antes, allá en su aristocrática mansión de Viena, un chico cariñoso y guapo, mimado por una madre encantadora, cuya sola evocación le transformaba, convirtiendo al hombre de mundo en un chiquillo ingenuo. Como si tratara de disimular su auténtica personalidad, sacó las gafas oscuras y se las puso, refugiándose tras ellas.

Al regresar al campamento, casi de noche, temí estar enamorándome de él. Y en lugar de asustarme, aquella posibilidad me encantó, porque ella supondría haber dejado de sufrir por Vic. Nada importaría que al concluir el verano me convenciese de que para Hans sólo había sido un agradable entretenimiento si, en cambio, conseguía cuararme de mi pasión funesta por un hombre de hielo cuyo único amor era el esqueleto «Mimitos».

Nos despedimos en la carretera, a pocos metros del campamento, y cuando el coche azul se hubo alejado, me di cuenta de que ninguno de los dos nos habíamos acordado de *Bête.* ¿O lo habría hecho a propósito, para tener oportunidad de volver al día siguiente?

En el campamento reinaba también animación. Pompeyo estaba invitado a cenar y después se preparaban todos para ir al cine. No pude probar bocado, naturalmente, después de tan monstruosa merienda, pero los acompañé tomando café y un cigarrillo.

Cuando llegó el momento de ir al cine, me excusé también. El día había sido muy excitante y me sentía cansada, con ganas de estar sola bajo las

estrellas para poder pensar.

— ¿Es cierto que no quieres venir? — preguntó Vic cogiéndome por un brazo. Parecía haber olvidado nuestro enfado de por la mañana y la discusión sobre generales cartagineses.

— No me apetece, gracias.

— ¿Qué te pasa? Estás muy rara.

Llevaba una de sus inevitables camisas de mahón azul, entreabierta. Acababa de peinarse y olía a colonia barata, a base de limón.

Barata, pero agradable. También era grato el contacto de sus dedos y el gesto con que alzó mi barbilla para que le mirase. Resultaba un poco enternecedor su deseo de congraciarse conmigo.

Pero, gracias a Dios, no estaba ya enamorada de él, decidí. No. Todo había concluido.

Sonreí, con un alivio extraño.

— No me pasa nada, Vic. Soy feliz.

— Tú siempre eres feliz. Ése es tu mayor encanto.

Había conseguido descubrir en mí algún encanto. Menos mal. Se lo dije así y me zarandeó con impaciencia.

— Estoy seguro de que algo raro te ocurre. Adivino en tus ojos una expresión...

— ...maligna... — apunté.

— Diferente — puntualizó.

— Cogí mucho sol. ¿O quizá cogí mucha luna...? ¿Has pensado alguna vez en que la luna es una muchacha anémica que necesita inyecciones de hígado?

Me miró con nueva sospecha.

— Tú has bebido. Estás borracha.

— No seas grosero. Sólo he bebido una copa.

— Pues se podría encender una cerilla en tu aliento.

— Muy galante. Anda, saca esa cerilla y hazme arder como una pira de heno... Aunque dudo que tú, el hombre helado por excelencia, consiguieras hacerme arder. Siempre te he considerado una especie de bomba contra incendios...

Me soltó.

— ¿Puedo saber qué he hecho para despertar ese odio que me demuestras hace días...? Me tratas peor que a un perro.

Reí y le palmoteé un brazo.

— No exageres, encanto. Siempre trato bien a los perros. Y a propósito. ¿Dónde está *Bête*? ¡Ah! Ya le veo. ¡Hola, *Bête*!, *encanto*. — Repetí el adjetivo a propósito —. ¿Te has aburrido sin mí? ¿Te han tenido atado la tarde entera...? Pobrecito, yo te llevaré a dar una vuelta por la playa. Mañana vendrá tu amito a buscarte. ¿Te acuerdas de ese amito tan precioso que tienes...?

— Yo también me acuerdo de él — intervino Tesa —. Hará bien en llevarse a su perrito pronto. De las mil pesetas, debe haberse comido ya novecientas noventa y nueve. ¡Qué modo de devorar! Dos kilos diarios de arroz... Y no digo cuánta carne, para que Pocito no se sulfure.

— Iba a llevárselo esta noche, pero nuestra conversación resultó tan interesante que nos olvidamos de todo.

Tesa rió, me guiñó un ojo y miró disimuladamente a Vic, que se distraía propinando puntapiés a una piña seca. Al final, se marcharon para no perder el noticiario, y cumpliendo mi promesa desaté a *Bête* y corrimos juntos hacia la playa, iluminada por la luna.

El agua estaba templada bajo mis pies. Los ladridos del perro, sonoros como la campana grande de una catedral, ahogaban el rumor de música que llegaba del Hotel Terraza.

¿Estaría él bailando con «Caramelitos»...? Había olvidado mencionarla, aunque ésa fuera mi primera intención. Por otra parte, él tampoco lo hizo, e imaginaba — porque la idea me resultaba grata — que «Caramelitos» no suponía nada en su vida, una más entre las numerosas mujeres atractivas que habría encontrado en hoteles y fiestas.

Me senté en la arena, pero estaba fría y desagradable, tan diferente de la ardiente brasa en que se convertiría de mañana. La luna era decididamente una chica anémica sin pizca de vitalidad.

Lentamente regresamos hacia el campamento, una vez que *Bête* hubo gastado algo de sus enormes energías dando locas carreras por toda la playa. En aquella semipenumbra, viéndole correr y ladrar me parecía un

animal apocalíptico... que tras de infundirme miedo se acercaba a mí y me lamía mimosamente la cara, con una lengua enorme como un bistec.

El campamento estaba oscuro e impresionante también. Encendí la lámpara de mi tienda y me senté sobre la cama, diciéndome que había sido tonta en no ir al cine con los otros. Era la primera vez que me quedaba sola durante la noche y no resultaba muy agradable. El pinar, que de día era como un jardín del paraíso, convertíase a aquella hora en una mancha sombría, que destacaba entre las propias sombras.

Oíase el ruido del mar y de vez en cuando el silencio y la oscuridad eran rotos por el motor de un auto y la luz de sus faros hacía gruñir a *Bête.*

Confiaba en que mis compañeros regresaran pronto, al acabar la sesión de cine. A menos que Pompeyo se empeñara en invitarlos a café y se sentaran en uno de aquellos locales de la plaza en donde los veraneantes dejaban pasar las horas jugando a la canasta o al póquer. Si tardaban, podía ir hacia allá, a reunirme con ellos. Pero no confesaría, naturalmente, que sentía miedo de la soledad.

Traté de pensar en cosas alegres. Procuré imaginarme cómo sería el pisito de Hans en París, con sus ristas sobre el Sena y su cocina eléctrica donde el propio Hans preparaba platos vieneses para sus amigos. Cogí entre las manos la cabezota de *Bête* y le pregunté:

— ¿Cómo es tu casa de París, precioso mío...?

El interpelado dejó oír un guau arrullador.

— ¿Qué vida hace tu amo...?

— Guau...

— ¿Existe alguna mujer en su vida...?

Bête trató de no contestar a pregunta tan indiscreta, pero al tirarle de una oreja confesó con los ojos bajos:

— Guau...

— ¿Cómo se llama? ¿Es guapa...?

— Guau...

— Supongo que más guapa que yo... — insinué perversamente.

Pero *Bête* agitó la cabeza con un gesto que yo consideré negativo, interpretando así sus mensajes secretos.

Un ruido cercano me hizo incorporarme. También el perro quedó alerta, escuchando con gran atención. «Era estúpido asustarse, teniendo a *Bête* por compañero», pensé para tranquilizarme. El ruido volvió a repetirse. Las hojas de pino secas crujieron bajo el paso de alguien.

Bête, preso de excitación, comenzó a ladrar, arañando la lona de la tienda, pretendiendo salir.

— ¡Quieto, *Bête*! Cálmate.

No fue posible contener a aquel ciclón. Ante el temor de que rompiera la tienda, lo cual no podía permitir, pues era alquilada y nos había costado un dineral, alcé la lona que servía de puerta.

— *Bête...* ¡Aquí...!

No fue mi voz la que le llamara, sino otra, procedente del exterior. Una voz conocida y amiga, que me electrizó, electrizando también al perro. Salimos los dos a la noche estrellada, llena de fragancias del verano. Flotaba en la atmósfera una excitación tan evidente que casi se podía palpar, igual que una suave malla de seda que se adhiere al cuerpo.

— ¡Hola! — saludé, risueña —. ¡Hola, Hans!

No esperaba en verdad volver a verle tan pronto y la sorpresa me resultó grata.

— ¡Quieto, *Bête!* Buenas noches, Lois. Sentiría haberla asustado.

— No me he asustado en absoluto — mentí —. Supongo que viene a recoger a *Bête,* como un papá cuidadoso que considera que la francachela de su niño ya duró bastante. Aquí lo tiene, contento y feliz.

— Mil gracias. Me lo llevaré ahora.

— *Bête...* Dile a papá lo bien que te hemos tratado... Huela su cabeza. Hasta colonia le echamos... No le hemos lavado los dientes porque no nos lo permitió.

— Han sido ustedes muy amables. Dale las gracias, *Bête.*

Me pareció de pronto que la alegre cordialidad de por la tarde había desaparecido de la voz de Hans. O al menos habíase atenuado. Repentinamente me resultó distinto, con su traje azul marino, su camisa blanca y su corbata discreta. Mi príncipe de opereta había dejado el atuendo playero, convirtiéndose en un elegante ciudadano de cualquier capital del

mundo. Mi instinto me hizo adivinar algo raro en él, sin poder precisar en qué consistía tal cambio. Hasta su voz me sonó alterada y nerviosa.

— Bien... — dije, por decir algo —. Lamento separarme del perro. Pero confío en que lo veré a menudo por la playa. Y ya sabe que nuestro servicio de baños con jabón perfumado de violetas es...

Me interrumpí porque él se había agachado a coger al perro por la correa y se incorporó instantáneamente diciendo con voz ronca:

— ¿Dónde está...?

Su frialdad me hizo el efecto de que una ola de agua helada hubiese atravesado la playa y el pinar para romper a mi espalda.

— ¿Dónde está...? ¿El qué...? — repetí, completamente desconcertada.

— El collar. Éste no es el collar de *Bête.*

Tragué saliva, aliviada al ver que sólo se trataba de aquello.

— Olvidé advertírselo. Aquel collar tan elegante se rompió. Tuve que sacrificar mi mejor cinturón en aras de la amistad. Ya sé que resulta un poco tosco e indigno de la categoría de *Bête,* pero...

Un sexto sentido me hizo callar, adivinando que Hans no enfocaba aquel asunto con igual despreocupación. Pensé en si el collar sería un recuerdo de familia, heredado de padres a hijos, desde *Bête I* en 1850 hasta el *Bête* contemporáneo. Recordaba, sin embargo, que sólo se trataba de una enorme e impresionante correa llena de púas y de clavos, que aumentaban el aspecto feroz del pobre *Bête.* Nada de gran valor, con seguridad. En cambio, mi cinturón lleno de *Je t'aime, Io te amo, Ich liebe dich, etc.,* debió de costarle a Pepe un ojo de la cara.

— ¿Dónde está? — volvió a preguntar con voz helada que congeló definitivamente mi sonrisa.

— ¿El collar roto...? Debe de estar por aquí... Es decir..., lo guardé en...

Recordé de pronto que lo había metido en un cajón del armarito del remolque, olvidándolo allí después. Las piernas me flaquearon absurdamente.

— Lo guardó en... — repitió impaciente, como si un polvorín fuese a explotar a nuestros pies si yo no continuaba hablando.

— Lo guardé en el remolque. No suponía que un pedazo de cuero pudiese tener tanta importancia para usted.

Se cruzó de brazos. La luz de la luna, a la que él calificara de muchacha, puso de relieve el brillo iracundo de sus ojos. ¿Qué pensaría la tímida luna anémica al verle así, con los músculos de la mandíbula temblando de pura rabia...?

— No se haga la inocente — dijo. Y en aquel instante su acento extranjero se hizo más pronunciado —. Devuélvame el collar y no espere que crea sus mentiras.

Temí estar padeciendo una pesadilla. Seguramente me había quedado dormida sobre el catre y aquella horrible escena formaba parte del sueño. Retrocedí y sin querer pisé al perro, que dio un aullido.

— No... comprendo... su actitud — protesté —. Se está portando de un modo... muy... incorrecto.

Podía haberle dicho otro adjetivo más tajante, pero no deseaba romper completamente las hostilidades.

Sentí sus dedos sobre mi brazo, como cinco tornillos de hierro.

— Se cree muy lista, ¿verdad? En realidad, consiguió embaucarme con su expresión de chiquilla frívola y flirteadora. Pero no me resignaré a que se lucre con mi trabajo. Usted y sus amigos. Están todos metidos en el asunto, ¿no...? Es inútil que mire hacia las tiendas. Sé que no están aquí. Los he visto en el café de la plaza. Vamos... hable. ¿Cuál es su juego...?

No pude contestar. La frase de «chiquilla frívola y flirteadora» habíame puesto en la garganta un nudo que estaba a punto de deshacerse en sollozos. La decepción era tan amarga que había apagado mi rebeldía habitual y mis aptitudes discutidoras. Inconsciente de la inoportunidad de su gesto, *Bête* se puso en dos patas y me lamió la barbilla, con aquella lengua áspera que yo calificara de bistec sin patatas.

Nuevamente Hans rugió:

— ¡Devuélvame el collar!

Me desasí de sus dedos. Una gruesa lágrima resbaló por mi cuello. O quizá fuese sólo la baba del perro.

— Ya le he dicho que lo guardé en el remolque — pude articular al fin —. Olvidé cogerlo. Mañana mismo encargaré que se lo devuelvan.

— ¡Mañana! Aunque eso fuese verdad, ¿cree que puedo esperar a mañana...? Tengo que marcharme inmediatamente. ¿Dónde está ese maldito

remolque...? — Dio un puntapié a una piña, que quizá fuese la misma a la que Vic martirizara también. Una piña con triste destino.

— Supongo que en el garaje... — murmuré.

— ¿Aquí en el pueblo? ¿Cuál es ese garaje?

Tuve que quitarle las ilusiones.

— Pepe lo encierra siempre en un garaje en el último pueblo en el que actuamos. — Dije «actuamos» como si hubiésemos sido una *troupe* de circo. Pero no estaba para sutilezas en aquel momento. Mencioné a continuación el nombre del lugar.

— Va a venir conmigo ahora mismo — dijo nervioso, oteando en la oscuridad, temiendo sin duda ver surgir refuerzos que acudieran a ayudarme.

— ¿Ir con usted...? ¿Adónde...?

¡Qué diferente invitación de la que me hiciera anteriormente! Tan sólo unas horas antes nos habíamos entregado con alegre camaradería a aquel banquete orgiástico a base de mariscos y vino blanco...

— A ese pueblo y a ese garaje — puntualizó —. Así sabré si dice la verdad. Vamos...

Vacilé un instante y decidí que sería mejor obedecer y acompañarle para que se convenciera de mi sinceridad... y para poder arrojarle a la cara el dichoso trozo de correa que tanto trastorno nos causaba. No era aún medianoche. Llegaríamos a nuestro destino en una hora. A las dos podríamos estar de regreso. Nadie tendría que enterarse del disgusto que mi austríaco me causaba. Todos se burlarían de mí al enterarse. Simplemente si me veían regresar con él, diría que habíamos ido a bailar a cualquier punto de la costa. Mi dignidad femenina quedaría a salvo. Nadie sabría una palabra de aquella horrible frase: «muchacha frívola y flirteadora...»

¡Decirme una injusticia semejante a mí..., que llevaba años y años locamente enamorada del mismo hombre y que de rechazo me había dejado impresionar por otro, sólo porque se le parecía!

— Está bien. Le acompañaré. Le entregaré su odioso collar y daré gracias al cielo cuando les pierda de vista a su perro y a usted...

Fui injusta con el pobre *Bête,* pero la ira no me dejaba raciocinar.

— ¿Adónde va ahora...? — preguntó viendo que me dirigía a la tienda de Vic.

— A buscar la llave del remolque. Solemos quedarnos con una — expliqué con malos modos.

Sobre el jergón de Vic estaba el *sweter* de «ochos», cuya vista me hizo empezar a llorar sin saber por qué. Conseguí dar con la llave, y acaricié el *sweter* como despedida quizá postrera. ¡Cualquiera adivinaba las reacciones de mi energúmeno austríaco...! Me sentía protagonista de una película de miedo, aunque no lo tenía. Hans, con su pelo rubio, su rostro perfecto y su traje bien cortado, no conseguiría atemorizarme en serio. Se parecía demasiado a Vic. Sólo sentía rabia y decepción.

El coche azul estaba detenido en la carretera y subí a él en un estado de ánimo muy diferente al de aquella tarde. Como señora de compañía llevábamos a *Bête* en el asiento de atrás.

Hans agarró el volante y emprendimos la marcha más alucinante que me fuera dado padecer en mi vida entera. No mencionó la luna, a pesar de que brillaba románticamente sobre el mar, ni articuló el menor monosílabo, atento sólo al volante. Yo, que estaba convencida de que habíamos roto ya la barrera del sonido, sólo repetí incansablemente durante el trayecto el mismo estribillo:

— ¡Vamos a matarnos...!

Y también, en un acceso de desesperación:

— ¡Y todo esto por el collar de un perro!

Frases ambas que se llevó el viento en el instante de ser pronunciadas y que sólo Dios sabía adónde aterrizarían las pobres.

Con los dientes apretados y los ojos guiñados para ver mejor el camino, el austríaco ya no se parecía a Vic..., o para decirlo bien, al Vic de «Mimitos». ¡Qué no habría dado yo por tener al otro allí, al verdadero, y no a la copia falsa, que tan perfecta me pareciera siglos antes...! Tenía la impresión de que la desenfrenada carrera duraba siglos.

Acabó al fin, antes de que me volviese loca del todo. Aquel coche azul, de aspecto frívolo, ocultaba un motor fabricado en Marte por supermecánicos electrónicos.

Las calles del pueblo estaban aún bastante animadas, pero el garaje hallábase cerrado y tuvimos que dar muchas vueltas y hacer muchas preguntas hasta dar con el garajista, que sorbía apaciblemente una granadina helada, ante la mesa de un café, con su mujer y sus hijos.

Me reconoció, me saludó amistosamente y me prestó la llave, rogándome que se la llevase otra vez al café, lo cual prometí. Tuve que explicarle que habíamos olvidado algo importante dentro del remolque.

Lo cual era cierto. Un importante collar de perro.

Volví junto a Hans, que no se había bajado del coche. Al situarme junto a él, me miró de un modo indefinible.

— No sé si es usted, en efecto, una buena chica, o si su cinismo es el más gigantesco con que me he enfrentado jamás — dijo con una leve sonrisa atractiva. Pero ya era demasiado tarde para mi corazón, acorazado contra sus sonrisas.

— Soy una buena chica cínica — dije con sequedad —. Siga por esta calle, tuerza a la derecha y atajaremos. Ardo en deseos de terminar este ridículo asunto y regresar al campamento. Ahí está ya el garaje.

Era un garaje pequeñito, ocupado sólo por nuestro remolque y por dos o tres motos. Al vislumbrar el remolque con sus ventanitas verdes y sus cortinillas blancas, *Bête* lanzó un alegre ladrido de amistad, capaz de despertar a los habitantes de todos los pueblos de la provincia. Sin duda recordaba sus exhibiciones circenses que le convirtieran en un ídolo de las masas. *Bête* debía de tener alma de payaso.

Dentro del remolque flotaba aún el leve aroma de la colonia de Vic, de la pipa nauseabunda de Pocito y del jabón amarillo de Tesa. Quizá también olía a mí, pero yo no lo percibía.

Hans lanzó un grito ahogado porque se había golpeado con el pico de alguna cosa. Encendí una lámpara de petróleo y me di cuenta de que me temblaban las manos. En seguida me dirigí al armarito empotrado y abrí el cajón, dispuesta a tirar el collar a la cara de mi ex pareja de valses. Pero tanteé inútilmente en el interior vacío. No podía tirarle otra cosa que no fuera un botón olvidado y una horquilla torcida.

Se me cortó la respiración. Se agolpó la sangre en mi cabeza. Luego se me agolpó en el pecho y se fue agolpando en una porción de sitios raros que

me dolían por turno. Abrí el cajón de abajo y el cajón de arriba. Abrí el cajón de al lado y el cajón de enfrente. Abrí el cajón de la izquierda y el cajón de la derecha. Abrí el armario de Vic y el de Pocito. En el cajón de Pocito descubrí una novela verde que me llenó de asombro. En el de Vic un bolígrafo y un cigarrillo.

Nada más.

Me volví hacia Hans, que sentado sobre una litera no me quitaba ojo. *Bête* estaba en dos patas, asomado a la ventana, esperando sin duda que alguien se riera al verle asomarse. Pero como no había un alma en el garaje, quedó defraudado su alarde exhibicionista.

— No está — confesé. Y por vez primera aquella noche, tuve algo de miedo. Deseé que el garajista hubiese venido con nosotros y deseé también que Hans no me mirase con tan desagradable fijeza. Sentí las manos heladas y un músculo de mi cara empezó a temblar.

— Debí haberlo supuesto — dijo —. Sólo quería usted ganar tiempo, ¿no...? — Se levantó, pareciéndome demasiado grande en el interior del remolque. Demasiado grande y demasiado furioso.

— Lo puse aquí — dije palmeteando la madera, como si con aquel gesto pudiese convencerle y convencer al collar de que reapareciera —. Juro que lo guardé en este preciso lugar. No sé qué puede haber ocurrido. Quizá los mecánicos de la limpieza. De todos modos, su actitud es absurda... Le pagaremos el precio del collar. Le devolveremos sus mil pesetas si es preciso...

En todo caso, tendría que entendérselas con Pocito, pensé, aliviada. Ojalá estuviera Pocito allí, para cargar con el peso de mi responsabilidad.

Escuchó en silencio, mirándome con la misma frialdad siniestra. Al fin, dijo con gran esfuerzo:

— Es usted una excelente actriz. La felicito por su habilidad. De buena gana la estrangularía aquí mismo, pero ese delicioso deporte no entra en mis costumbres. Ha sido astuta..., más astuta que yo. Tengo que inclinarme y hacerle una reverencia, reconociendo que me ha tomado el pelo... Consideré que eran ustedes gente inofensiva y que enviarles el perro era lo mejor que podía hacer. Nunca creí que descubrieran lo que iba dentro del collar.

— ¿Dentro del collar...? — me asombré.

— Temía que el hotel fuera registrado de arriba abajo, como en efecto lo fue.

Me pasé la mano por la frente, retirándola llena de sudor.

— No entiendo lo que dice. No había nada raro en el collar. Es posible que cualquiera de mis amigos lo haya tirado, creyendo que se trataba de una correa sin valor. Le repito que le indemnizaré... ¡Dios mío! Este asunto es completamente ridículo, ¿no se da cuenta...?

— ¡Indemnizarme! ¿Está dispuesta a darme trescientas mil pesetas...?

Quedé muda, con la cabeza hecha un caos. Sin darme tiempo a rehacerme continuó:

— En este juego peligroso hay que saber perder. — Hizo un gesto de amargura y se puso guapísimo. La expresión de sus ojos me recordó la que tuviera por la tarde, al referirse a su madre. Una expresión frustrada, como si considerase injusto que el mundo le golpeara cruelmente —. Quédese con la pulsera, puesto que se la ha ganado con habilidad... Podía enviar un anónimo a la policía para que registrasen su campamento..., pero no lo haré. Entre ladrones de gran mundo hay que jugar limpio, ¿verdad? — Sonrió con esfuerzo —. ¿O le molesta que la llame ladrona...? Es un adjetivo como otro cualquiera. Casi me gusta que me lo apliquen. Cuando me llaman ladrón, sugieren que he sabido ser más listo que cualquiera de mis semejantes... ¿No está de acuerdo...? En fin, me marcho. Tengo que cruzar la frontera en seguida. Los policías del hotel estaban ya haciendo preguntas indiscretas a mi respecto... Por eso he tenido que precipitar los acontecimientos.

Salió del remolque inesperadamente y cerró por fuera.

— No se alarme. Es sólo una medida de precaución. Ya vendrá alguien a libertarla... cuando yo esté lejos.

Me asomé a la ventana y le vi por última vez de pie, a la débil luz de la bombilla que iluminaba el garaje. Con su pelo dorado, su traje oscuro y su aspecto de príncipe de opereta. Un ladrón internacional. El hombre que dijera que charlar conmigo equivalía a un baño de sol. El amigo que me paseara en su patín.

Mis ojos se llenaron de lágrimas amargas y un sinfín de frases incoherentes que jamás conseguiría pronunciar se agolparon a mis labios.

Con la última mirada quise explicarle que sentía muchísimo que fuera un ladrón... y que yo no era una ladrona. Que no comprendía del todo aquel horrible embrollo y que la noche anterior apenas había podido conciliar el sueño por su causa. Que me había gustado mucho porque se parecía a Vic..., pero, ¡oh sarcasmo!, sin los defectos de Vic. Que creí ver en él una puerta de escape a mi sufrimiento perpetuo. Que sentía no llegar a conocer nunca su pisito de París...

Ahogando un sollozo, sólo dije:

— ¡Vuelve usted a dejarse el perro!

Me miró desde la puerta.

— Le regalo el maldito perro. ¡Siempre pensé que me daba mala suerte! — concluyó.

Él también tenía, sin duda, su cajón especial donde guardaba los objetos fatídicos. Para mí iba a ser bastante difícil guardar en él a *Bête.*

Cerró la puerta y a continuación oí el potente rugir del motor del coche azul que reemprendía su marcha meteórica.

La orquesta que ejecutaba valses en mi subconsciente, guardó sus instrumentos. Mis pies cesaron de danzar. Dentro del garaje y dentro de mi corazón sólo quedaron el silencio y la oscuridad.

¡Ah! Y también el pobre *Bête,* como una especie de sagrado depósito.

* * *

Durante las horas que siguieron, padecí un anonadamiento absoluto. Al darme cuenta de que no podía salir por la pequeña ventana, a menos de que destrozase el armazón del remolque, me acurruqué en la litera tratando de poner en orden mis ideas.

No conseguí ordenar nada. Las palabras de Hans seguían resonando en mis oídos, llenándome de confusión.

«Entre ladrones de gran mundo hay que jugar limpio, ¿verdad? ¿O le molesta que la llame ladrona...?»

«Me marcho. Tengo que cruzar la frontera en seguida... Los policías del hotel ya estaban haciendo preguntas indiscretas a mi respecto...»

«Ladrón internacional... Suena elegante...»

Sonaba elegante... y sonaba triste, decidí. Pensé en la madre de Hans y en lo que habría pensado de las hazañas de su vástago. Recordé el modo encantador que tenía Hans de mondarme las gambas aquella misma tarde, escogiendo para mí las más apetitosas. Evoqué el sonido de su risa amistosa y lloré bajito porque estaba asustada, porque me sentía en ridículo como una doncella raptada y abandonada y porque tenía ganas de llorar, en definitiva.

Cuando al cabo de un tiempo que me pareció interminable, el perro empezó a ladrar al oír ruido de voces muy cerca, apenas tuve energías para incorporarme, sintiéndome hecha un fardo por dentro y por fuera. Y cuando se abrió la puerta del garaje dando paso a un Vic aterrado y fuera de sí, seguido por el desdichado garajista a quien decidiéramos no dejar dormir aquella noche, lo único que supe hacer fue colgarme del cuello de mi adorado tormento y padecer un estupendo ataque de histerismo.

Sólo algo después, mientras bebía un café malísimo en la propia casa del garajista, atendida por su mujer y observada por los desorbitados ojos de los tres vástagos, volví a tener noción de las cosas. Observé que Vic estaba arrodillado junto a mi butaca y que cogía mis manos con un ansia que pudiera calificarse de frenesí. El dueño de la casa no cesaba de secarse el apoplético rostro con un pañuelo enorme y repetía incansable que cuando vio pasar el meteoro azul de Hans sin llevarme a mí a bordo sin detenerse ante sus voces pidiéndole la llave, comprendió que algo raro ocurría, por lo cual decidió telefonear a Pepe, que dormía apaciblemente en su casa de Barcelona. A su vez, Pepe, extrañado por tan rara historia, telefoneó al campamento, o, para decirlo con exactitud, al café de la plaza donde nos tomaban los recados telefónicos. Como toda la plana mayor de la «Familia Útil» estaba precisamente en el café, Vic se movilizó en el acto.

— Le aseguro, señorita, que temí encontrarla en el interior del remolque con un cuchillo clavado en el corazón — dijo alegremente el garajista, asiduo lector de novelas terroríficas.

Los niños gritaron alborozados, lamentando en el fondo que las cosas no hubieran resultado tan interesantes. *Bête,* sentado sobre sus patas traseras, seguía con ojos fascinados el itinerario del jilguero que dentro de su jaula saltaba de una caña a otra.

Supliqué a Vic que me llevase a «casa», jurándole por los huesos de mis antepasados que nada me dolía y que podía perfectamente hacer el viaje.

Recibí besos de despedida de la señora del garajista, dándome cuenta entonces de que llevaba toda la cabeza llena de horquillas rizadoras; besé a los niños, que lamentaron que se acabara el espectáculo, y casi estuve a punto de besar al gordinflón garajista, porque no sabía exactamente lo que hacía.

Subí en el coche de Vic, que no era de Vic, sino prestado por su amigo el médico dueño del sanatorio, que veraneaba en el Hotel Terraza. Un coche oscuro, sin frivolidades, menos bonito que el famoso coche azul pálido, pero más seguro y tranquilizador.

La carretera, iluminada por la luna, parecía también diferente de la pista peligrosa por la que volábamos horas antes mi raptor y yo. Como diferente era el conductor, a pesar de que lo mismo el uno que el otro eran rubios, tostados por el sol y con perfiles de dioses egipcios. Pero mi dios egipcio auténtico llevaba un *sweter* blanco con punto de «ochos» que simbolizaba todo un mundo de ternura, de compañerismo y de ensueños compartidos. Miré sus manos, que sujetaban el volante, manos cariñosas y suaves, de cirujano. Manos honradas y compasivas. Y sentí un ataque de arrepentimiento y de vergüenza por aquellas cuarenta y ocho horas irritantes durante las que no cesara de herir a Vic con mis palabras.

Como si adivinara mis sentimientos, Vic detuvo el coche junto a la cuneta, e igual que lo hiciera antes, alzó mi barbilla y me hizo mirarle a los ojos. Su proximidad resultó tan turbadora que bajé los míos y ocultando mi cara en su pecho sólo pude decir:

— Perdóname, Vic... He sido tan estúpida... Pero es que se parecía tanto a ti...

Y aquella pueril confesión logró lo que años de ironías y peleas no consiguieran: derritió milagrosamente el bloque de hielo, convirtiéndolo como por obra de magia en una hoguera fantástica cuyas proporciones jamás hubiese yo podido soñar.

Allí mismo, mientras sentía sus labios en mi cuello y en mi boca, iniciamos una fascinadora conversación entrecortada que mezclaba amores, collares de perro, patines a vela, barones austríacos, pulseras de brillantes,

celos feroces y dolorosas inquietudes. Todo ello envuelto en un resplandeciente velo de felicidad que nos impulsaba a reír y casi a llorar a la vez.

— Vic..., Vic... — gemía entre sus brazos —. No es posible...

— ¿El qué no es posible...?

— El que tú me quieras...

— ¿Por qué no ha de ser posible si te adoro desde el instante en que te conocí...?

Sonreí de alegría y me enfurecí de cólera, una cólera nueva, bondadosa y optimista.

— ¿Y por qué no me lo decías, caramba...? Me has convertido en una neurasténica..., en una fiera irritable..., en una solterona llena de complejos..., en una...

— No quería decirte nada mientras no tuviese mi carrera acabada y pudiera ofrecerte un medio de vida satisfactorio... Por eso todo mi afán era estudiar..., estudiar para conseguir algo concreto... ¿Crees que no me desesperaba viéndote trabajar y pasar angustias?

— Yo no pasaba angustias por falta de dinero. El dinero no me importa nada. Pasaba angustias porque no te dignabas dirigirme una mirada... sabrosa.

Me miró de tal modo, que fui ampliamente compensada en aquel corto instante.

— Conque sabrosa..., ¿eh...?

Volvió a besarme y volví a pensar íntimamente:

«No es posible que esto suceda. Es demasiado bueno.»

Pero era posible. Sucedía. La anémica y tímida luna debía de estar pasando un mal rato viéndonos. Empezó a adquirir un tono verdoso, de pura envidia.

Vic continuó hablando, con aquella voz que yo adoraba, calmando mis inquietudes y diciendo que me quería..., que me quería... y que había pasado una semana infernal por causa del austríaco.

Protesté:

— ¡Pero en cambio no tenías celos de Pepe!

Rió.

— Nunca me dijiste que Pepe se pareciera a mí. Hace tiempo que yo sabía... — se turbó —, que yo sospechaba tu... tu afecto...

— ¡Qué desfachatez! — comenté, aunque pensaba que solamente un ciego y un tonto podrían no haberlo comprendido.

— Por eso callaba, sin querer precipitar los acontecimientos, pero seguro de tu amor... Seguro de que llegaría al fin... este momento.

— Pues lamento decirte que ya estoy medio loca por Pepe — coqueteé.

— Cuando le conociste, dijiste que era un tipo de hombre que jamás te gustaría. Ridiculizaste su nuez tan saliente y su manía de hablar un poco a golpes, como una codorniz. Maquiavélicamente, decidí que puesto que Pepe no era peligroso, convenía que salieses con él..., lo cual evitaba que lo hicieras con otro.

— Fantástico. Mientras yo pensaba que eras un niño Juanito, estudioso y sin complicaciones, tú recreabas tu espíritu luciferino metiéndome al pobre Pepe por los ojos. Si se enterase, no te lo iba a agradecer.

Me apretó contra él, haciendo que apoyara mi cara contra su cuello. ¡Qué delicioso olor el suyo, mezclado con el de su colonia barata, y el de la lana blanca, tejida a punto de ochos!

— Tú me perteneces — dijo con un tono de voz parecido al que debieron emplear los conquistadores españoles en tierras de América —. Siempre me perteneciste. Ni Pepe ni nadie hubieran podido evitarlo. Ni tú misma... Si ese estúpido barón hubiese logrado conquistarte..., yo te habría matado.

Así, sencillamente, mi ex bloque de hielo dijo al fin la maravillosa frase que a todas las mujeres del mundo, de cualquier color, edad y raza, haría escalofriar desde la coronilla hasta la punta de los pies. La frase viril del macho, exclusivista y posesivo: mía o de la tumba.

Y yo decidí nuevamente lo que ya había decidido hacía varios años: ser suya, absolutamente suya.

Pero él sería mío también... Absolutamente mío...

Y los huesos de «Mimitos», cuidadosamente empaquetados, serían subidos al desván de la «Pensión Revuelta».

* * *

La llegada al campamento cuando la luz del alba comenzaba a abrirse paso por entre los pinos, resultó una apoteosis amistosa que me emocionó, al descubrir que era tan querida por mi grupo.

Allí estaban todos, con la máxima expresión de angustia reflejada en sus caras, temiendo que a «la niña» le hubiese sucedido algo malo: el «Pocito de las Furias», más parecía que nunca el enano gruñón de Blanca Nieves; Tesa, con su enorme corpachón temblando de nervios; y ¡Pepe...! el pobre y desacreditado Pepe, que desde Barcelona habíase plantado allí en el coche para enterarse personalmente de lo que sucedía y que por una sola vez en su vida no llevaba el pelo apisonado por medio kilo de fijador.

Sus voces de «¿Qué ha ocurrido?», «¿Estás bien...?», «¿Qué pasó...?», me hicieron un nudo en la garganta y para disimular me eché a reír porque casi a continuación Pocito lanzó un rugido viendo a *Bête:*

— ¿Pero es que no va a haber medio de librarnos de este maldito elefante...?

A lo cual *Bête* respondió con astucia increíble, poniéndose en dos patas y lamiendo la cara de su enemigo.

Minutos después, sentados en cajones de madera alrededor del fogón de petróleo sobre el que humeaba el delicioso café de Tesa, tratamos de explicarnos coherentemente la aventura unos a otros.

La policía había estado hacía media hora en el campamento a hacer preguntas sobre Hans, a quien habían visto conmigo aquellos dos días. Sin duda los informes que llegaran de París acerca de mi pareja de valses confirmaron lo que él mismo me había dicho.

«Ladrón internacional. Suena elegante, ¿verdad?»

Suspiré y Vic me miró porque estaba convencido de poseer también el monopolio de mis suspiros. Azorada, hice confesión general de cuanto sucediera aquella noche y al llegar al párrafo en el que se mencionaba el collar de *Bête,* Pocito dio la nota sensacional diciendo con su brusquedad invariable:

— ¿El collar del perro...? ¿Una correa llena de púas muy desagradables...? Lo tengo en el bolsillo de mi cazadora vieja. Lo vi en un cajón del remolque y lo guardé con objeto de arreglarlo.

Enloquecidos, corrimos todos en busca de la cazadora vieja, encontrando al fin el objeto de los desvelos de Hans.

Con una navaja, Vic hizo una abertura en el cuero y extrajo ante nuestros atónitos ojos una cinta de brillantes que relucía a la luz de la luna. Aquél era el secreto de mi guapo ladrón... que trató de burlarse de la modesta y trabajadora «Familia Útil».

Nadie respiraba: Tesa preguntó al fin:

— ¿Qué haremos...?

A lo cual Pocito repuso con dignidad:

— Ir inmediatamente a la policía y contarlo todo de pe a pa. Supongo que no pensaréis hacer lo que en las novelas policíacas, donde siempre hay uno que por dárselas de listo no cuenta nada a los detectives aunque vea caer a sus amigos uno a uno con el vientre abierto y sólo se decide a hablar cuando creen que es el asesino. Pero lo ahorcan por idiota.

Era el párrafo más largo que le oyera a Pocito y me sorprendí al saber que leía novelas policíacas. Pero luego recordé aquella novela verde descubierta en su cajón y decidí que nuestro amigo era una caja de sorpresas, llena de vida interior.

Pepe quiso a su vez sorprendernos:

— Estáis de enhorabuena. La chilena ha ofrecido veinticinco mil pesetas a quien le devolviera el brazalete...

Y esta frase hizo que Tesa enloqueciese de alegría y agarrara a Pocito, poniéndose a bailar con él una extraña danza coreada por los ladridos de *Bête,* a quien injustamente acusáramos de darnos «mala suerte». Nuestro perro dinosaurio quedaba miembro permanente del campamento.

Vic rodeó mi cintura con su brazo y Tesa, a quien a pesar de la danza no se le escapaba detalle, abrió la boca con estupor mirándome interrogadora. Yo le hice un guiño afirmativo y ella alzó los brazos al cielo, entró en la tienda y volvió a salir con copas y una botella de champaña. O para ser exactos, de sidra.

Brindamos alegremente, aunque Pepe y Pocito no supieran exactamente el verdadero motivo por el cual bridábamos, pero Tesa y yo reíamos y nos decíamos por la telefonía sin hilos de nuestra comprensión femenina que la «Pensión Revuelta» cobraría nueva vida durante aquel invierno, con la

felicidad de una pareja que trabajaría ferozmente unida en pro de la liberación que ya comenzaba a vislumbrarse.

A las seis de la mañana, Pepe decidió que era hora de regresar a Barcelona a ver si aún conseguía dormir algo, pues le habíamos hecho polvo la noche. Se volvió hacia mí y con la confianza habitual dijo:

— Acompáñame al coche, preciosa.

Le acompañé..., pero con Vic entre los dos, como una muralla de músculos y piel que el pobre Pepe ya jamás conseguiría franquear. Más tarde llegaría la explicación. De momento ni Vic ni yo deseábamos turbar su placidez de muchacho bondadoso y un poco simple. Estaba segura, aunque ello hiriese mi vanidad femenina, de que nuestro noviazgo no le haría demasiada mella. Pronto se convertiría en el «eterno plan» de cualquier otra chica... y nos haría un estupendo regalo de boda.

Sobre unas rocas vimos Vic y yo cómo amanecía en el mar. Hasta nuestro olfato llegaba ya el olor de las patatas fritas con que Tesa haría sus treinta tortillas diarias, que yo vendería en las bolsitas color naranja. Pocito se había marchado, como perfecto ciudadano, en busca de la policía, con el collar de *Bête* y la pulsera en el bolsillo, haciendo con seguridad un cálculo mental sobre la situación de nuestras finanzas... una vez añadidas las veinticinco mil pesetas a nuestra cuenta de la «Hucha Pro Liberación».

Estaba segura de que Pocito referiría nuestra novela policíaca con toda clase de tintes sombríos. Pero a mí, a pesar de todo, me parecía más bien una alegre película en tecnicolor.

Durante unos segundos pasó por mi cerebro la imagen de un hombre rubio que conducía un meteoro azul pálido y que corría hacia la frontera francesa. Un loco, falsamente encantador, a quien en el fondo no me avergonzaba de desear que pasara la frontera a tiempo.

No hubiera sabido explicarme el porqué de tal deseo. Quizá porque se parecía a Vic... y porque era demasiado alegre, demasiado simpático y demasiado atractivo para acabar sus días en una cárcel...

«Hablar con usted es como tomar un baño de sol...»

Yo opinaba lo mismo respecto a él. Durante cuarenta y ocho horas me hizo padecer una insolación danubiana... que ya había pasado. Traté de disculparme a mí misma y me dije:

— A cualquier mujer le hubiera ocurrido lo mismo... ¡Qué habría sucedido en el cuento de la Cenicienta si hubiese encontrado en el baile a dos príncipes encantadores... en lugar de uno...?

Era una pregunta difícil de contestar.

Me volví hacia Vic y le pedí que me apretara fuerte entre sus brazos. Junto a él, la vida sería siempre, a pesar del trabajo y de la escasez de dinero, como unas eternas vacaciones al sol...

— Vic...

— Nena mía...

Alcé la cabeza, empinándome para acercar mi mejilla a la suya, cálida y áspera.

— ¿Sabes una cosa...? Eres un maravilloso general cartaginés...

BAJO EL SIGNO DEL MIEDO

Vivía bajo el signo del Miedo.

Por la mañana había despertado bruscamente con el sonido de unas carcajadas aterradoras. Quedó inmóvil, recostada en el lecho, sin atreverse a indagar lo que sucedía. Por fortuna, su hermana al entrar con la bandeja del desayuno le explicó tranquilamente:

— Es «Tío Monstruo», que está desayunando. No te asustes.

Se asustaba a pesar de ello. «Tío Monstruo» era una inagotable fuente de sobresaltos. Su hermana llevaba más tiempo viviendo junto a él y estaba acostumbrada a sus rarezas. Pero tan sólo hacía tres meses que Amanda había llegado a Madrid, a vivir también bajo la tutela del único pariente que les quedaba y todavía no conseguía acostumbrarse a ver a su tío Juan entrar en el comedor maquillado como «el cadáver resucitado», «el loco del pantano» o «el hombre lobo».

Era un entusiasta de su profesión y se pasaba la vida ensayando nuevos disfraces, nuevos gritos inhumanos, nuevas garras postizas en los dedos, nuevos colmillos que se colocaban sobre los naturales, dejándolos descansar sobre el labio inferior, mientras la baba le mojaba la barbilla.

No podía comprender cómo el tío eligiera tan horrible trabajo, pero comprendía que hubiese triunfado en él, ya que le dedicaba todo su entusiasmo. Se le consideraba «el monstruo número uno del cine español», y si bien no ganaba demasiado dinero porque las películas policíacas escaseaban, era insustituible para el caso de que un director necesitara la breve aparición de un tipo siniestro en cualquier film.

En la actualidad «Tío Monstruo» era feliz. Iba a iniciarse el rodaje de una serie de películas sobre las aventuras de *La alucinante máquina asesina* y, naturalmente, la máquina asesina sería él, una especie de hombre-robot de aspecto escalofriante, escapado de un planeta cualquiera. Desde hacía

una semana «Tío Monstruo» andaba por los pasillos sin doblar las articulaciones, movía la cabeza de izquierda a derecha en tres tiempos con rigidez espantosa, y lanzaba gruñidos guturales que de vez en cuando interrumpía para decir a su sobrina mayor:

— Juanita, tráeme el café. Se me seca el gaznate.

Por lo demás, tío Juan era la bondad personificada. Incluso le gustaba que le llamasen «Tío Monstruo». Fue Juanita quien le puso el nombre cuando hacía ya un año, y a raíz de la muerte de su madre, única hermana de tío Juan, se trasladó a Madrid a vivir con él.

Hasta entonces habían vivido en una playa de Alicante, al frente de un restaurante que apenas producía dinero. Al quedar huérfanas, Amanda había intentado vanamente sacar el negocio a flote ella sola, pero al fin tuvo que reconocer su fracaso y marchar también a la capital, reuniéndose con su hermana en el hogar que el bondadoso tío Juan les brindaba.

Ahora estaba allí, tratando de acostumbrarse al contraste de la radiante visión matinal vislumbrada desde su casita en plena playa levantina, con los rugidos del tío, sus caracterizaciones y sus bromas un poco siniestras.

Y sobre todo, adaptarse a su nuevo empleo, que «Tío Monstruo» le consiguiera. Un empleo relacionado, por supuesto, con el Miedo.

Gracias a la amistad de un ayudante de un director cinematográfico, amigo de un escritor, amigo a su vez de un editor, Amanda ejercía desde hacía dos semanas su nuevo cargo de secretaria en la «Editora del Miedo», una empresa que lanzaba diez o doce colecciones de gran éxito, todas policíacas. En principio, le gustaba su trabajo y el rutinario movimiento editorial, animado por las visitas de los autores, traductores, distribuidores y publicistas. Incluso empezaba a acostumbrarse a decir con naturalidad:

«Hemos recibido un buen pedido de *Sangre para llenar el lago* y *El alegre asesino.* Hay, en cambio, devoluciones de *La tumba abierta* y *Cuerdas para ahorcarnos.*»

Su jefe, el señor Ferrer, era un hombre alto y delgado, de cabellos grises y espesas cejas negras, de carácter gruñón que escondía un natural amable. Leía cuantas obras publicaba y, en su opinión, debía a ello las dos úlceras de estómago que le aquejaban y que le obligaban a tomar unas pastillas color de rosa a las horas pares y otras amarillas a las horas impares.

Era un viejo solterón y su vida transcurría entre los muros de su confortable despacho, que sólo abandonaba los domingos para visitar por la mañana el Museo del Prado, encerrándose por las tardes en algún cine donde proyectaran películas de Walt Disney. Pero indudablemente los domingos constituían una pesada carga para él, deseando ardientemente que llegase el lunes para ocupar desde temprana hora su cómodo sillón ante la mesa llena de papeles, presididos por una figurilla de bronce representando un hombre envuelto en una capa negra de siniestro aspecto. Bajo el pedestal, sobre una placa dorada, se leía la dedicatoria:

«El alegre asesino» saluda cariñosamente
a su colaborador, por intermedio de

LARRY CARTER

El alegre asesino había constituido y seguía constituyendo el mayor éxito de la «Editora del Miedo». Larry Carter era el seudónimo de su autor Lorenzo Castro, un tipo de edad indefinida, bajito y delgado, que se torturaba las fosas nasales con un pellizco nervioso mientras hablaba en susurros. Era íntimo amigo de su editor y todas las tardes acudía a visitarle, ocupando un sillón medio escondido del que surgía de vez en cuando su inesperado comentario, asintiendo o rechazando el tema puesto a discusión.

Amanda conocía ya a todos o a casi todos. A Antonio Ros, especializado en «libros duros» con personajes que se machacaban a golpes. A Camila Albert, cincuentona atractiva de cabellos blanquísimos coronados siempre por elegantes sombreros, cuya dulce expresión no le impedía saber cuanto pudiera saberse acerca de venenos. A Julio Bernal, guapo, joven y alegre, que hacía estremecer a sus lectores de risa o miedo, y también a Irene Vargas, cuyo aspecto sugestivo la hubiera clasificado a simple vista como autora de novelas de amor, pero que buscaba a sus protagonistas unos complejos aterradores, barajando esquizofrenia y paranoia.

Amanda solía mirarla a hurtadillas porque le encantaban sus vestidos, sus zapatos, su peinado y la desenvoltura elegante con que fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Estaba casada con un médico de cierto renombre, pero se dejaba acompañar con excesiva frecuencia por Julio Bernal, lo cual

era un eterno manantial de chismografía entre las mecanógrafas de la oficina de expedición.

Aquella mañana, como otras muchas, Amanda hizo su tocado entre rugido y rugido de «Tío Monstruo» y para evitar tener que darle el consabido beso matinal sobre aquella máscara extraña de pasta gris, le hizo un amistoso gesto con la mano.

— No vendré a comer, Juanita — indicó a su hermana.

«Tío Monstruo» dejó de saborear su chocolate con tostadas y comentó:

— Te explotan en esa oficina, chiquita. No tienes nunca tiempo ni para rascarte.

El léxico del tío era siempre lamentable.

— Déjala — intervino Juanita —. Es buena señal el que se haya hecho indispensable.

— Tengo que prepararlo todo para el coctel de esta tarde. Tendrá lugar la votación final y se adjudicará el premio «Terror» a la mejor novela de las presentadas a concurso. Han eliminado más de cuatrocientas. Sólo quedan cinco finalistas.

— ¿Quiénes forman el jurado?

— Los autores de la casa y mi propio jefe.

A «Tío Monstruo» le brillaron los ojos con deleite.

— Esas cinco novelas finalistas serán muy buenas, ¿no...? Con seguridad se podría hacer con ellas unos espléndidos guiones de cine. ¿Las has leído...?

— Sólo una. La que tiene mayores probabilidades de ser premiada. Es... atroz.

— ¿Atroz...? — «Tío Monstruo» alzó una ceja pintada de purpurina plateada —. ¿Por qué es atroz...?

— Resulta espeluznante.

— ¡Soberbio! ¿No describe algún personaje monstruoso que yo pudiera interpretar en caso de...?

— Todos los personajes son monstruosos: el padre loco, la madre muda, la hija sonámbula, el novio de la hija epiléptico, el vecino enano, la criada borracha, el marido de la criada paralítico... Hasta hay un loro que sólo sabe decir: ¡muerte y condenación!, y padece ataques de rabia furiosa.

«Tío Monstruo» daba saltos de felicidad sobre su silla.

— ¡Fantástico! Se llevará el premio, sin duda alguna.

Sus garras postizas yacían sobre la mesa, junto al plato de las tostadas. Juanita las cogió sin el menor respeto y las puso sobre el aparador, al lado del frutero.

— No sé por qué te maquillas antes del desayuno, tío — protestó —. Me asquea ver tus garras encima de la mesa.

— Perdona, rica. Me levanté muy temprano para ensayar diversos maquillajes. A las diez vendrá a recogerme el coche del estudio. Y por cierto, ya no tengo mucho tiempo que perder. Hasta luego, Amanda.

— Adiós, hasta la noche.

Bajó la escalera y atravesó el portal angosto que la portera barría. Al verla, se apoyó en el mango de la escoba, dispuesta a entablar conversación.

— Buenos días. No espere al muchacho, porque ha pasado por aquí hará ya media hora y me encargó le dijese a usted que hoy no podía aguardar.

Su tono era confidencial, pero se sintió defraudada por la naturalidad de Amanda.

— Perfectamente. Mil gracias.

Echó a andar en dirección al autobús. Había niebla, una niebla densa que se pegaba a la garganta y hacía toser. Inevitablemente evocó su despertar matinal en la playa levantina, brillante de sol en todas las estaciones del año. Su primer paseo solitario por la orilla del mar, los graznidos alegres de las gaviotas y los ladridos del perro corriendo tras una piedrecita o un madero echado al aire. La nostalgia aguda y dolorosa que la aquejaba a menudo, la atenazó una vez más y se dijo amargamente que jamás se adaptaría a la vida de la gran ciudad ni a un trabajo de oficina.

Ella era mujer de aire libre. Adoraba el campo y la playa, los anchos espacios y la atmósfera límpida. Le gustaba acabar el día agotada de trajinar, pero saturada de oxígeno, con la piel ardiendo de sol y el cabello despeinado por el viento.

¡Si al menos Joaquín ganara aquellas oposiciones...! En breve sabrían a qué atenerse. Si todo salía bien, podrían casarse y formar su hogar en cualquier pueblecito de la costa, en una casa con jardín y huerto. Se lo había prometido así...

Llevaban dos años de relaciones. Se conocieron durante una breve estancia del muchacho en la playa levantina donde Amanda vivía con su madre y hermana. Joaquín había entrado a comer en el pequeño restaurante y de aquel modo, entre un plato de paella valenciana y un filete con patatas, comenzó el idilio, interrumpido entonces y reanudado cuando Amanda se trasladó a Madrid, donde él estudiaba, presentándose con mala fortuna a todas las oposiciones habidas y por haber. Pero algún día tendría suerte.

— No debo quejarme — pensó Amanda, apretujada dentro del autobús —. Joaquín me quiere mucho... Él me sacará de todo esto.

Al menos era un novio más satisfactorio que el de su hermana Juanita, que se dedicaba a disecar animales en una tiendecita de aspecto siniestro.

Joaquín poseía cierta cultura e incluso estaba escribiendo un libro histórico. Algo sobre los Reyes Católicos y el descubrimiento de América. Una obra importante que quizá les hiciese ricos.

Trató de adivinar lo que le habría ocurrido aquella mañana para no poder esperarla en el portal. Generalmente iban juntos a sus respectivas oficinas, que estaban muy próximas. Joaquín trabajaba en un empleo de poca categoría para poder sufragarse sus eternos estudios de oposicionista crónico.

Por las tardes solía esperarla a la salida de la editorial. Era agradable tener a quien referirle las incidencias del día. Joaquín se interesaba por todo lo que sucedía de puertas adentro de la «Editora del Miedo» y conocía de oídas a todos los personajes y personajillos que por allí pasaban.

Sin embargo, desde hacía unos días le notaba algo raro, como si estuviera evasivo o irritable. ¿Qué le sucedería? No era celosa ni suspicaz. No pensaba en que Joaquín pudiera dejar de quererla por haber encontrado otra chica que le gustara más. Pero por vez primera, pensó en ello.

«¿Qué haría si Joaquín me dejara plantada?», pensó mientras cruzaba la calle llena de gente, divisando ya el edificio de la editorial. «No haría nada», se contestó en el acto. Seguiría yendo a la oficina y abandonaría la esperanza de vivir algún día fuera de la capital.

«No me quedaría con el corazón deshecho», decidió, con la amarga sospecha de que no estaba enamorada de su novio. Al menos enamorada al estilo de las novelas. ¿De quién sería la culpa, de Joaquín o de ella...?

Abandonó la idea al entrar en la editorial, convirtiéndose en la secretaria activa y eficiente que su jefe sabía apreciar.

Ordenó su mesa de trabajo y se preparó para el trajín diario. Allí estaban, copiados a máquina, los cinco originales de las novelas finalistas en el concurso.

Releyó los títulos:

El grito del verdugo.
Siniestra demencia.
Cánticos fúnebres.
Dedos sangrientos.
El asesino se casa.

¡Era agradable comenzar así el día...!

… … … … … … … … … … … …

Después de una mañana tan agitada, el ambiente tranquilo de la cafetería le resultó grato. Era una cafetería pequeñita y poco frecuentada una vez pasada la hora del aperitivo. A menudo solía ir allí y conocía de vista a los clientes habituales, que comían de prisa leyendo el periódico o discutiendo sobre las quinielas de fútbol.

Amanda ocupó un taburete al final de la barra, junto a la caja, que manipulaba el encargado. Era aquél su sitio de costumbre. Algunas veces se había propuesto cambiar de lugar, pero ya no lo intentaba, puesto que el cajero lo consideraba una ofensa personal. Y no deseaba ofender a un muchacho tan simpático.

— ¡Hola, Pedro!

— Buenos días, Rayo de Sol.

Estaba ya acostumbrada a oírse llamar «Rayo de Sol» sin azorarse. Habían fomentado una especie de cordial amistad entre bocado y bocado del «plato especial de la casa» y timbrazos de la máquina registradora. Pedro decía que el timbre de la caja era la música de fondo de sus diálogos.

— ¿Qué va a tomar? ¿Lo de siempre? ¿Por qué no prueba hoy el «Plato Instantáneo»...? Es algo más caro, pero no para los clientes. — Hizo un

signo a la camarera —. Rápido. Un «Instantáneo» para la señorita Amanda. Bien servido. — Se inclinó sobre la barra y la miró escrutador —. ¿Qué le ocurre? Mi Rayo de Sol se siente hoy cansada. Tiene unas ojeras tremendas. Voy a invitarla a un Martini para que recupere la moral. Vamos, no diga siempre que no a todo. Sonría y no me defraude. Estuve toda la mañana esperando este momento con impaciencia.

Recibió el *ticket* de un cliente, cobró y devolvió el cambio. La caja dejó oír su tirring... tirring... acostumbrado.

— Me moriría de neurastenia en este agujero si no fuera por usted.

La luna del espejo que cubría la pared posterior reflejó la silueta de Pedro, que a Amanda le gustaba contemplar. Era la silueta de un deportista, que se amoldaba mal a la quietud de aquel empleo. Había sido campeón internacional de esquí y por haberse partido un tobillo tuvo que renunciar al deporte y aceptar aquel empleo en la cafetería de un primo suyo. Cojeaba un poco, pero ello no restaba gracia a sus movimientos vigorosos. Tampoco la desgracia había derrotado su espíritu. Era un hombre optimista y lleno de recursos.

— Tenemos que brindar por mis proyectos — dijo bajando la voz —. ¿Sabe que lo he encontrado...?

— ¿De veras...? — Amanda no preguntó a qué se refería, pues innumerables veces discutieran sobre aquel misterioso tema.

Ayudándose con gestos de sus manos morenas y expresivas, que colaboraban siempre con sus descripciones verbales, Pedro prosiguió:

— Un emplazamiento ideal, junto a la carretera. Es una vieja casa de labor. Hay un arroyo caudaloso en la parte de atrás. Árboles frutales en buen estado. Una huerta bastante abandonada, pero que podrá rendir mucho con el agua bien administrada. Reconstruiré la casa, sin que pierda su apariencia antigua, ¿comprende...?

Amanda le oía extasiada.

— ¡Soberbio...!

— Pintaré el edificio de blanco, con las ventanas y puertas azules. ¿Se lo imagina...? — Ayudó a la descripción con animados gestos —. Emplazaré el puesto de gasolina a pocos metros del restaurante. Dediqué todo el

domingo pasado a recorrer las carreteras con la moto... y al fin encontré lo que deseaba. ¿No ha sido una suerte?

— ¡Formidable! Me alegro muchísimo, Pedro.

— Tiene que ayudarme a encontrar un nombre bonito para el restaurante.

— Le ayudaré... ¿Ya lo ha comprado...?

— Tengo una opción. Pagaré esta semana el primer plazo. No tengo mucho dinero. Con un poco de suerte saldaré en seguida la deuda con mi primo. Él va a prestarme el capital.

— Los restaurantes campestres dan mucho dinero si están bien atendidos. Y el puesto de gasolina lo mismo.

— Ya sé que es usted entendida en restaurantes. Tendrá que darme consejos.

— No se fíe de mí. No supe sacar a flote mi propio negocio.

— Aquella playa era demasiado solitaria. Aquí en los alrededores de la capital todos los negocios son productivos. ¿Tiene libre el domingo...?

— Pues... temo que... no.

Los domingos solía pasarlos en casa, jugando al póquer con Juanita, su novio, «Tío Monstruo» y Joaquín. Unos domingos aburridísimos. Casi siempre los dos novios solían quedarse a cenar. Juanita hacía una tortilla de jamón y los chicos compraban calamares y gambas fritas en un bar cercano.

Las manos de Pedro expresaron desaliento antes que sus palabras.

— ¡Qué lástima! Me hubiese gustado llevarla en la moto para que viera aquello. Podíamos haber comido allí y todo. ¿No se anima?

Amanda suspiró.

— ¡Lo siento! Es... imposible.

Con gesto triste, Pedro aceptó el pago de otro cliente y la máquina dejó oír un tirring... tirring melancólico, por solidaridad.

— ¡Bueno...! Entonces otro día, ¿no...?

— Sí. Otro día... quizá.

Se miraron en silencio y Amanda tuvo que bajar los ojos.

«Decididamente será preciso cambiar de restaurante», pensó con disgusto. Aquella especie de amistad con Pedro comenzaba a convertirse en

algo demasiado agradable..., demasiado turbador. Sentíase intranquila bajo la implorante mirada de los oscuros ojos del cajero.

Era un deslealtad hacia Joaquín, decidió valientemente. Renunciaría a la simpática cafetería y al «Plato Instantáneo», qué estaba delicioso...

Comió el último bocado y entregó su *ticket.*

— Adiós, Pedro — se despidió sonriendo.

Él retuvo su mano unos segundos más de lo necesario.

— Hasta mañana, Rayo de Sol.

— Tirring... tirring — se despidió también la máquina, con un compás extrañamente romántico.

… … … … … … … … … … … …

El humo denso del tabaco hacía toser a Amanda cada vez que entraba y salía del salón en el que se reunía el jurado que otorgaría el premio. Allí estaba su jefe, el señor Ferrer, rodeado de sus autores predilectos y del notario de la casa, cuya presencia prestaba solemnidad al asunto.

La discusión hacíase acalorada. «Larry Carter» se pellizcaba la nariz nerviosamente; el admirable sombrero rosa que descansaba sobre el plateado cabello de Camila Albert adquiría una inclinación pendenciera; Antonio Ros, que en sus libros arreglaba los asuntos a puñetazos, parecía desear emprenderla a golpes con sus compañeros; Irene Vargas acababa de romper en dos pedazos su mejor boquilla de marfil y el guapo Julio Bernal tamborileaba con la contera de su estilográfica sobre la mesa barnizada, con repiqueteo amenazador.

Tan sólo el editor estaba tranquilo, gozando con el espectáculo de la lucha, con el gesto del César que contemplara a sus mejores gladiadores sobre la arena del circo.

El notario encendió un puro, impaciente, preguntándose interiormente por qué aquellos señores no se pondrían de acuerdo con rapidez. La experiencia habíale enseñado ya que con los escritores nunca se podía predecir nada. Quizá la sesión durase hasta medianoche. Los escritores eran una gente terriblemente cerebral y terriblemente vanidosa. Cada uno

deseaba imponer su punto de vista a los otros. Bajo la superficial capa amistosa adivinábase un odio latente entre «la gran familia literaria».

«Autores especializados en crímenes — pensó el notario siguiendo el hilo de sus pensamientos y siguiendo también con la mirada el humo de su cigarro puro —. ¿De qué medios se valdrían para liquidarse los unos a los otros si ello fuera posible...?» La idea le sumergió en un difícil cálculo de probabilidades, del que salió exhausto, agradeciendo la entrada en la sala de la secretaria, la señorita Amanda. Una chica guapa, curvilínea y con aspecto sano. *Mens sana in córpore sano,* se dijo, recordando su latín.

Le sonrió discretamente, y ella le devolvió la sonrisa. Le gustaba porque era una muchacha que enrojecía con facilidad ante cualquier broma. Era agradable ver enrojecer a una mujer.

Por asociación de ideas, recordó a su propia esposa, que de soltera enrojecía a menudo. En la actualidad también enrojecía, pero sólo de cólera. Frunció el ceño y volvió a sumergirse en otro caos de pensamientos desilusionados. El puro se le apagó.

— ¿Qué tal va eso...? — preguntó a Amanda una de sus compañeras al verla salir del salón.

— Hay sólo dos finalistas ahora. *Dedos sangrientos y Cánticos fúnebres.* Va a efectuarse la última votación.

— Yo votaría por *Dedos sangrientos.* Es la más emocionante. ¡Aquel loco que anda a cuatro patas...! No voy a poder dormir esta noche.

«Un papel delicioso para "Tío Monstruo"», pensó Amanda con divertida resignación. Y se imaginó al tío andando a cuatro patas por toda la casa.

Se cercioró de que la coctelera estaba llena y a la temperatura adecuada. Con seguridad la vaciarían, pero había más botellas en la nevera. El propio señor Ferrer mezcló los cocteles.

«Una buena oportunidad para echar veneno en las bebidas y desembarazarse de todo el mundo», pensó sin saber por qué. Un argumento fantástico para novela policíaca: *Asesinato entre genios del crimen.*

Se echó a reír, reaccionando. También ella empezaba a adquirir «complejo de crimen». Era el ambiente de la oficina el que tenía la culpa. De ello a convertirse en una especie de *La alegre asesina* no había más que un paso...

Recordó repentinamente a Pedro, y el gesto de sus manos al describirle su casita de campo, que pensaba pintar de blanco, con ventanas azules. ¡Qué agradable el que hubiera un arroyo en la parte de atrás...!

Habíale pedido que le ayudase a encontrar un nombre bonito para el restaurante, pero no era cosa fácil. ¿Quizá «Nuestro albergue»... o «El Parador junto al río»... o «La casa de Pedro...»? Estos nombres así estaban de moda actualmente. «La casa de Pedro...» Resultaba simpático. Tan simpático como el propio Pedro, a quien horas antes se prometiera no volver a ver.

Resistiría la tentación de acudir a la cafetería. Era preciso. Nunca había opinado bien de las mujeres coquetas que jugaban con dos barajas. Era feo. Le gustaba el juego limpio.

Oyó voces en la sala y asomó la cabeza por la puerta. Al fin llegaron todos a un acuerdo. La votación final dio el triunfo a *Dedos sangrientos.* Ganaba el monstruo a cuatro patas.

Dentro del salón todos reían ahora y conversaban animadamente, asegurándose los unos a los otros que desde el primer instante *Dedos sangrientos* les había parecido la mejor obra del concurso. Con repentina solemnidad, el notario se decidió a abrir el sobre que bajo el seudónimo de «Pluma inquieta» descubriría la personalidad auténtica del novel escritor.

Era el momento oportuno para ir a buscar los cocteles. Los cocteles sin veneno..., por supuesto.

Pidió ayuda a uno de los botones para que entrase una de las bandejas. Fue sirviendo con la sonrisa en los labios. Su jefe hablaba excitadamente por teléfono con el autor galardonado, que resultó ser madrileño. Ferrer estaba dándole personalmente la noticia de su buena suerte, e invitándole a acudir a tomar una copa.

De haberse tratado de un autor de provincias, habríale felicitado por telegrama, invitándole solamente a acudir al banquete que se celebraría en la capital al entregarle el premio en metálico. Así ocurría año tras año según referencia de los empleados antiguos.

Amanda abandonó el salón y se refugió en una de las oficinas donde aún quedaban dos empleadas concluyendo un trabajo atrasado. Se dejó caer en una silla y se quitó los zapatos. Estaba extenuada. Por suerte, el día

siguiente era sábado y sólo trabajaría por la mañana. Y después llegaría el domingo.

Un domingo, para levantarse tarde... y jugar al póquer. Sería inútil intentar que Joaquín la llevase los días de fiesta al campo. Sin embargo, se lo diría.

Se puso de nuevo los zapatos. El señor Ferrer habíale pedido que sacase dos botellas de champaña de la nevera.

Cruzó el vestíbulo, mientras el botones abría la puerta de la calle, dando paso a un visitante. Se quedó estupefacta al reconocerle.

— ¡Joaquín! ¿Qué haces aquí...? Aún no puedo marcharme.

Antes de que él hablase, comprendió que algo sucedía. Aquél no era el Joaquín de siempre. Tenía un asombroso aspecto de felicidad enloquecida, llevaba el abrigo mal abrochado y la bufanda colgando hacia atrás.

— ¡Cómo...! Pero, nenita..., ¿es que no sabes...? ¡Acaban de premiar mi libro! ¡Mi libro! Yo soy «Pluma inquieta», el autor de *Dedos sangrientos.* Tu jefe acaba de llamarme para que viniese. He estado todo el día en casa sin apartarme del teléfono. Ahora he saltado a un taxi... y aquí estoy... ¿No es fantástico...?

El estupor impidió que Amanda hablara.

— Pero... pero...

— No quise decirte nada, por si fracasaba. Día a día te iba preguntando con disimulo la opinión de la gente de la oficina sobre mi obra. Comprenderás que era para mí cuestión de vida o muerte.

— ¡De vida o muerte!

— Claro, tontita. Esto dará un nuevo rumbo a mi existencia, a nuestra existencia. Tengo más de veinte libros escritos, esperando su turno. Ganaré mucho dinero...

Amanda se sentía mareada.

— Pero... ¿y los Reyes Católicos? — murmuró pasándose una mano por la frente.

Él la miró temiendo que se hubiese vuelto loca.

— ¿Los Reyes Católicos...?

— Sí. El descubrimiento de América y todo eso. Tú me dijiste que estabas trabajando en una gran obra histórica.

Joaquín se echó a reír.

— ¡Obras históricas! ¿A quién pueden interesarle? Lo pasado, pasado, rica. Te mentí hasta ver lo que resultaba. Novelas policíacas llenas de crímenes es lo que ahora pide la gente, para leerlas en la cama con tranquilidad, después de un día ajetreado.

— ¿Y las oposiciones? ¿Tampoco era verdad lo de las oposiciones...?

— Sí... ¡Demonio de oposiciones! Claro que era verdad. Jamás conseguí ganar ninguna, ni siquiera las del Ayuntamiento. ¡Malditas sean...! Ya no tendré que pensar más en ellas. Mi carrera será la literatura. Buenos crímenes fresquitos para servirle al público...

— Buenos crímenes fresquitos... — repitió Amanda, incapaz de coordinar.

— No estarás enfadada porque te lo ocultara, ¿verdad, pimpollo? «Tío Monstruo» lo sabía y me aconsejó que callara. — Bajó la voz —. Es mejor que aquí no sepan nada de nuestro noviazgo por el momento, ¿no crees? Pudieran pensar que hubo coacción. Más adelante lo diremos, claro está.

El botones reapareció sonriente.

— El señor Ferrer le espera.

— Hasta luego, guapa. Estoy borracho de alegría.

Amanda continuó inmóvil en el mismo sitio, tratando de poner en orden las ideas.

Joaquín era «Pluma inquieta», el inventor del delicioso monstruo a cuatro patas. El creador de la madre muda, la hija sonámbula, el novio epiléptico, el vecino enano, la criada borracha y el loro con ataques de rabia...

Una imaginación delirante, inclinada hacia el horror.

«Buenos crímenes fresquitos para servirle al público...»

Maquinalmente atravesó el vestíbulo, descolgó su abrigo del ropero y se lo puso.

— Me duele la cabeza — explicó a sus compañeras —. Si el jefe me llama decidle que me fui a casa porque no me encontraba bien.

Salió a la calle, cerrando tras de sí la puerta de cristales que ostentaba con letras doradas el rótulo:

Anduvo a la deriva, saboreando el aire frío que la despejaba. Las calles estaban llenas de gente que sin prisas ya, dando por terminada la jornada, se dirigía hacia el «metro» o los autobuses.

Volvió a pensar en Joaquín y en sus veinte libros que esperaban cola para ser editados. Veinte libros abarrotados de seres deformes y aterradores. En adelante, su vida sería aquélla: recrearse en ideas horrendas para trasladarlas al papel con entusiasmo. Idear crímenes de todas clases. Combinar el veneno con el puñal, la pistola con el estrangulamiento. Hablar de horcas y de sillas eléctricas...

¿Qué podía hacer contra aquello...? Absolutamente nada. Resignarse y aceptar la situación. Convertirse en la mujer del más famoso fabricante de horrores.

Se encogió de hombros. ¡Qué más daba todo!, se dijo con desaliento. En la vida no podía una elegir...

¿O sí podía...?

Se detuvo un instante, como herida por aquella nueva idea. Bruscamente giró sobre sus pasos, retrocediendo el camino andado. Cruzó de acera y casi corrió, hasta vislumbrar la luz de neón que anunciaban en azul «La Cafetería». El corazón le latía desbocado cuándo entró en el local que olía a bollos, a café y a manteca derretida.

Jadeando ocupó su sitio junto a la caja registradora. Pedro estaba abstraído, haciendo misteriosas cuentas en un papel, referentes sin duda a su futuro negocio. Al alzar la cabeza y descubrirla, su rostro se transformó de animación.

— No esperaba verla tan pronto, Rayo de Sol...

Amanda se puso colorada, sin saber exactamente el motivo. Habló tartamudeando:

— Sólo... vine... a decir... que por fin pude... arreglarlo.

No le preguntó qué era lo que había arreglado, sino que lo adivinó en el acto, como si no hubiese dejado de pensar en el mismo asunto desde horas antes.

— ¿De verdad...? ¿Se arriesgará a venir al campo en mi moto...?

Sus manos expresaron tanta alegría como su rostro y Amanda tuvo la sensación de que aquellas manos morenas habíanle cogido el rostro acariciándoselo. Pero, naturalmente, era sólo una sensación... Debía dominarse y no pensar cosas tan raras.

— ¿Puedo saber qué es lo que le ha hecho variar de opinión...? — preguntó Pedro. Y esta vez sus famosas manos inquietas agarraron de verdad las de la muchacha.

Vaciló Amanda, estremecida de placer ante su primer contacto.

— En realidad, estaba casi decidida ya... — dijo sonriendo.

— Tirring... tirring... — corroboró la máquina registradora.

Algún día confesaría a Pedro que en su subconsciente había estado decidida, desde la primera vez que le oyó llamarla Rayo de Sol...



Casi siempre te adoro

Linares, Luisa María

9788727295527

111

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un aristócrata excéntrico, un libro de cocina revolucionario... y una sobrina obligada a fingir ser quien no es

En un pueblo andaluz, un aristócrata con fama de bromista y cleptómano revoluciona el mundo de la cocina con un libro publicado

bajo seudónimo. Su sobrina, Nan, se verá obligada a asumir la responsabilidad del éxito, embarcándose en una serie de divertidas peripecias.

En "Casi siempre te adoro", Luisa María Linares te invita a reír a carcajadas con una historia disparatada y encantadora, donde el amor surge en los lugares más inesperados.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una temporada en Escocia

Zöbeli, Alexandra
9788728033838

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Jo Müller no está pasando por su mejor momento. Con casi cuarenta años, se ha quedado sin trabajo, sin novio y sin casa, así que no le queda más remedio que volver a casa de sus padres. Sin embargo, su suerte está a punto de cambiar: tras ver un anuncio, se anima a hacer unas prácticas de jardinería en Escocia.

Con una buena dosis de confianza en la maleta, Jo viaja a las Tierras Altas escocesas, pero lo que la espera está lejos de ser una estancia idílica. Pronto tendrá que enfrentarse a un trabajo muy duro y a Duncan, un jefe tan atractivo como temperamental. Convencido de que Jo tiene formación en jardinería, Duncan no deja de sacarla de quicio de con todo tipo de exigencias.

Por su parte, Jo intentará ocultar el hecho de que en realidad es cocinera, lo cual acabará provocando más caos aún. Sin embargo, contará con la ayuda inesperada de Nick, el hijo pequeño de Duncan, que se ha dado cuenta de que su padre empieza a albergar sentimientos hacia Jo...

Una deliciosa comedia romántica y rural en la que los sentimientos arraigan con fuerza si se los riega adecuadamente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La calle desconocida

Linares, Luisa María
9788727295381
155

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

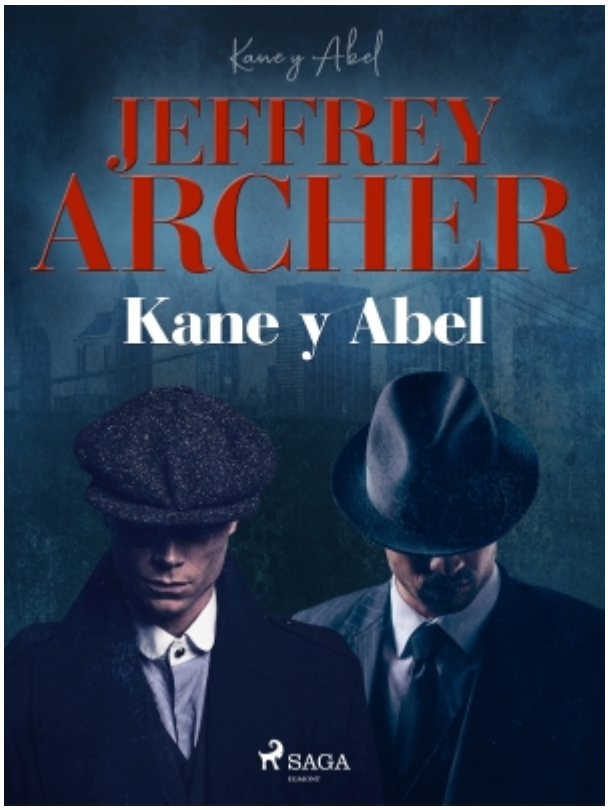
Huyó de todo, lo encontró a él... y la pasión reescribió su destino

Lina, una joven impulsiva y aventurera, decide escapar de su hogar tras la boda de su padre, huyendo de una nueva madrastra y un futuro incierto. En su huida, se encuentra con Javier, un pintor que busca paz en un remoto caserío, y que, sin saberlo, se convierte en

el cómplice de sus fantasías y el objeto de un amor que desafiará todo lo que ella creía conocer.

Mientras este idilio florece en la quietud rural, la vibrante vida de Madrid sigue su curso con otros personajes: la ambiciosa secretaria Adriana persiguiendo sus propios sueños, y el nervioso Jiménez, lidiando con la inminente llegada de su hijo. ¿Podrá Lina forjar su propio camino, o el destino la arrastrará por una calle desconocida donde la aventura y el amor la esperan a cada giro?

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Kane y Abel

Archer, Jeffrey
9788726491890
628

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Nacidos el mismo día del siglo en partes opuestas del mundo, el destino y la búsqueda de un sueño acaba por hacer que estos dos hombres se crucen. Ambiciosos, poderosos, implacables, ambos se enzarzan en una incansable lucha por construir un imperio, azuzados por el incombustible odio que sienten el uno hacia el otro. Durante más de sesenta años y tres generaciones, entre guerras, matrimonios, golpes de suerte y desastres, Kane y Aben batallan para conseguir un éxito y un triunfo que solo uno de los dos podrá alcanzar.

Kane y Abel ha vendido más de 33 millones de copias en todo el mundo en ochenta y cuatro ediciones hasta la fecha. Tal y como el propio Jeffrey Archer comenta en la edición del trigésimo aniversario: «Kane y Abel fue el pistoletazo de salida de mi carrera como escritor, y hasta la fecha sigue siendo el más popular de todos mis libros. Por ese motivo, treinta años después de su publicación, me propuse el reto de reescribirlo, aunque sería más acertado llamar «reelaboración» a la tarea a la que me dediqué durante los siguientes nueve meses, pues a pesar de las numerosas revisiones que llevé a cabo, la trama sigue intacta».

«Espero que los lectores pasados sepan apreciar esta edición conmemorativa, y que los nuevos lectores disfruten de su primer

encuentro con William Lowell Kane y Abel Rosnovski» - Jeffrey Archer.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Hay otros hombres

Linares, Luisa María
9788727295343
117

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El pasado deja cicatrices, el presente exige decisiones… y el amor busca su verdad.

Hay otros hombres narra tres historias íntimas donde la vida, el deseo y las segundas oportunidades se entrecruzan con fuerza y delicadeza.

Gina regresa al París de su juventud para reconquistar un amor perdido… pero descubre que él ya eligió: la fama por encima de ella.

Severo, empresario de éxito, vive en piloto automático hasta que un giro inesperado lo obliga a preguntarse qué significa realmente amar.

Y Marcela y Miguel, una novelista y un dramaturgo marcados por el dolor, encuentran en el arte un puente hacia la esperanza.

Un retrato conmovedor sobre lo que pudo ser, lo que aún puede ser y lo que somos capaces de reconocer cuando miramos con honestidad.

¿Y si el verdadero amor no es único… sino inesperado?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)